

HERMANN BROCH

El valor desconocido

TRADUCCIÓN DE ISABEL GARCÍA ADÁNEZ

narrativasextopiso

$$(-, a) R_a^* = \begin{pmatrix} 0 & 0 \\ M & \cancel{A} \\ & R_x \end{pmatrix} = (0, 0) \quad x = aH \text{ in } \mathcal{A}^2.$$

$$\mathcal{A}' = \mathcal{A} + \mathcal{B}, \quad \partial \mathcal{A}' = 0.$$

$n+1 \quad \frac{n+1}{2} \quad \frac{n+1}{2}$

$$\mathcal{A}' - \mathcal{B} \cong \mathcal{A}^2 \Rightarrow N_a = R_{aH}^0 \text{ (right mult. in } \mathcal{A}^2)$$

$$f(R_{x_1}^*, R_{x_2}^*, \dots) = \begin{pmatrix} 0 & 0 \\ \text{///} & f(R_{x_1}^0, R_{x_2}^0, \dots) \end{pmatrix}, \quad x_i = a_i H$$

$$|\lambda I - T| = |\lambda I - d| = (\lambda - d)^n |\lambda I - d| = (\lambda - d)^n |\lambda I - d| = (\lambda - d)^n |\lambda I - d|$$

$\frac{1}{2} \times (n-1) \quad \frac{1}{2} \times (n-1) \quad \frac{1}{2} \times (n-1)$

$\omega(a_i H) = \omega'(a_i).$

involves only $d, \omega(x_i)$

$$a = \mathcal{A}^2 + \mathcal{G}_{\mathcal{A}^2}$$

$$x \text{ in } \mathcal{A}^2 \Rightarrow R_x = \begin{pmatrix} R_x^0 & 0 \\ \text{///} & 0 \end{pmatrix}$$

ideal in $\mathcal{A}$

$$f(R_{x_1}, \dots) = \begin{pmatrix} f(R_{x_1}^0, \dots) & 0 \\ \text{///} & 0 \end{pmatrix}$$

$(n-p) \times (n-p)$

El valor desconocido

HERMANN BROCH

TRADUCCIÓN de ISABEL GARCÍA ADÁNEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Die Unbekannte Größe

Copyright © SUHRKAMP VERLAG FRANKFURT AM MAIN, 1977

Todos los derechos reservados y gestionados por
Shurkamp Verlag Berlin

Primera edición: 2020

Traducción
© ISABEL GARCÍA ADÁNEZ

Imagen de portada
© ALFRED EISENSTAEDT /The LIFE Picture Collection via Getty Images

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V. , 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación
GRAFIME

ISBN : 978-84-18342-20-2



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea.

Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor.
La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí
difundida.

ÍNDICE

[PRIMERA PARTE](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CUARTA PARTE](#)

[QUINTA PARTE](#)

PRIMERA PARTE

1

El aula de Física, con sus hileras de bancos blancos lacados y sus paredes de azulejo blanco, transmitía una sensación de higiene. Encima de la larga mesa del profesor, al pie del anfiteatro, había un juego de recipientes de cristal de curiosas formas retorcidas, y el bedel del laboratorio, Anton Krispin, estaba recogiénolas. Era un hombre bajito, mal afeitado, la bata de loneta negra le colgaba de los hombros sucia y sin planchar, del chaleco a cuadros le asomaba como un péndulo una cadena de reloj plateada y necesitaba ponerse de puntillas para limpiar la pizarra negra, repleta de fórmulas matemáticas garabateadas en todas direcciones durante la clase magistral. Algunos estudiantes seguían sentados en sus bancos, contemplando cómo la pizarra se volvía negra y brillante allí donde se iban creando anchas franjas húmedas, cómo la agüilla de tiza chorreaba blanquecina, y, cuando el bedel por fin recogió y retiró la última hilera de gotas, aún en movimiento, con una pasada horizontal que remataba la limpieza en una esquina inferior del encerado, a algunos de los espectadores les invadió una sensación agradable. A Richard Hieck, por ejemplo, el brillo negro de la pizarra húmeda le recordaba el terciopelo del cielo nocturno.

Richard Hieck se deslizó sobre el asiento para levantarse de uno de los bancos corridos de la última fila. Al igual que el bedel, llevaba bata de laborante negra, pero abrochada hasta el cuello como una sotana, y carecía de la desenfadada agilidad que caracterizaba al primero, pues él era muy alto y más bien patoso y, por más que tenía cuidado con los faldones de la bata, siempre se le enganchaban en el asiento abatible. No obstante, al margen de su torpe corpulencia –es más: casi en contradicción con ella–, tenía un cráneo huesudo y provisto, en la parte delantera, de un rostro cuya

ausencia de grasa y rasgos marcados permitían intuir que, con el tiempo –suponiendo que también llevase una determinada forma de vida– adquiriría la dureza ascética de las fisonomías españolas. Por las ventanas del pasillo, que ofrecía el aspecto habitual en cualquier descanso entre clase y clase, se asomaba el sol del invierno, reforzada su luminosidad por la nieve de los tejados de enfrente; de los radiadores de debajo de las ventanas subía el calor, y los rayos de sol que se filtraban a través del cristal quedaban impregnados de una nebulosa de humo de cigarrillos, se oían pasos que iban y venían con desgana por los suelos de tarima, se veían colillas en los rincones, de las puertas abiertas de las aulas emanaba un aire viciado y olía a polvo. Hieck, con sus andares rígidos, como si casi no moviera los pies, el hombro derecho siempre un poco levantado, se dirigió hacia el despacho del profesor Weitprecht, el catedrático. Se trataba de su tesis doctoral.

La puerta que conducía al aula donde celebraban los exámenes, que también hacía las veces de antesala del despacho de Weitprecht, estaba abierta. Allí tenían alojada la biblioteca del departamento; desde las paredes saludaban los retratos de algunos catedráticos de renombre, y sentado a la mesa de juntas, rodeada de sillones amarillos, estaba el doctor Kapperbrunn, el matemático ayudante de Weitprecht. Como matemático puro, despreciaba el campo de la física, y a Hieck, como se había pasado de las matemáticas puras a la física, solía someterlo a un escarnio especial. Levantó la vista de las tablas de cálculos en las que estaba trabajando muy aburrido.

–Buenas, Hieck... Qué, ¿aún se acuerda de sumar?

–No –respondió Hieck, todo serio–, un matemático auténtico no necesita saber sumar.

–Estupendo... –dijo Kapperbrunn–, pero no me vendría nada mal que me quitara de encima esta morralla.

–No faltaba más –dijo Hieck educadamente–, ¿me permite echarle un vistazo?

Kapperbrunn se levantó. Tenía un gesto guasón, poca cara de científico, todo en él era un tanto redondeado, ya se le intuía sin

lugar a equívoco una futura barriga, cuyo desarrollo, por el momento, aún conseguía frenar con varios tipos de medidas.

–Qué bien que mañana sea domingo –comentó–. Usted no esquía, ¿verdad?

Hieck, inclinado sobre las tablas de las que enseguida se había apropiado, respondió:

–Esto es un error o un milagro.

–Ojalá sea el milagro –dijo Kapperbrunn sin gran interés.

–Un valor mínimo como éste no puede ser..., tendría que haberle llamado la atención al profesor Weitprecht.

–Sí, algo mencionó al respecto –replicó Kapperbrunn–, pero, después de todo, también los catedráticos se pueden equivocar, sobre todo cuando el error les viene de perlas.

Hieck miró hacia la puerta que conducía al despacho de Weitprecht.

–No, no, no está, pero ya se lo he dicho yo también, y a la cara... Por cierto, esta tarde me marchó a la cabaña de Klover y no estaré de vuelta hasta el domingo por la noche.

Hieck dijo:

–Si esto es correcto, es una revolución de la física.

–Revoluciones ha habido ya muchas –dijo Kapperbrunn.

Entró Weitprecht. Por encima de sus gafas de media montura, miró a los presentes con receloso nerviosismo, aunque también con cierta intensidad, como si su afilado rostro de pájaro estuviera al acecho.

–¿Es correcto esto, doctor Kapperbrunn?

–Por lo que respecta a los cálculos, estará bien, profesor.

–Bueno, ya..., mire, doctor Kapperbrunn, yo no dejo de sospechar que este fenómeno habría que abordarlo desde la teoría de grupos.

Kapperbrunn levantó la cabeza:

–Eso habría que pensarlo.

–Pues sí, por favor, hágalo. –Weitprecht se dirigió hacia su despacho, pero se detuvo una vez más–. En realidad, podría darnos claves importantes.

Kapperbrunn señaló a Hieck con un gesto.

–Bueno, aquí tenemos a nuestro viejo experto en teoría de los números... A ver, usted, que ya había publicado alguna cosa sobre la teoría de los números, antes de caer en pecado, ¿qué opina?

Hieck dijo:

–Aún no lo veo del todo claro, pero tendré mucho gusto en ocuparme del tema.

–¿Cómo se llama? –preguntó Weitprecht al instante, y luego se sentó con él–: Ay, sí, si es Hieck, discúlpeme.

–Profesor, yo en realidad venía a preguntarle si ya ha podido echarle un vistazo a mi trabajo –tanteó Hieck.

–¿Su trabajo? ¿Su trabajo? –Weitprecht hizo por acordarse–. Eeh... Está en ello Kunz... Bueno, estará bien, claro..., pero entretanto vendría realmente bien que hablara usted un poco con el doctor Kapperbrunn sobre ese abordaje desde la teoría de los números... De verdad que sería muy importante para mí.

Y desapareció en el interior de su despacho.

–En fin, ya ve... –dijo Kapperbrunn, una vez que Weitprecht hubo desaparecido–, así se vive en el cómodo puesto de funcionario al que aspiro. Claro que cuando yo sea catedrático, mis ayudantes tendrán una vida más descansada, de eso sí que puede estar seguro.

Hieck dijo pausadamente:

–No deja de ser una idea sugerente..., quizá no haya sido un error de observación, después de todo.

–Un jefe inquieto es un dolor de muelas... y las ideas sugerentes son un dolor de muelas de los malos. En fin, le daré una vuelta al asunto en la cabaña...

–Yo el año pasado únicamente trabajé en teoría de conjuntos –dijo Hieck.

–También puede probar desde la teoría de conjuntos.

–¿Lo está diciendo en serio? –quiso saber Hieck.

–En la ciencia, las cosas más absurdas de repente se vuelven serias. –Kapperbrunn se había metido las manos en los bolsillos del pantalón y se asomaba a mirar la nieve–. Al menos en toda ciencia que no sea la matemática pura... En matemáticas, dentro de lo que cabe, es donde se procede de la manera más limpia.

–Sí –dijo Hieck.

–¿Sabe una cosa? –dijo Kapperbrunn–, las matemáticas son una especie de acto desesperado de la mente humana... Hay que reconocer que en sí mismas no nos hacen falta para nada, pero constituyen una especie de isla de la decencia, y por eso me gustan.

Hieck no encontró mucho que objetar. Kapperbrunn le parecía un cínico, y cometía traición contra algo, sólo que no acababa de verse qué era lo que traicionaba. ¿Las matemáticas? Para Hieck eran algo muy emocionante, aunque tampoco podía precisar demasiado los motivos, no sabía por qué eran tan emocionantes. Y ahí ya estaba Kapperbrunn yéndose a otro tema.

–Las únicas que se lo toman realmente en serio son las mujeres –dijo, señalando hacia el otro lado de una puerta del pasillo que se había quedado abierta y donde se veía a un pequeño grupo de alumnas–. Si es que habría que dejar que sólo se ocuparan de la ciencia las mujeres. En tiempos, también eran ellas las que hacían el trabajo del campo. Los hombres, en cambio... Usted, Hieck, con esa estatura, tendría que haber sido leñador.

Hieck no era persona fácil de sacar de su terreno. No pudo evitar ponerse a hacer el cálculo básico para cualquier carpintero de cómo extraer la tabla de mayor volumen a partir de un tronco. Era un problema de máximos, aunque ya había una fórmula para calcular esos valores. Ahora oía decir a Kapperbrunn:

–Búsquese usted una chica de entre éstas de ahí, suponiendo que haya alguna guapa, y póngase unos esquíes unos días, hombre. Aproveche para pasarlo bien, mientras no sea todavía una persona respetable, que luego eso llega demasiado pronto.

–Sí –dijo Hieck, pensando en la biblioteca, que era donde tenía que ir ahora. No sabía bien cómo escabullirse, de manera que, sin más dilación, hizo una reverencia infantil y un tanto fuera de lugar y ya había salido del aula.

Sin imaginárselo nadie y sin ser él mismo consciente de ello, Hieck había tenido una adolescencia difícil. Ciertamente es que no se debía a una situación modesta, pues comida no le había faltado nunca, al menos hasta la guerra. Y luego lo habían enviado a casa de unos parientes del campo, donde tampoco vivió mal, sino más bien lo contrario. No, no era por eso, o en el fondo sí, puesto que lo angustioso e inefable de aquellos años jóvenes estaba ligado a lo que se podría llamar la naturaleza flameante que venía del padre y se transmitía al hogar entero, impregnando cuanto sucedía de una atmósfera de incertidumbre inasible. Incluso ahora que llevaba muerto siete años, aquel fuego que flameaba invisible e inquietante todavía tenía una repercusión tan fuerte que Richard Hieck nunca había dejado de sentir el terror que siempre lo perseguía de niño; una y otra vez se sentía presa de aquel terror palpitante, sobre todo ante la puerta de la casa familiar, en la Kramerstraße.

El padre había sido un hombre muy callado, casi delicado, con una corta barba negra enmarcándole el rostro de asceta, y se dedicaba a alguna profesión gris que jamás se supo en qué consistía y que llamaban, sin más, «el trabajo», pero era justo ese silencio suyo, unido a la existencia desapercibida que llevaba y a cómo reaparecía por sorpresa lo que tornaba tan inquietante aquella casa. Horario de trabajo era imposible que tuviera, pues a veces volvía a casa muy tarde y ya habían mandado a los niños a la cama, y uno no se atrevía a quedarse dormido antes de oír sus pasos; y cuando luego pasaba a la habitación, cosa que jamás dejaba de hacer, se quedaba contemplando a los fingidos durmientes largo rato, tan largo que casi resultaba insoportable, o abría la ventana para que la luna se derramase sobre las camas, y también solía sentarse en una silla sin hacer ruido para quedarse allí ni se sabía cuánto tiempo. Nunca sucedía, como con otros padres, que saliera de paseo con sus hijos, y una vez –un domingo por la mañana– que la madre lo mencionó, casi con anhelo, porque hacía un día de primavera espléndido en el mundo de ahí afuera, él, que no solía concederles una sonrisa casi nunca, se echó a reír de corazón y le dijo: «El mundo arde en nuestro interior, no fuera de nosotros». Aquel acontecimiento, que siguió ardiendo por su propia cuenta,

inolvidable, imposible de acallar, se le había quedado grabado para siempre al niño, no tanto por las palabras, que de por sí ya sonaban bastante peculiares, como por la mirada oscuramente divertida que las acompañó y que era una mirada que rechazaba todo objeto sobre el que se posaba al mismo tiempo que lo transformaba de un modo extraño; era un rechazo de todo lo patente, y eran la mirada y los ojos de un ser nocturno del que, en realidad, no se sabía cuándo dormía y en quien tampoco dejaba de resultar asombroso cada vez que tomaba algún alimento. Sí, un ser nocturno que había ido a parar al día por puro azar, y cuando, más adelante, una nublada noche de luna, después de la cena, tomó de la mano al hijo mayor – era Richard– para llevarlo de excursión al lugar del que, en su momento, había hablado la madre, la nocturnidad de aquel paseo que sustituía al que les habían negado a la luz de la tarde no pudo resultarle sino de lo más natural. Richard no había sentido miedo, a pesar de que los árboles festoneaban el bosque de negro y las ranas croaban al borde del arroyo, y no daba crédito cuando el padre, de repente, se adentró por la pradera saturada de niebla para ponerse a coger flores. Lo que sí le resultó inquietante fue cuando, de regreso a la ciudad, el padre, que hasta entonces había llevado las flores en la mano con mucho cuidado, dando a entender que serían para la casa o para la madre, las lanzó al río desde el puente; «estrellas sobre el agua» fueron las palabras que pronunció. Y así era siempre todo con él, nada era inequívoco, todo acababa flameando, e incluso la madre, quien por su carácter y sus orígenes campesinos sin duda habría preferido llevar una vida menos recogida, incluso ella adquirió algo sombrío bajo la influencia de aquel hombre, de aquel hombre sombrío bajo cuya mirada se descomponía por entero todo el entramado de relaciones, de manera que al final ya no se sabía qué mantenía unida aquella familia, por qué eras hijo de aquellos padres, hermano de aquellos hermanos, si eras algo siquiera. En aquella casa no se hablaba nunca del padre, y cuando murió, no se conservó ninguna imagen que lo recordara, tal vez porque aquella muerte estaba tan marcada por la incertidumbre como la vida entera de aquel hombre, pues estar muerto tan sólo significaba una diferencia de grado, una capa

de niebla algo más espesa, una muerte auténticamente ilusoria después de una vida auténticamente ilusoria, un camino que desde el principio había conducido a través de la noche y no conocía el crepúsculo.

Así había sido esa adolescencia ensombrecida de un modo tan particular, y si bien había tenido una repercusión distinta en cada uno de los hijos, cada uno de los hermanos llevaba en su interior un pedazo de aquella sombra. En dos de ellos se tradujo en un carácter inquieto e indomable; Rudolf, de veintidós años, estaba en Sudamérica y no daba señales de vida, y Emilie, un año menor y ya del todo emancipada después de una fogosa historia de amor, andaba por Berlín o cualquiera sabía dónde. Por el contrario, la segunda hermana, Susanne, la que más se parecía a Richard en el físico, una muchacha grandota y de rostro duro, llevaba años preparándose para ingresar en un convento y no había nada que la disuadiera de su propósito. Hacia dónde habría de encaminarse el benjamín, Otto —entre ambos, había muerto otro niño—, aún no se podía adivinar: la madre decía que aquel chico, guapo y delgado, se parecía al padre, aunque su ser alegre y descarado no tenía nada que ver con la naturaleza nocturna de aquél, ni siquiera cuando, exagerando su resignación, comentaba que la falta de dinero lo obligaba a renunciar a su anhelo de ser pintor y, en lugar de ello, aceptaría un puesto de aprendiz en un taller gráfico.

Aquella disolución de la existencia que contagiaba el padre habría podido traer consigo que los hijos se quedaran sin oficio todos. Y fue, en cierto modo, una reacción a la influencia y a la esencia paterna el que Richard se aferrara con tanto empeño a la escuela y a los estudios en la universidad: en la escuela y su orden al menos encontró una parte de la univocidad que le habían robado de niño. Y muy probablemente por eso mismo mostró muy pronto una inclinación secreta hacia las cosas claras y matemáticas, una inclinación que en las clases de Matemáticas cristalizó en la idea de que, alguna vez, sería él quien transmitiera todas estas cosas maravillosamente unívocas a una clase. Aún seguía viva en su interior esa idea, e incluso hoy le venía a la mente una clase, y su propio rostro de niño entre el grupo, levantando la mirada hacia la

tarima sobre la que él mismo se encontraría: esa idea se había convertido en su proyecto de vida, e inequívocamente se había mantenido fiel a ella, pues se estaba preparando para ser profesor de Matemáticas. Por el momento, daba clases particulares. Y ya había tenido ocasión de darse cuenta de que, por su intolerancia, no era buen profesor. Pero cobraba poco, con lo cual siempre conseguía un suficiente número de alumnos y así ganaba un dinerillo no sólo para sus gastos, sino también para ayudar a su madre con la casa. La madre, como era de esperar, había experimentado un cambio, lento pero notorio, desde la muerte del padre; había vuelto a su verdadero ser, por así decirlo. Por difícil que se hubiera tornado la vida para ella, aquella mujer que ya pasaba de los cuarenta y cinco se volvía cada vez más alegre; es más, en su manifiesta alegría casi estaba ahora más guapa de lo que había sido nunca. Y por más que la vida que llevaba su hija Emilie la disgustaba, en realidad casi miraba con envidia a esa hija que, sin duda, le resultaba más cercana que Susanne con su intención de entrar en el convento. Era imposible no ver el continuo avance de aquel proceso de mundanización y rejuvenecimiento interior, incluso para Richard, que no conseguía ignorarlo, por muy enfrascado en sus propios problemas que estuviera y por mucho que, una y otra vez —él mismo era consciente de ello—, apartara los ojos casi con odio, para no tener que darse cuenta del cambio de su madre.

3

Richard tenía delante los resultados de la serie de experimentos de Weitprecht e intentaba darles una interpretación desde la teoría de grupos. Había envuelto la lámpara que colgaba sobre la mesa en papel de periódico para no molestar a Otto, que ya estaba en la cama. Era la escena de todas las noches, y hacía años que a Richard le resultaba tan familiar como el olor de la casa o como sus ruidos. No sólo conocía el olor de cada una de las habitaciones a las distintas horas del día, no sólo sabía hasta qué florecita del papel pintado llegaba la sombra del marco del espejo, sino que también

distinguía los ruidos del suelo cuando alguien se movía en su silla y, si aguzaba el oído lo bastante, alcanzaba a reconocer por el estado de los muebles y del aire si quien estaba en la habitación dormía o tan sólo estaba muy quieto y se hacía el dormido.

Las cortinas de la ventana no estaban echadas; la conocida escena de siempre.

El silencio de la habitación se iba cargando como un arco cada vez más tenso. Richard sentía que Otto estaba despierto. Eran hermanos y, sin embargo, cada cual estaba totalmente encerrado en sí mismo, y cada uno tenía que enfrentarse como pudiera a la tarea de labrar su propia persona reelaborando la herencia que latía en su interior. Richard intuía algo de aquella tarea y envidiaba a Otto; tal vez el pequeño tendría la vida menos difícil, a él le resultaría menos difícil encontrar su verdadero yo, puesto que no lo tendría escondido debajo de tanta masa de torpeza como era su caso. Aunque no era sólo eso lo que hacía que el destino de Otto pareciera más fácil: en todos los aspectos prácticos, por no hablar de cuando entraban en juego los temas de dinero, Otto, a pesar de la semejanza física con el padre, se revelaba hijo de su madre como persona pragmática, siempre dispuesta a aprovechar todo al máximo, a extraer lo mejor de cualquier circunstancia, y Richard no dejaba de sorprenderse una y otra vez de que el muchacho hubiera logrado darse por contento con un oficio práctico que no era lo que él quería, y siempre tendía a atribuirlo a ese afán de disfrutar de lo mundano que le venía de la madre. Pero, como aquellas cavilaciones le perturbaban en el trabajo, de pronto rompió el silencio:

–Tú ya te podías dormir de una vez.

–Eso no funciona así, como obedeciendo una orden –replicó Otto.

–Si no te duermes, yo aquí no puedo trabajar.

Otto se había sentado en la cama. No se veía, en el rincón a oscuras donde estaba la cama, pero Richard lo percibía.

–Acuéstate –le dijo.

–Ya estoy acostado –fue la respuesta, mentira abierta y desvergonzada, puesto que se oía de dónde procedía el sonido de su voz.

Richard se puso a trabajar de nuevo. De repente, le asaltaron pensamientos impuros. Ahí también había algo que no estaba como debía, ahí también había algo que no era inequívoco. Las mujeres eran seres nocturnos, cuando eran mujeres de verdad o pretendían ser tomadas por mujeres, y es que las compañeras de las aulas llenas de luz no podían ser consideradas como tales. Iba a tener razón Kapperbrunn, cuando decía de ellas que eran aptas para la ciencia, pero que también estaban contaminadas por la ciencia. Algunas de ellas eran realmente muy capaces. Y a lo mejor también eran aptas para llevarlas a esquiar. Una mujer de verdad, por el contrario, tenía que haber nacido de la noche, emerger de repente de la noche, con los ojos cerrados como la noche misma, y para que uno se sumergiera en ella, se dejara engullir por ella entero como por la negrura del cielo nocturno.

–Buenas noches –dijo el hermano pequeño, haciendo mucho ruido al acostarse.

–Conque estabas acostado... –dijo Richard–. Y ahora duérmete.

Las imágenes obscenas dieron paso a imágenes de un futuro sonriente..., suponiendo que la teoría de Weitprecht sobre las interferencias cuánticas al final y contra todo pronóstico fuese a tener fundamento, y suponiendo que se pudiera encontrar una explicación desde la teoría de grupos lo bastante convincente, y suponiendo que a partir de eso se pudiera desarrollar una aplicación general de la teoría de grupos al resto de fenómenos de la física y a los fenómenos de la vida en los demás sentidos; y ahí no sólo Weitprecht recibiría el premio Nobel, sino que también el nombre de Richard Hieck se convertiría en uno de los más famosos del mundo de la ciencia.

Obviamente, Richard sabía que con fantasías no se llega a ninguna parte en la ciencia. Pero en aquel momento le servían para otro fin; pues una vez consiguiera demostrar méritos reconocidos, una vez llegara a ser persona respetable –aunque no en el sentido en que lo decía Kapperbrunn–, aquel envoltorio de su existencia tan poco elástico desaparecería, su yo verdadero saldría a la luz a través de la repugnante capa de grasa de su apariencia física, puro y claro y brillante como el mundo visto a la luz de las matemáticas, y, libre

de todo pensamiento acerca de las mujeres nocturnas y sus estúpidos rostros herméticos, bajaría esquiando por la ladera de una montaña soleada en compañía de una joven bella de verdad. Enteramente en contra de su costumbre, se puso a silbar bajito.

–Silbando y todo... –dijo Otto, bajándose de la cama.

–Por Dios del cielo, sí...

Otto se había acercado a la mesa. Presumido como era, no se conformaba con los camisones tradicionales, sino que había convencido a su madre para que le hiciera pijamas. Muy elegantes no se podía decir que hubieran quedado: la chaqueta y el pantalón le quedaban tan holgados que eran puras arrugas y pliegues sobre el cuerpo delgado, aparte de que el pantalón le estaba corto. Con todo, la chaqueta abierta dejaba al descubierto el pecho del muchacho, ligeramente tostado, como el marfil, y eso fue lo único en que se fijó Richard. Era la misma piel, el mismo pecho juvenil, huesudo y sin vello que tenía el padre muerto mientras lavaban su cadáver.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó Otto innecesariamente.

–Ya lo ves.

–¿Es difícil?

–Sí..., no.

Otto acercó una segunda silla a la mesa.

–Tú sí que vives bien, que puedes trabajar durante la noche.

–También tengo que trabajar durante el día.

–Ya, pero... es diferente.

Otto hizo el esfuerzo de pensar, pero no era capaz de expresarlo, le resultaba demasiado difícil, pues se trataba del desgarró del alma de aquel pintor frustrado o en ciernes: lo invisible de este mundo se manifiesta durante la noche, es durante la noche cuando el pensamiento toma posesión del mundo, pero quien quiere dominar la noche con los ojos está a merced del sol. Y como no era capaz de expresarlo, sino que sólo sentía algo que tenía que ver con la pintura, se limitó a decir:

–Ahora estoy aprendiendo grabado.

–Eso ya no le hace falta a nadie. –Fue una respuesta un tanto cruel, y Richard Hieck se apresuró a suavizarla—. Quiero decir que los

métodos fotográficos de ahora son mucho más importantes. ¿No es así?

–En el taller ya tampoco tenemos encargos de grabado, pero es parte de la formación igualmente.

De repente, Otto no pudo evitar echarse a reír, con una risa sin motivo, en el fondo tonta y sin embargo alegre, la risa tonta propia de la juventud. Se había sentado en la mesa y balanceaba las piernas.

De algún modo, Richard se sintió agradablemente conmovido, aunque no fuera capaz de contagiarse de aquella alegría.

–Bueno, ¿qué es lo que te hace tanta gracia?

–Pues que tú ahí, con tus cálculos, y Susanne que se mete al convento... Somos una familia bien rara.

Y como, al fin y al cabo, ésa también era la opinión de Richard, despertó en él un sentimiento fraternal. En tono brusco y paternal, inclinándose sobre sus cálculos, dijo:

–Déjame trabajar.

Otto hizo como si quisiera ayudarlo, y si ellos hubieran podido ver sus rostros, inclinados sobre la mesa uno al lado del otro, se habrían dado cuenta de lo mucho que se parecían; ambos apasionados, muy masculino, grave e inquisitorial el de Richard; delicado y lleno de un ardor en cierto modo indómito, casi lascivo, el de Otto.

A Richard le costó recuperar la concentración, algo se había desatado en su interior y se entregó al sentimiento. Aunque tal vez fuera justo eso lo que hizo posible que, fácil y lentamente, su cabeza se recondujera de nuevo hacia el trabajo, y así, en una lejanía envuelta en suave nebulosa, intuyó que habría un camino desde la teoría de grupos. Con un dedo estirado, dio un toquecito en el pecho desnudo del muchacho:

–Tú, a dormir, ahora de verdad.

Otto, al que ahora sí le había entrado sueño, esta vez obedeció. Y a medida que pudo oírse la respiración calmada de su sueño, a Richard se le fue disipando la niebla, se le apareció un paisaje de cristales –no hubiera podido describirlo de otra forma–, un paisaje estrellado iluminado en el que los grupos de números no se veían como tales, pero sí resultaba tan fácil organizarlos que aquel paisaje

que se abría a los números y se iba llenando de números cobraba felizmente un movimiento lógico y, al mismo tiempo, un poco parecido al de un carrusel. Y aunque lo que se hacía patente en aquellas variaciones de las constelaciones de números en movimiento no era todavía la solución del problema que planteaba Weitprecht, en el interior de la cabeza de Richard Hieck –aquella cabeza pesada y poco agraciada, con aquel cabello corto que crecía de manera desigual– aquello dio lugar a algo que podría considerarse un avance por la tierra virgen de las matemáticas, dio lugar a un momento de iluminación creadora, y dejó al descubierto un pedazo de esa compleja, infinita y siempre inabarcable construcción en equilibrio que está hecha de relaciones vacías y, a pesar de todo, constituye el milagro de las matemáticas.

4

Se acercaban las vacaciones de Navidad.

En el pasillo, el Doktor Kapperbrunn fue abordado por Anton Krispin, el bedel del laboratorio, con el respeto propio entre compañeros de trabajo.

–Doctor, ¿sabe cuánto durará hoy la clase de Weitprecht?

Kapperbrunn le guiñó un ojo:

–A ver, ¿usted qué cree?

Krispin le devolvió una sonrisa boba.

–Si por él fuera, aún tendríamos clase en Nochebuena. ¿Y usted no puede hacer nada, doctor?

–¿Yo? Declararme en huelga, sin más.

Para Weitprecht, cada día de vacaciones era un desagradable vacío en la vida. Con el pretexto de que llevaba a cabo unos experimentos que no se podían interrumpir, sistemáticamente se imponía a sí mismo una prórroga del servicio de laboratorio, y aún no se habían visto vacaciones a las que no les quitara unos días para dar sus clases magistrales. Y, si bien estaba dispuesto a tratar con una cortesía rayana en el servilismo a cualquiera que apareciese, bien para ayudarlo o bien para entorpecer su trabajo, tal disposición

no le servía de nada con el bedel Krispin; siempre estaba a malas con él.

Krispin dijo:

–Usted se podrá poner en huelga, pero ¿cuándo voy a limpiar yo?

Y se metió a su cuarto de mala gana. Hasta en cómo le colgaba la bata se notaba que estaba enfadado.

Kapperbrunn lo siguió con la mirada, divertido. Le tocaba impartir un seminario sobre cálculo vectorial y, fumando en su pipa corta, se dirigió lentamente hacia su pequeña sala de estudio. Aquel seminario era para él un placer. Tenía un talento pedagógico natural y le gustaba hacerlo brillar. «Sólo a quien la ciencia le es tan indiferente como a los estudiantes puede ser un buen profesor», solía decir. «A la juventud no le gusta ver a un poseso dándoles clase, y si, de verdad, hubiera algún genio de la ciencia entre ellos, ése no necesita ningún profesor». Sacaba a relucir al científico funcionario a propósito, pero por más que alardeaba siempre de que sus méritos en el esquí y el tenis no eran menores que en el campo de la matemática, por más que se las daba de hombre de éxito en cualquier ámbito siempre que tenía ocasión, en aquella labor rutinaria de dar clase no dejaba de haber también una buena dosis de conocimiento, no muy creativo, pero sin duda auténtico y profundo, y él, aun sin confesarlo, tampoco dejaba de sentirse bien orgulloso al respecto.

Delante de la puerta había dos chicas, y Kapperbrunn se dirigió a ellas en tono jovial:

–¿Cómo es que aún no se me han ido de vacaciones? Son ustedes una juventud perversa, la verdad sea dicha.

Hilde Wasmuth rio:

–Sí, ya, doctor, para que luego no nos quiera dar los certificados de asistencia a su seminario...

–Vamos, vamos, si éstos se los consigue luego Krispin de estranjis..., que ya nos conocemos todos.

Hilde Wasmuth era una joven atractiva, de cabello rubio ceniza. Siempre llevaba una bata de laboratorio blanca, cuidadosamente lavada y almidonada, y siempre vestía blusas con estampados grandes y coloridos que dejaba asomar entre las solapas.

Hieck se acercaba. Al ver a Kapperbrunn con las dos chicas, se quedó parado a una considerable distancia.

Eran las cuatro de la tarde, el cielo estaba velado por la nieve y empezaba a oscurecer. Apareció Krispin y encendió las lámparas, haciendo girar el interruptor.

Kapperbrunn se dio cuenta de que Hieck esperaba. Se dirigió a él:

–Hombre, Hieck, ¿qué hace aquí? ¿No querrá volver a sus años mozos empezando otra vez con el cálculo vectorial?

–No, eso no, pero me gustaría hablar con usted, doctor, ahora o luego, más tarde...

–Si se trata del tema ese suyo de la teoría de grupos..., lo he consultado y es como yo le decía, en la *Revista de Crelle* del año 23..., a ver que lo compruebe..., número 1, tiene un artículo de Gurwitz sobre su tema.

Aquél era su punto fuerte. Tenía una memoria prodigiosa para todas las publicaciones de los últimos veinte años. A Hieck le sentó un poco mal: a nadie le hace gracia que le agüen la ilusión de haber hecho un descubrimiento, el artículo de Gurwitz estaba de más.

Meneó la cabeza.

–Muchas gracias, doctor, pero es otra cosa. –Las dos chicas seguían de pie junto a la puerta, así que no podía exponer de qué se trataba–. A lo mejor tiene luego unos minutos.

–Muy bien –dijo Kapperbrunn–, entonces tendrá que empezar por aburrirse con nosotros una hora. –Y cortésmente mandó entrar en el seminario a las dos estudiantes. Hieck entró tras ellos.

Lo que quería comentar con Kapperbrunn era un asunto de suma importancia. Al parecer, iba a salir una plaza de auxiliar de investigación en el observatorio astronómico y para Richard, con su situación familiar de precariedad, un puesto así, por modesto que fuera el salario, no dejaba de ser muy interesante, además de que ofrecía buenas perspectivas de promoción. En su día, había asistido al coloquio sobre astronomía que impartía el profesor Maier, pero le faltaban las prácticas correspondientes, pues curiosamente nunca se le había ocurrido hacer carrera en ese ámbito. Él mismo no se lo explicaba, pues ahora veía que el sentido profundo de sus estudios

de matemáticas se hallaba justo en la astronomía. ¿Acaso no contemplaba el cielo estrellado con su padre siempre? ¿No había sido su padre el primero en mostrarle las figuras de las estrellas, quien le había enseñado a amar a Orión y a Venus, la del resplandor rojizo? Casi le parecía que su vida estaba yendo por el camino equivocado, y vio con claridad –podría decirse que con una claridad escalofriante– que si algo le había mantenido alejado de la astronomía como de un país prohibido, no había sido otra cosa que el amor que su padre le profesaba al cielo nocturno; el amor del padre no había sido para sus hijos, sino para la noche, y hasta el presente se extendía aún su fatídica influencia, impidiendo que lo ambiguo pudiera ser sustituido por lo unívoco, la profundidad de la esfera nocturna y su luz oscura, por la claridad del conocimiento.

Entretanto –feliz estado el del hombre entregado a un fin–, mientras permanecía sentado a la mesa del seminario, Richard Hieck olvidó sus sombríos pensamientos para admirar, sin envidia, la habilidad con la que Kapperbrunn adaptaba aquel seminario preparatorio para los fines de la teoría general de la relatividad y cómo se las ingeniaba para desarrollar el campo entero, desde Lorentz hasta Weyl, en torno al ejemplo de un único vector; con gusto se dejó engatusar por Kapperbrunn y, sin importarle la visible guasa con que éste lo contemplaba a él, entró en faena, sudando de excitación, poniendo toda su corpulencia en el empeño, por así decirlo. Y ya cuando, para colmo, Hilde Wasmuth, pérfidamente alentada por Kapperbrunn, empezó a hacer preguntas petulantes que habrían sacado de quicio a cualquier persona sensata, la cosa se salió de madre por completo: hacía rato que pasaba de las cinco, Krispin se había asomado varias veces con gesto avinagrado, y eran casi las seis cuando por fin terminaron la sesión.

–Es usted un tanque matemático, Hieck –dijo Kapperbrunn, de camino a su despacho–. Ya le dije una vez que había nacido para talar árboles.

–Bueno, sí... –Hieck estaba confuso, y ahí ya lo soltó–: Me gustaría presentarme a la plaza de auxiliar en el observatorio. –Y fue entonces cuando, por fin, sudando bastante, expuso lo que pasaba y por qué le pedía a Kapperbrunn el favor de su apoyo.

–Hum –dijo Kapperbrunn–, sí que me había llegado a mí también algún rumor sobre esa plaza, pero creo que sería conveniente preguntarle primero a Krispin si es fiable –y, en efecto, llamó a Krispin.

Krispin confirmó el rumor. El señor Sauter (que era el bedel del observatorio astronómico) había llevado la solicitud al rectorado hacía quince días, pero había no sé qué problema. Ahora Maier (se refería al director del observatorio, el catedrático) tenía el documento listo encima de la mesa. Y ése seguro que aún lo dejaba ahí unos cuantos días.

Kapperbrunn se alegró:

–Bien, ahora estamos seguros del asunto... Entonces, a ver: ¿lo que usted quiere es que yo hable con Maier, mi querido amigo Hieck?

Sí, eso era lo que Hieck quería pedirle. Pues Kapperbrunn , con sus múltiples relaciones académicas, tenía cierto vínculo con Maier, y antes de que ocupara su actual puesto docente en la cátedra de Weitprecht, incluso se decía de él que iban a nombrarlo ayudante en el instituto astronómico.

–Difícil me lo pone –dijo Kapperbrunn–, difícil, porque si ahora hablo con él, luego no tendré manera de rechazar su invitación a la próxima velada en su casa. Hágase usted cargo de que ese hombre tiene dos hijas sin casar...

Aquél era un razonamiento en el que Hieck no fue capaz de seguirlo. Se quedó sin saber qué hacer, sin enterarse de nada.

–Ya. A ver, Hieck: esto son matemáticas avanzadas, y de eso no tiene usted ni idea. Pero vamos a implicar también a Weitprecht. Sólo que hay que hacerle creer que está trabajando en esa fantasía suya de la teoría de grupos. Entonces será capaz de atravesar el fuego por usted.

Que las Navidades despertaban en Susanne un furor especial era cosa sabida por la familia, y estaban preparados para ello. Su cuarto,

el que en tiempos compartía con su hermana y donde todavía tenían la cama de Emilie –ella seguía durmiendo en el canapé, como antes–, hacía tiempo que se había convertido en una especie de capilla; ya no le llamaba la atención a nadie, pero ahora que se acercaba el 1926 aniversario del nacimiento del Novio Celestial, la capilla, como todos los años, adquiriría el aspecto de una cámara nupcial; pues aunque la cama de Emilie ya no se utilizaba, justo en el rincón donde estaba colocada –eso en parte se debía a la propia arquitectura de la estancia, que ofrecía allí la mayor superficie de pared– se acumulaban las imágenes de santos colgadas, y ahora Susanne había adornado todos los marcos con pañitos blancos de encaje, y el conjunto hacía el efecto de un velo de novia.

La madre aún era quien más comprensión mostraba para con aquel comportamiento, si bien sentía casi como una ofensa haber traído al mundo a una criatura que, de acuerdo con lo programado, se había desarrollado hasta convertirse en una mujer con todos sus atributos, con pechos de madre y vientre de madre y con las contrariedades mensiles de todas las mujeres, pero que, por su parte, se empecinaba en renegar de su sino y compartir la cama con un fantasma; la señora Katharine Hieck, que había compartido su vida con un fantasma humano durante un tiempo más que sobrado, no podía ver aquello de la Iglesia o el Novio Celestial o como quisieran llamarlo, más que como una completa fantasmagoría. No en vano, y tal vez precisamente a causa de su matrimonio, la señora Hieck había adquirido ahora, a posteriori, la capacidad de proyectarse en sus hijos; mientras tuvo a su lado al hombre con el que los había engendrado, la presencia de aquellos vástagos, la posesión común de aquella descendencia le resultaron incomprensibles y casi fantasmales, pero ahora, en cambio, ahora que empezaba a olvidarse del progenitor, los hijos se convertían en su posesión exclusiva, pues por algo habían salido de su vientre sin ayuda externa, por así decirlo; y de esa forma se había forjado unos vínculos afectivos que antes ni se le pasaban por la mente. A pesar de lo distintos que eran los hermanos entre sí, la madre no dejaba de ver en cada uno de ellos una parte de su propio ser, y si en Emilie, con sus múltiples devaneos amorosos, se confirmaban unos

deseos que ella misma podía haber tenido antaño o incluso seguir teniendo adormecidos en su interior, junto a aquel torrente de afirmación de lo terrenal corría también un pequeño arroyuelo que, sin llegar a la categoría de supraterranal, en cierto modo fluía hacia esferas cercanas al paisaje espiritual que pudiera pertenecer a Susanne: tal vez era justo el hecho de que Katharine empezaba a olvidar su antigua situación de casada lo que la llevaba a la reinterpretación del nacimiento de sus hijos como el resultado de una concepción inmaculada, tal vez era ese proceso místico que ahora vivía en su propia persona lo que daba lugar a ese vínculo, casi inconsciente por su parte, con Susanne y su fervor católico.

Por otro lado, para Susanne no había nada realmente místico; poseía los conocimientos sobre los asuntos de la Iglesia que puede tener cualquier lego, comprendía el significado de la ordenación sacerdotal, comprendía el milagro de la eucaristía y del sacrificio de la misa, sabía lo que significaban los símbolos del culto y del ornato, pero rechazaba en rotundo conferir a estas instituciones un componente de misterio, y menos aún místico, puesto que ella más bien se movía en un mundo de absoluta objetividad, y la transformación del vino en la sangre de Cristo encerraba a su parecer la misma causalidad objetiva e indiscutible que una frase que confirma la experiencia de «cuando llueve, nos mojamos».

Y, por extraño que parezca, con lo lejos de la religión que estaba el comportamiento de Richard y a pesar de lo indiferentes que le resultaban los problemas religiosos, por no hablar de los eclesiales, aquella concepción de lo espiritual y lo simbólico como algo objetivo, concreto, era un sustrato común y compartido con su hermana. Pues el universo matemático en el que se movía –todas sus construcciones algebraicas, sus relaciones de teoría de conjuntos, su infinitud inabarcable tanto en lo más pequeño como en lo más grande–, aquel universo al completo se podía encontrar en lo concreto tan sólo en una forma muy rudimentaria, e incluso las construcciones refinadas de la física, como las que ilustran los experimentos más sofisticados y artificiosos, incluso la susceptibilidad de ser calculados que manifestaban estos acontecimientos físicos eran tan sólo una muestra mínima e

insuficiente de esa multiplicidad de caminos de pensamiento que son las matemáticas, ciencia que está encastrada en la naturaleza concreta del mundo visible como algo que desborda lo concreto, que es impensable ignorar y que abarca el mundo entero, y aún con todo eso descansa sobre su realidad como realidad propia.

Otto, por su parte –claramente inclinado hacia lo terrenal, sin duda todavía más que su hermano mayor–, conservaba el vínculo con su hermana por motivos que se podrían llamar decorativos. Ciertamente es que, entre las múltiples imágenes de santos que Susanne había reunido, con evidente mal gusto, en su colección, se encontraba todo el *kitsch* religioso con que uno podía hacerse, y ni siquiera se salvaba la indefectible *Madonna* de Rafael sobre el cabecero de la cama, pues ya llevaba el sello del *kitsch* de primera categoría el propio cuadro, como sus miles y miles de copias, pero ahí Otto no se ponía demasiado exquisito. En lo referente al arte, le parecía bien cualquiera de sus vertientes estéticas, y fuera *kitsch* o no, la capilla de Susanne era el único espacio de la casa donde había algo que decorar. Con gesto de profesional expertísimo, solía comentar con su hermana los detalles de la decoración del cuarto; año tras año examinaba el drapeado navideño de los pañitos blancos, siempre dispuesto –faltaría más– a llevar hasta lo grotesco la intervención pía, a añadirle algún lazo imposible a la bombilla eléctrica, para luego, en un arranque de prepotencia estética hecha verbo, dejar plantada a Susanne en un mar de dudas sobre lo logrado del arreglo en su conjunto.

Así pues, cada uno de ellos, empezando por la madre, se mofaba de lo que hacía Susanne y, al mismo tiempo, no le resultaba del todo ajeno. No era raro que Richard se sentara junto a su hermana, tomara sus libros religiosos y se pusiera a buscar en ellos alguna relación lógica que, en el fondo, debería coincidir con las de sus libros de matemáticas, en la medida en que tiene sentido creer en la unidad de todo lo lógico. Y aunque no consiguiera dar con ningún punto de referencia para una semejanza lógica, la meta de su hermana le parecía considerablemente más honesta y directa que la suya: ella al menos hablaba abierta y sinceramente del Novio Celestial para quien se ponía en marcha y se mantenía todo aquel

aparato ritual, para el que preparaba y adornaba su cama. Susanne tenía un objetivo claro en la vida. ¿Y él? Eso: ¿qué buscaba él? También él iba en pos de una novia de luz, una novia que diera significado al mundo entero, y, sin embargo, estaba claro que las matemáticas no eran esa novia, sino tan sólo algo interpuesto entre él y el mundo, por mucho que se prestaran a abarcar el mundo entero e incluso llegar mucho más lejos. Él, con las matemáticas, perseguía una meta, quería encontrar algo que estuviera tan fuera de las matemáticas como estaba Cristo fuera de la Iglesia que le rendía culto, pero nunca conseguía salir de los fines matemáticos internos. ¿Dónde estaba su meta? ¿Dónde estaba la univocidad de esa meta?

Estaban sentados uno frente a la otra, dos personas jóvenes, pero ni guapas ni ligeras, con cuerpos a los que les sobraba grasa, cuerpos dentro de los cuales respiraban con fuerza y regularidad, pero que eran una cárcel para ellos. Rudolf estaba en Sudamérica, Emilie en Berlín, o quizá había vuelto a irse a otro sitio..., y ellos, en cambio, los que tan afines parecían ser y se sentaban allí en buena compañía, ¿acaso no había nada que también los impulsara a marcharse lejos? Sería menos evidente, por supuesto, pero era indudable que iban por dos caminos distintos que se alejaban cada vez más entre sí, pues todos huían de la noche del padre al mismo tiempo que volvían a huir hacia la noche.

Richard miró a los ojos de Susanne y se estremeció, porque eran los mismos ojos suyos... ¡Qué mirada, como en diagonal, de abajo a arriba, la que de pronto reveló el globo ocular blanco, surcado de venillas rojas!, una mirada que resultaba inquietante y en la que latía un punto de locura. Y, sin que realmente viniera al caso, Richard descubrió que de repente había caído sobre el mundo en forma de silencio blanco la Navidad, una repentina suspensión del ruido, una repentina suspensión de lo normal y, desde ese punto de vista, un agradable descalabro del mundo hacia su interior, un punto de discontinuidad en una curva continua. El diablo sabía.

Preguntó:

—¿Qué le vas a regalar a nuestra madre?

Susanne le enseñó un almohadón que le había bordado: un corazón de fuego de entre cuyas llamas emergía una cruz junto a los caracteres alargados INRI, y alrededor, la máxima: «Donde mora el amor, está la bendición de Dios». Un fin blasfemo y una realización horrorosa que Richard, por supuesto, no captó.

—Qué bonito —dijo; de su campo de trabajo era imposible sacar ningún regalo.

Susanne guardó el bordado bajo un montón de cosas parecidas que tenía preparadas para las monjas del convento. Era infatigable en su afán por el trabajo, y como no podía aportar mucho al convento aparte de su mano de obra, ésta debía rendir al máximo. Era profesora de trabajos manuales, maestra titulada en educación infantil y ahora también se estaba formando como cuidadora de enfermos. Lo hacía con el gozo profesional de quien, con su manera de comportarse, cree haber agotado todas las posibilidades del inagotable reino de Dios, con ese gozo que, por los mismos motivos, también era parte de la forma de vida religiosa que había elegido.

Al contrario que Otto, quien, aunque no lo confesara, veía la alegría de su hermana con desconfianza por todos lados, puesto que su origen era muy distinto al de su caso, Richard no era capaz de distinguir entre las razones de una alegría y de la otra y envidiaba a Susanne del mismo modo en que envidiaba de Otto la ligereza con que se tomaba la vida. Intuía que todo gozo estaba relacionado con la posibilidad de ir más allá de los límites del mundo y que la única meta era ésa; claro, de los límites de las matemáticas como tales no había salida posible, y aunque las matemáticas también abarcaran grandes partes de los fenómenos físicos del mundo, es más, aunque proporcionaran enfoques completamente nuevos para la iluminación de lo lógico y aunque las estrellas estuvieran sometidas a ellas, cierto es que proporcionaban la ardiente alegría de llegar al conocimiento, pero gozosas no eran. Todos venimos de las fuerzas más bajas de la vida, de la noche del vientre materno, de la incognoscible agitación de la noche de los padres, lo que percibimos es noche y son tinieblas, pero todos perseguimos la claridad y el gozo. Sí, así es. Y ése era también el motivo que llevaba a Richard a acercarse a Susanne una y otra vez, aunque la alegría de la

hermana a menudo se le antojaba un poco idiota; era como si, desde muy jóvenes, deseara cuidar a una hermana que no terminaba de considerar válida del todo, y, al mismo tiempo, no sentía con menos fuerza el deseo de que lo cuidaran a él, y era un marco muy amplio el que daba cabida a esto, a pesar de que las formas concretas del hecho mismo no iban más allá de un romanticismo pequeñoburgués que resultaba inquietante, porque el cuarto donde tenía lugar estaba suspendido en mitad del infinito y en él palpitaban la noche del origen y la claridad de un futuro inalcanzable.

Era Navidad, y como los institutos estaban cerrados, Richard pudo dedicar las mañanas siguientes a hacer sus compras. No hacía falta esforzarse mucho para encontrar un regalo para Susanne; bastaba con ir a alguna de las tiendas de artículos religiosos que había en torno a la catedral.

Era una hora de sol de invierno azul plateado. Los tranvías amarillos, cuyas líneas se cruzaban en la plaza de delante de la catedral, todavía conservaban jirones de la nieve de la mañana, las ventanas estaban cubiertas de escarcha, las personas que viajaban dentro se veían como sombras oscuras, y, cuando el trole de los vagones rozaba algún punto de la catenaria cubierto de hielo, se producían como fuegos artificiales y un crepitar de chispas azuladas en pleno día. El frío te mordía la nariz y las orejas, y, como la mayoría de los que iban por la calle, Richard tomaba aire con fuerza de cuando en cuando para crear un pequeño vacío neumático que devolviera al interior de la nariz las gotitas que se le escapaban. Con un timbre que recordaba al campo, sorprendió en medio del tráfico mecanizado la campanilla de un trineo tirado por un caballo; se oía el barrido de las palas de madera de la patrulla encargada de limpiar las calles de su colchón blanco, y Richard, que se había decidido a comprar una estrella de Belén o algo similar, echó a andar por la acera helada, cubierta de arena, con pasos tan cortos como pesados, como pateando el suelo. A veces resbalaba y tenía que recuperar el equilibrio estirando la columna mucho y de golpe, y del susto le corría como calor por el cuerpo. Cuando miraba hacia la catedral, en diagonal y de abajo a arriba, con el globo ocular todo

blanco y un poco salido, como los ojos de los locos, no se fijaba en los elementos góticos cubiertos de nieve, sino en las palomas que se apretujaban en las cornisas o que brincaban de acá para allá. Richard Hieck se sentía mejor que de costumbre y no iba pensando en nada, al menos en nada matemático.

6

El día de Año Nuevo, la familia se reunió en torno a la mesa. Emilie había mandado un telegrama. Desde las Montañas de los Gigantes. Seguro que estaba esquiando. Con el tipo de turno. De Rudolf, el de Sudamérica, no habían sabido nada. Tal vez allí no celebraran el Año Nuevo. Como allí era verano...

La señora Katharine Hieck casi parecía más joven que su hija, que llevaba un vestido cerrado hasta el cuello que parecía un hábito de monja y cuyo rostro blando y de tez amarillenta no reflejaba las huellas de los años pasados, sino de todos los venideros. En el doble silencio reinante, fruto del invierno y del día festivo, la agrupación de casas había perdido su carácter de ciudad. No se sabía bien dónde estaba uno. Al comienzo de un nuevo año. Eso era lo que hacía las veces de indicación espacial en aquel silencio. Los matasellos, desde ese día en adelante, llevarían la cifra 27, y algunos 1927. Katharine Hieck tenía más de cuarenta y cinco años, pero conservaba la nuca de una mujer joven: una columna flexible, blanca y mullida, con un suave canal en el centro alrededor del cual se le ensortijaba el cabello rubio.

Infinito: así se extendía ante ellos el nuevo año. Y como todavía no sabían qué sería de aquello que, por el momento, no era más que un bloque oscuro que de algún modo tendrían que ir superando, Otto dijo:

—Tenemos que brindar por el nuevo año.

Habían comido un contundente asado de ganso, de modo que la idea de Otto resultaba muy apropiada. No obstante, Richard dijo:

—Yo estoy en contra del alcohol, de la clase que sea.

Susanne compartía su opinión. Pero Otto insistió:

–¡Qué poco entendéis de celebraciones!

No, Susanne y Richard carecían de todo sentido de las celebraciones terrenales. Lo terrenal y concreto y visible no era para ellos más que una característica casual de unos acontecimientos monstruosos cuya fuerza intuían; y cuando se enteraban de que iba a celebrarse alguna fiesta terrenal como fin en sí misma lo asumían casi con inquina. Y aunque anhelaban el amor humano y la compañía humana, su naturaleza dirigía sus deseos hacia instancias superiores y de características más allá de lo humano, vinieran del cielo o del infierno. Monstruoso, así era como se presentaba ante ellos el año por el que se pretendía que brindasen.

–Pero hijos... –dijo Katharine Hieck con voz de cascabel–, ¡por beber vino una vez al año! –Y pensó en Emilie, que bebería vino a diario; y mientras contaba las monedas para que Otto trajese el vino de la taberna cercana, se acordó de que el muchacho a veces traía a alguna amiga a casa para presentársela. De pronto, todos sus pensamientos se agolparon en la imagen de un banquete nupcial en el que ella misma se veía sentada junto a un nuevo esposo. Su sangre sana se le subió a la cabeza, y se puso colorada.

Otto tenía la mano extendida. Él, al igual que su madre, no sabía nada de instancias superiores monstruosas como las que alojaban las pesadas cabezas y cuerpos de sus dos hermanos mayores; el suyo era un mundo de dimensiones humanas, sus deseos, su amor, sus alegrías y sus celebraciones quedaban dentro de lo alcanzable. Y que el año nuevo había que acompañarlo con vino entraba dentro de esos límites.

Los deseos divergentes de todos estaban ahora unidos en aquel vino.

–Es que nunca le vas a decir que no a este chico... –farfulló Susanne. Había visto sonrojarse a su madre, relacionándolo de inmediato con algo indecoroso; se sentía como si eso la obligara a ella a reforzar su castidad para compensar.

–Ñañaña. –Otto la hizo rabiar con una mueca. Le habían dado el dinero, así que salió por la puerta con estrépito, dejando a los adultos a merced de esa hostilidad a medio fermentar que se adueña tan a menudo de las familias cuando se las priva de un

interés común. De aquel momento de exposición a los sentimientos humanos en su estado más primitivo y visceral los salvó Richard, dándose un golpecito en la frente –aquella frente un poco abombada– con dos dedos:

–Pensar que siempre le dejan plantado... Enfrente hay una camarera nueva, y a Otto le gusta.

Las dos mujeres se miraron, y Katharine se echó a reír con desenfado y al final contagió a Susanne: ella, que como su padre no se reía casi nunca, se sumó al júbilo de Katharine con una carcajada brusca que también había sido característica de él. ¿Por qué se reían? ¿Porque los sueños secretos e impuros del muchacho habían quedado al descubierto? ¿O porque no servía de nada intentar ocultar los propios deseos íntimos? ¿Se reían porque, en el fondo, ninguno podía tener secretos ante los demás? Richard, con el mismo sentimiento de liberación, dijo orgulloso:

–No era broma, que es verdad.

Katharine, con su voz de cascabel, dijo:

–Ya, ya, pero es que lo has dicho de una manera muy graciosa.

Volvió a aparecer Otto. Iba atildado en exceso, sobre todo teniendo en cuenta los escasos recursos de que disponía para llevar a la práctica su concepto de elegancia. El pantalón, de un ancho exagerado, formaba pareja con una chaqueta oscura que se le había quedado pequeña y que en su día fue del traje de la confirmación.

–Aquí traigo el vino –dijo, colocando encima de la mesa una frasca grande, llena hasta la mitad.

–¿Por qué, en verano, la jarra se cubre de vaho, pero en invierno no? –le examinó Richard.

–Déjame en paz –respondió Otto–, vamos a brindar... Pero tenemos que pedir un deseo.

¡El deseo de Año Nuevo! El meteoro del año había aparecido en el firmamento, trazando una suave curva, y los que se hallaban ante él tenían la oportunidad de pedirle un deseo. ¡Con la cantidad de deseos que hay! Y la persona que se ha levantado de la cama y se ha puesto los zapatos por la mañana y, por la noche, devuelve su cuerpo al lecho tras haber cumplido con unas cuantas obligaciones, ha realizado muchas cosas durante el día para satisfacer sus

distintos deseos, aunque no haya sido consciente de la mayoría de ellos. Así pues, cuando de pronto tiene que verbalizar lo que desea frente a un meteoro, lo habitual es que se quede mudo de espanto ante su propia inconsciencia, aunque quizá también ante una indiferencia que le hace incapaz de adivinar los deseos de los demás y apoyarlos con un brindis. Finalmente, fue Otto quien dio con la fórmula neutral que los liberó:

–Por mamá.

Y como eso era tan fácil que hacía vibrar un ápice de calidez hasta en la naturaleza más llena de sombras, hicieron chocar sus vasos como si el sonido del cristal pudiera ser un eco de su corazón, y también se sonrieron un poco, y en el fondo esperaban que sucediera algo esencial, ese algo esencial por lo que habría merecido la pena levantarse de la cama esa mañana y comenzar un nuevo año. Pero como no sucedió nada de eso, Susanne dijo, como buena ama de casa:

–Se está consumiendo el carbón.

–Sí –dijo la madre con su voz de cascabel.

Susanne se levantó y abrió la portezuela de la estufa de ladrillo con el gancho; aún quedaban ascuas en el hueco, de color amarillento por el fuego, y un hilo de calor le dio en la cara. Agachada, con las piernas abiertas y dando el voluminoso trasero al resto de la sala, armó un buen estrépito con el cubo de los carbones y, al arrojar una palada al fuego con destreza de fogonera experta, el polvillo de carbón chisporroteó y ardió. Susanne cerró la puerta de la estufa de una patada y volvió a su sitio.

En el exterior, en alguna parte, la vida bullía, grande y ruidosa, y cada uno de ellos ansiaba atrapar un pedacito de ella, pero no sabía qué pedacito, y sin duda era uno distinto en cada caso.

–Dios quiera que el año que viene volvamos a estar todos juntos, así, al calor del fuego –respondió por fin Katharine al brindis de Otto; en cierto modo, era un momento de alivio, pues con él había encontrado el deseo que, excepcionalmente, compartía la familia al completo, si bien no estaba claro si el acento debía ponerse en el «todos» o en el «calor». Ella misma se puso a darle vueltas, y, aunque a la vista de su exigua pensión y sus preocupaciones por el

futuro, el problema de caldear la casa estaba en primer término, añadió—: A lo mejor están también Emilie y Rudolf.

Con todo, el momento de comunión no se prolongó. Susanne ya estaba pensando en la inminente misa vespertina y en que la siguiente Nochevieja esperaba celebrarla ya dentro de los muros del convento, y también Richard estaba en otra parte con sus pensamientos, que se habían ido a una excursión de esquí que tal vez tendría ocasión de realizar las siguientes Navidades, y hasta que no le vino poco a poco a la cabeza el tema de la calefacción no sintió como un reproche que seguía viviendo en casa de su madre.

Por eso, gruñó:

—El año que viene ya estaré de profesor en alguna escuela, en alguna ciudad de la provincia... o sabe Dios dónde.

—¡Qué bien! —dijo Otto.

Grande y jugosa bullía la vida en el exterior. Pero la lucha por la existencia se bate a oscuras, la lucha por un lugar al sol, e incluso cuando Susanne dijo: «En la tienda de Sellinger han sobrado franelas de las ventas navideñas y ahora están a mitad de precio», eso era parte de la lucha por la existencia, pues se encuentra en cada precio que se paga por las cosas.

Y, como ninguno de ellos era capaz de albergar unas esperanzas de futuro para el año nuevo que eclipsaran el miedo a la aterradora fuerza con que se escapa el tiempo ni el miedo a la edad, Katharine Hieck tampoco pudo evitar pensar en el milagro del amor que llevaba esperando desde su juventud y en que aún pudiera hacerse realidad, por así decirlo, en el último minuto. Así pues, presa de esas esperanzas llenas de angustia, hizo algo que jamás se había dado en el círculo de aquella familia, mencionó al padre:

—Ojalá siguiera con nosotros vuestro padre —dijo.

Eso fue lo que dijo, y así, con la suave curva del meteoro, descendió sobre ella la imagen de la muerte que no había perdido de vista ni un instante. Y el huésped que, en figuras distintas, esperaban para el siguiente Año Nuevo, llevaba en los pliegues de su capa el halo de la muerte.

Katharine ya no guardaba ningún recuerdo de su difunto esposo, pero grabada en su memoria de forma imborrable permanecía la

vida que había concebido y la vida que había dado al concebir, y a ella se aferraba. ¿Qué había sido de ella? ¿Qué habría de ser aún? Los hijos allí sentados eran morenos y de rasgos que no eran los suyos, y los hijos que se le parecían, los que habían heredado sus mismos ojos azules, estaban muy lejos. Así que dijo:

–Yo ya no me hago ilusiones.

Pero Otto comentó:

–¿Es que hoy no hay café?

–Está bien –dijo Katharine–. Voy a haceros café.

De pronto, a Richard le vino a la mente la teoría de grupos. Y ese constructo abstracto y teórico al instante se había transformado en uno de aquellos pedacitos de la vida lejana e inefable. Dejó que el resto del vino se incorporara a su estómago y, debajo del chaleco y la capa de grasa, le invadió una agradable sensación .

SEGUNDA PARTE

1

Durante los últimos meses del invierno se aclararon varias cosas para Richard Hieck; se produjo como una especie de iluminación, pues de pronto supo lo que quería hacer. O supo una parte de ello. O creyó saberlo. En cierto modo fue gracias a Kapperbrunn.

Estaba en deuda con Kapperbrunn por todo lo imaginable. La plaza en el observatorio astronómico se la habían dado gracias a su ayuda. No sólo participaba del progreso de su trabajo sobre la teoría de grupos, sino que tampoco dejaba de subrayar ante Weitprecht la valiosa aplicación que podría tener en el campo de la física. Y, así, también era obra suya que el catedrático, especialista en zafarse de las obligaciones académicas, además de delicado de salud, en lugar de dejar la tesis de Hieck sin mirar durante meses como hubiera sido habitual, en un acto de superación de sí mismo, incluso le estaba agilizando el doctorado, ahora doblemente importante para el puesto en el observatorio.

A pesar de este despliegue de circunstancias externas favorables, el trabajo sobre teoría de grupos –todo hay que decirlo– avanzaba despacio, y llegó marzo antes de que Richard pudiera presentar su propuesta terminada sobre la mesa de Kapperbrunn.

–No está nada mal –dijo Kapperbrunn, tras quedarse el trabajo durante dos días–, una factura muy fina con cimientos de oro, vamos a mandarlo a la *Crelle*.

Normalmente, Kapperbrunn no soltaba más que discursos cínicos:

–En la ciencia, hay dos maneras de conseguir algo: bien por el camino del progreso histórico y de las elucubraciones de altos vuelos, tipo Weitprecht, bien por el de la reacción sana. Yo, por mi parte, he optado por lo segundo. Estoy dispuesto, en cualquier

momento, a remontarme hasta Newton, es más, si quieren, hasta Descartes, y así despachar todo cuanto ha venido después como una quimera histórica –y reía con risa inteligente–. Además de como camino para conseguir una cátedra.

Richard sabía que Kapperbrunn sentía debilidad por epatar a la gente con su desorbitado escepticismo. No obstante, aquellos discursos siempre lo llenaban de indignación, una indignación espesa de la que, de repente, brotó la conclusión:

–Eso ni usted mismo se lo cree, profesor.

–Bueno, ¿y acaso usted sabe en lo que cree?

–De lo que se trata... –Richard buscaba las palabras, se pasaba la mano por el cabezón, una sonrisa torpe se dibujó en torno a su boca, de gesto duro–: de lo que se trata, y también para usted, es de la realidad.

–Eso no lo entiendo –Kapperbrunn se hizo el tonto.

Richard se esforzó más todavía. ¿Cómo definir las matemáticas? Una luminosa red de realidad resplandeciente, infinita, así es como las veía, y lo suyo era ir encontrando el camino, tanteando de nudo en nudo, sí, más o menos eso eran, un complejo entramado celeste, como el mundo mismo, un entramado que había que desenmarañar para hacerse dueño de la realidad.

–Las matemáticas están en todo –dijo finalmente y, para sorpresa de Kapperbrunn, se puso patético–: el mero hecho de que yo pueda contar las cosas es un hecho matemático comprendido en la realidad.

–Tendría que haberse metido a poeta y no a matemático –le soltó Kapperbrunn–, aunque, bueno, a la contemplación de las estrellas ya se dedica.

A Hieck se le escapaba que Kapperbrunn aquí se estaba metiendo con él, claro; al contrario, le invadía un fuerte sentimiento de superioridad; Kapperbrunn solía hacerse el tonto y luego parecía que era un poco más tonto todavía. Lo mismo que Hieck siempre sentía frente a su madre, pero también frente a sus hermanos y, en el fondo, frente a la mayoría de la gente, se hacía patente ahora, aunque en un grado más leve, frente a Kapperbrunn: su admiración, no exenta de odio, de la capacidad de expresión del ser humano, de

su perversa capacidad para unir palabras en un lenguaje medio ordenado aun sin tener ni idea de lo esencial, de lo que realmente es la envidia y que sería lo único digno ser expresado. ¡El pecado de no saber! ¡La cerrazón de no querer saber! Y tal vez sólo porque en aquel momento era presa de tanta rabia hacia Kapperbrunn que tenía ganas de matarlo y porque lo acorde con su talante era traducirlo todo al instante a conocimiento teórico, Richard Hieck comprendió que siempre se trataba de ese no-querer-saber y que siempre sería ese no-querer-saber lo que incita a la gente al asesinato o, cuando menos, la vuelve capaz de contemplar la muerte del otro con indiferencia.

Pero hizo un intento más; quería ganarse la participación de Kapperbrunn en sus propias teorías y argumentaciones.

–Todo lo que sucede responde a leyes que obedecen a la lógica.

–¿Ah sí? –respondió Kapperbrunn–, a esa conclusión no he llegado yo aún.

–Siempre hay una ley, llámela ley de la causalidad o como guste...

–La ley de causalidad es la versión más moderna de la misma cantinela de toda la vida.

–Bueno, eso es indiferente..., si la ley de la causalidad ya no se considera válida es porque entra en contradicción con la lógica..., pero una vez que hayamos desarrollado la lógica matemática de la manera adecuada, tendremos la realidad en nuestras manos.

Con sombrío gesto de triunfo miró a Kapperbrunn; por primera vez, había formulado lo que tanto tiempo llevaba barruntando. Kapperbrunn asintió con la cabeza. Y desde la iluminación de quien sabe mucho más de lo que alcanza a verbalizar, Richard Hieck concluyó:

–Claro que la lógica y las matemáticas son idénticas.

–Sí, sí, ya..., la lógica matemática... –Kapperbrunn hizo una pausa irónica; ahora era él, cuya mente brillante también entendía de lógica y hacía sus pinitos en ese campo, quien se mostraba profundamente recalcitrante–, otro de esos inventos nuevos.

Richard se sintió terriblemente solo. ¿Qué le importaba a él aquel instituto y cuando sucedía allí? Sentía como si fuera muchísimo más

importante todo lo que acontecía en el exterior. Ahí fuera aullaba una tormenta de marzo. El invierno había sido sumamente duro, y continuaba el tiempo invernal, por más que la astronomía marcara el comienzo de la primavera. Del seno materno de la noche brota todo conocimiento, de él nace toda la realidad del mundo, toda la claridad se forma previamente en lo oscuro. Kapperbrunn no quería saber nada de eso. Richard miró hacia arriba, un poco en diagonal, hacia los estantes donde tenían los bustos de Newton y Gauß. ¿Quién habría comprado esa decoración? ¿El Estado? Una pregunta que no se había planteado nunca. Era evidente que su nueva clarividencia también se extendía a las cosas pequeñas.

Kapperbrunn, que ya había aportado al día la suficiente dosis de escepticismo, preguntó conciliador:

—¿Me está diciendo que quiere volver a la lógica matemática en lugar de seguir con la astronomía?

—No... —dijo Hieck, y al cabo de un rato—: sí.

—Hum, es usted un hombre de precisión, Hieck.

—Se pueden unir las dos cosas... El trabajo en el observatorio astronómico es espantosamente mecánico.

—Trabajo de mujeres, como todo lo que hacemos —dijo Kapperbrunn, de acuerdo con los estereotipos en los que tenía clasificadas a las personas. Y ahí pudo regocijarse de haber traído a colación su problema preferido—: En el observatorio no hay vacaciones de Pascua, ¿no? Por supuesto que no, claro... —miró a Hieck a los ojos con gesto cordial y compasivo—, el único instituto universitario donde no cierran por vacaciones, si acaso dan permiso unos días una vez al año.

—A los auxiliares ni siquiera eso —corroboró Hieck.

—Hummm, los astros giran y giran, ojalá supiéramos por qué... Ay, Hieck, qué pobres diablos somos, y las ganas que tengo de estar jubilado.

Como siempre que Kapperbrunn se ponía a hablar de su vida privada, Hieck se sintió incómodo. Dijo:

—Tengo que ir a ver a Weitprecht.

—Vaya, vaya, si no tiene más remedio... Está en su despacho, de todas formas.

Weitprecht lo recibió con la actitud habitual en él, tan encantador como inaccesible, se le notaba que le había costado centrarse y hacía constantes esfuerzos por recordar el nombre de quien lo visitaba.

–Me había dado cita hoy, señor profesor.

–Ah, bueno, vaya, para hoy... ¿No se habrá equivocado? –Con cierta ayuda, se acordó de la defensa de la tesis y de que iba a ponerse de acuerdo con el otro miembro de la comisión examinadora.

–Estas eternas formalidades... –se quejó, con cierta hipocresía, claro está, pues era demasiado cobarde como para saltarse ninguna norma. Por encima de las gafas de media montura que le cambiaban el rostro se alzaba una frente de sienes casi rectangulares, con suaves pecas y enmarcada por un pelo revuelto, rubio entrecano. Para un hombre de su edad, la boca resultaba particularmente femenina y blanda. Quizá tenía razón Kapperbrunn cuando, con no poco regodeo en el mal ajeno, afirmaba que el catedrático padecía bajo la cruel tiranía de su señora. Richard Hieck se acordó de la mujer bajita y nada guapa que a veces se presentaba en el instituto para recoger a su marido. Algunos estudiantes saludaban a aquella parte de la vida privada de su profesor; Richard no lo hacía nunca, le resultaba desagradable.

–Así que ahora está en el observatorio –dijo Weitprecht, orgulloso de haber dado brillantemente con quién era Hieck.

–Sí –respondió éste, y como la cortesía no era lo que se dice su fuerte, necesitó un rato hasta que se le ocurrió añadir–: y le agradezco enormemente que intercediera en mi favor, profesor. Me es muy grato ocupar ese puesto. –Y quedó agotado de tanta cortesía.

–De nada, de nada –sonrió Weitprecht, ya casi con la cabeza en otra parte y, a la vez, con la sensación de que aquel favor había sido como cortarse la propia carne; le entró cierta preocupación–: ¿No me dirá que ahora no va a tener tiempo de continuar con nuestro trabajo de teoría de grupos? –Y su sonrisa se tornó seductora y convincente.

La imagen de la ciencia como una red inmensa de la que había que ir deshaciendo nudo tras nudo volvió a surgir ante los ojos de Richard. Sin embargo, había perdido el aspecto gozoso. Ahora le parecía una maraña estéril de la que se ocupaba en un modo absurdo una tropa de ciegos. Venía a coincidir con lo que decía Kapperbrunn de que la ciencia era un juego de sociedad infantil para quienes se habían quedado atrás: a veces no eran huecas del todo las máximas de Kapperbrunn, aunque uno pudiera no captarlas a la primera. Hieck arrinconó tales pensamientos.

–Ni que decir tiene que voy a seguir trabajando en ello, profesor.

Weitprecht sonrió un poco al vacío:

–Entonces saldrá todo bien.

2

Ensimismado en el fantasma de su yo, Richard Hieck deambulaba por la cruda primavera que había descendido sobre el mundo. Antes nunca había pasado tanto tiempo por la calle. El observatorio astronómico estaba en lo alto de una colina boscosa, a cuyo pie se había construido una colonia de villas. Mediaban dos kilómetros desde la linde de la ciudad, pero, para ahorrar, Richard nunca tomaba el tranvía, aparte de que, cuando tenía turno de noche, ya no prestaba servicio de todas formas.

Su trabajo tenía poco que ver con las observaciones astronómicas. Tampoco le decían mucho. Si ya la física experimental era como unos desagradables grilletes para su mente amante de la especulación, tenía claro que la parafernalia de la técnica instrumental de la astronomía, con todo el trabajo artesanal de fotografía y cuanto lleva aparejado y, sirva o no, debe aprenderse, no era lo suyo. Richard no era un romántico por naturaleza, y desde el principio tenía claro que la astronomía apenas guarda relación con el esplendor de las estrellas, es más, que el cielo nocturno se ve bastante poco. Es bastante indiferente si se coloca y se utiliza un ultramicroscopio o un refractor, la diferencia general reside en la escasa flexibilidad de la práctica de la astronomía, con lo cual en

cierto sentido casi era preferible el trabajo de laboratorio. Y también el material de observación como tal ofrecía pocas diferencias visibles, pues lo infinitamente grande, al fin y al cabo, no es más asombroso que lo infinitamente pequeño; y, sin embargo, de alguna parte venía la fascinación por conocer esas dimensiones tan inmensas, esas dimensiones sobrenaturales que, de un modo tan especial, imprimen en el alma de cualquier persona la huella de la eternidad divina, siempre apabullante, incluso para aquellos que, por su trabajo, ya deberían estar acostumbrados a ella; ahora bien, de no tener esa consciencia de los años luz, imposibles de imaginar, pero tan llenos de significado para el alma humana, cabría decir que la astronomía en general es simplemente aburrida, y a menudo en verdad lo era.

Eso sí, a Richard le encantaba el camino de vuelta a casa bajo el cielo nocturno. La primavera ya se había posado dulcemente sobre los abetos, el suelo del bosque, todo cubierto de hojarasca, olía a polvo, y era un olor suave y refrescante. El pequeño merendero por el que se pasaba y que tenía las mesas a la sombra de los árboles solía estar cerrado a esa hora; tan sólo en una buhardilla, quizá de una camarera amante de la lectura o amante de alguien, se veía siempre una ventana con la luz encendida. Los domingos sí que estaba muy animado el lugar, había gente sentada en las mesas y sobre sus cabezas se balanceaban las bombillas colgadas de un cable largo, y revoloteaban las mariposas y los mosquitos. En una de esas noches de domingo –por entonces, parecía que el bosque entero estuviera lleno de parejas de enamorados, y Richard, como un chiquillo de doce años, se moría de soledad–, se acabó sentando a tomar una cerveza, observando cómo las parejas salían del bosque a la claridad un tanto confusos, aunque el más confuso de todos era él. Comparaba su propio cuerpo voluminoso y nada flexible con el de los mozos que emergían de la oscuridad, abrazados, entrelazados con sus parejas, y le parecía imposible que ninguna mujer fuese a rodear con el brazo su patosa corpulencia jamás. No cabía esperar que eso sucediera, por más que llegara a convertirse en un matemático de renombre. Pero estos pensamientos, que no le eran desconocidos en absoluto, se vieron interrumpidos en el momento

en que apareció en el jardincillo un hombre, el doble de alto y de ancho que él, acompañado por una delicada muchacha morena, y ambos se sentaron no muy lejos de donde estaba Richard; éste primero concluyó que aquel hombre tenía que haber arrastrado a la muchacha hasta allí sea pagando, sea por la fuerza más bruta, pero no tardó en comprobar que ella estaba perdidamente enamorada del gigante, observación que tendría que haber supuesto cierto consuelo para el matemático, pero que no hizo sino aumentar su confusión hasta el extremo de que, en lugar de irse a casa, volvió a subir al observatorio, presa de una imperiosa necesidad de respirar aire fresco y recuperar una perspectiva amplia de las cosas. A la entrada del edificio del observatorio había una pequeña zona ajardinada, con bancos en paralelo a la valla de madera que se extendía en una línea recta de unos cien metros desde la cima hasta el pie de la colina, y allí, con un suspiro, se dejó caer en uno de los bancos para asomarse a contemplar el panorama. En línea recta, a izquierda y derecha, junto a la franja festoneada de hierba, estaba el bosque; el camino en zigzag que conducía más allá de aquel claro se destacaba por su tono más luminoso, y, bajo un ligero y apenas perceptible velo de niebla, estaba la llanura silenciosa, iluminada por una luna que aún se escondía por detrás de la colina, pero ya desprendía la claridad suficiente como para que, muy a lo lejos, dentro de aquella llanura, los huertos de frutales cuajados de flores blancas resplandecieran como islas de nieve flotando en una tierra gris nacarada. Más lejos todavía se atisbaban las montañas que bordeaban el valle, y en lo alto de ellas, como fuegos vigías repartidos por el cielo, brillaban las estrellas mientras que, muy dispersas por el valle, centelleaban como otras poquitas estrellas las luces de las casas. En línea recta se dirigía hacia la ciudad la hilera de luces de un tren, claramente audible ya su traqueteo rítmico, el silbido con que saludaba al puente sobre el río, el fuerte rumor de las ruedas al atravesarlo, y ahora dejaba de verse, pues el contorno de la colina boscosa tapaba sus luces. Pero el imponente espacio entre la llanura de nácar y la bóveda de terciopelo de las estrellas que la cubría, aquella imponente bóveda estaba repleta de primavera, repleta hasta reventar, la primavera penetraba en el

cuerpo de Richard con cada respiración, y con cada respiración volvía a salir de él, la vida fluía con dulzura y por doquier, fluían las estrellas en el cielo y en la tierra.

Sentado en su banco, los pies en los zapatos, las pantorrillas gordas y velludas con ligas en los calcetines, Richard se inclinaba hacia delante y contemplaba el valle, que parecía un mar con olas de oscuridad en las que se sumergían las estrellas. La noche de la que había nacido, todas las noches que había vivido desde entonces, las noches anteriores a su vida consciente, todas las intuía en su interior ahora que la noche que se le metía dentro y le llenaba los pulmones, despertando a un ángel que, si bien no podía detectarse en términos anatómicos, siempre había estado allí, agazapado: ofendido ángel de la infancia que, de tanto tiempo allí agazapado, se había vuelto sentimental y tímido. Y Richard, todavía presa de una gran confusión, empezó a fijarse en la posición de las estrellas, lo que sin duda no era tarea difícil para un astrónomo, y se puso a repasar las distancias entre ellas como si tuviera que examinarse de eso.

Se levantó. Una sonrisa torpe, un tanto pícara y, sin embargo, dulce, se había dibujado en su amarillento rostro de asceta. Menos mal que no lo estaba viendo Otto, menos mal que no lo estaba viendo Kapperbrunn; ninguno de ellos habría entendido lo que hacía allí y se habrían limitado a reírse de él. Ahora que la luna estaba más alta, se veía de color verde oliva la superficie de hierba de la ladera de la colina hasta cuyo borde se había acercado, desde el valle subía como un vaho tibio, dando un ligero movimiento a las plantas. Richard se dispuso a marcharse. No pudo evitar pensar en Hilde Wasmuth. Menos mal que no lo estaba viendo. En el bosque, se notaba cuando algún soplo de viento recorría las coníferas. Richard llevaba cerveza en la barriga y una bóveda de estrellas sobre la cabeza, y el ángel que moraba en su pecho había plegado sus alas. Así fue bajando despacio, con pasos menudos y un poco torpones, hasta llegar al merendero. Ya habían cerrado, el lugar se veía desierto en medio de los abetos, y también el gigante y su novia se habían marchado. Pasado el bosque de coníferas empezaban los jardines de las villas. Las primeras rosas estaban en flor, su color destacaba a la luz de las farolas. Las casas dormían. En la parada

final del tranvía había un policía, también él impregnado de primavera. Y luego, a lo largo de la avenida adoquinada, en paralelo a la cual transcurrían los raíles del tranvía, entre sembrados, colonias de pequeños huertos urbanos, solares, pasando junto a edificios sueltos y puestos de mercancías, Richard Hieck fue caminando de vuelta a la ciudad.

Durante aquel tiempo, tampoco su hermano Otto había estado sin hacer nada. El turno de noche del mayor era para él un auténtico regalo de Dios. En cuanto se hacía el silencio en casa, salía a escondidas y se iba al café, no sólo porque allí tenía su sede el club de fútbol Marathon, del que era aficionado, sino también porque, en los salones del sótano del local, había baile cada segundo día de la semana, además de los domingos. Y allí se presentaba, con sus pantalones anchos, sujetos con cinturón, sin chaleco, con la chaqueta abierta y una corbata negra de artista al cuello sin almidonar de la camisa, una atrevida gorra artísticamente colocada para que le asomara el pelo por debajo, infantil a la vez que pícaro. Desde que había visto a un dibujante de caricaturas rápidas, daba por hecho que también él tenía talento para ello, y de hecho conseguía sacarse un dinerillo que, a su vez, le proporcionaba los medios para sus escapadas. Iba de mesa en mesa, pidiendo un precio muy módico por sus caricaturas, que a veces le salían de una manera y a veces, de otra; pero como tenía sensibilidad visual para lo cómico y sentido del humor, la gente se reía con él, aunque más de uno lo llamara gamberro, y las mujeres le hacían mucho caso, conmovidas por su delicada desvergüenza y su entrañable tendencia a lo astroso. Otto estaba encantado con todo aquello, y lo único que le contrariaba era tener que estar en casa antes que Richard. Por suerte, Richard seguía un horario ordenado.

En las calles de la ciudad, la primavera anunciaba ya la intensidad del verano. El aire entre las casas no se movía, era una columna de calor estanco que se elevaba hacia las estrellas.

Con la cabeza en el regazo de una mujer que apenas conocía, Otto estaba tumbado sobre el duro asiento de un banco en la parte menos iluminada del parque municipal. Olisqueaba aquel cuerpo maternal desconocido y, acallado de repente su deseo, tomó las

manos de la mujer, se las colocó debajo de la cabeza, rebulló un poco hasta encontrar la postura adecuada y se quedó tranquilo, acostado, mirando las estrellas. Tenía ganas de llorar, y si hubiera encontrado algún motivo para hacerlo, habría roto en sollozos. La mujer que se inclinaba sobre él no se atrevía a moverse, sosteniendo la cabeza de aquel tierno muchacho como un regalo ajeno entre las manos, es más, ni siquiera se atrevía a levantarlo un poco, aunque habría querido apretarlo contra su pecho.

—¿Me quieres? —le preguntó.

El muchacho acostado en su regazo no respondió.

Ella volvió a preguntar en voz aún más baja:

—¿Me quieres?

—No —musitó él, con una rigidez dulce que entonces la envolvió a ella también. Luego, en cambio, acercó la cara a su pecho blando, ella lo estrechó y sintió cómo lo sacudía un llanto sin ruido, sin freno y sin esperanzas.

Después, Otto se marchó corriendo.

Al llegar a casa, el incidente casi se le había olvidado. Se alegró de que Richard no hubiese llegado todavía y se apresuró a meterse en la cama, pues se había hecho más tarde que otros días. Cuando se tapó la cara con las manos, como acostumbraba a hacer para dormir, percibió el olor de la mujer desconocida. Era tan excitante que se le volvió a pasar el sueño de golpe. Por la ventana abierta se veía un pedazo del cielo nocturno, y la luna cortaba un prisma blanco que entraba en diagonal en el cuarto. ¿Dónde se había metido Richard esa noche? Otto se olisqueó las palmas de las manos; estaban un poco pegajosas; debería haberse lavado. Pero ahí ya se había quedado dormido.

3

Que la temperatura de un espacio siempre tienda a un estado de uniformidad, para que no haya un punto ardiendo de calor y otro frío como el espacio exterior, que rija el segundo principio de la termodinámica, que el mundo no explote de manera instantánea,

que no se nos desprenda la carne de los huesos de golpe y sin motivo, que nuestro cerebro siga funcionando hoy de acuerdo con leyes que, sea lo que fuere, pueden calificarse de normales (en la medida en que podemos permitirnos emitir juicio alguno al respecto):

todo ello es resultado de una casualidad tremenda y nada de ello es seguro, sino solamente medio probable según la ley de los grandes números;

teniendo en cuenta que la propia ley de los grandes números tampoco es más que una probabilidad que, en cualquier momento, podría ser sustituida por otra,

pues también este teorema es fruto del descubrimiento hecho por cerebros humanos sobre cuya normalidad no se puede dar por seguro nada.

Éste es el estado del mundo, Richard era consciente de ello desde siempre, y habían tenido que pasar casi veinte años antes de que la física le proporcionara la confirmación teórica de lo que en tiempos había experimentado en carne propia. Hoy, claro está, había olvidado aquellas impresiones de juventud, y la orgullosa satisfacción con la que constataba que la imagen del mundo no era nada fiable, sino que podía variar en cualquier momento, se le revelaba como la mera consecuencia de sus conocimientos científicos y de las conclusiones precisas en el campo de la física a las que había llegado.

Sin embargo, en aquella primavera se rompió la corteza que rodeaba sus recuerdos.

Casi era como si, a medida que la meta de su vida se tornaba más nítida, se le iluminara también el pasado; cuanto más sabía Richard de las intenciones cuya realización habría de constituir su vida, cuanto más claro veía que su meta tenía que ser abarcar todos los fenómenos de la vida, abarcarlos en sentido matemático y calculable, puesto que ese culmen del conocimiento del mundo a través de las matemáticas le permitiría abarcar la totalidad de su propia vida, cuanto más claro se volvía todo esto, tanto más grande y más se iluminaba también la ventana del recuerdo.

Recordaba que, de niño, le encantaban las refinadas joyerías del centro de la ciudad. Los brillantes de los escaparates, que titilaban como estrellas sobre un fondo de terciopelo negro. Por otro lado, no recordaba cuándo podía haber sido eso, ya que él no iba al centro más que en contadas ocasiones. Ahora, en cambio, se detenía frente a los escaparates a menudo.

Recordaba que le encantaba el olor del cuarto de Emilie y Susanne. Desde entonces, seguía buscando aquel mismo olor.

Recordaba un sueño del que había despertado llamando a su madre a gritos. Soñaba que se quedaba ciego, y cuando por fin vio la luz de la vela, no se lo creía.

Recordó que, desde entonces, había creído que el padre se acabaría quedando ciego, porque tenía los mismos ojos que él y que Susanne. Y todo ello lo ponía en relación con aquella vida nocturna del padre que tanto odio merecía.

Lo que, sin embargo, no recordaba era qué acontecimiento le había revelado la incertidumbre del mundo antes de saber siquiera de la existencia de la física, cuál había sido el acontecimiento que sembrara en él aquel escepticismo imborrable. Lo único que podía afirmar era que aquel escepticismo suyo obedecía a una naturaleza muy distinta a la del que sentía Kapperbrunn , pues a él no le instaba a apartarse del conocimiento, sino a avanzar más y más por lo inconmensurable del conocimiento; no, él no se parecía a Kapperbrunn, quien jugaba a refugiarse en su *ignorabimus*, porque para él ese *ignorabimus* era un acicate para emprender nuevos abordajes, profundamente inspirado y desasosegado ante la incertidumbre flameante por la que se adentraba, siempre preparado para topar con alguna sorpresa que entraría en contradicción con cualquier probabilidad. Por otra parte, esas sorpresas con las que ya contaba siempre tenían para él un carácter de catástrofe más o menos peligrosa, y ese constante estar-atento-a-la-catástrofe no sólo lo acompañaba en la investigación científica, sino en cualquier ámbito de la vida; en cierto modo, de cualquier persona que se le acercase esperaba un ataque de locura agresiva, y, desde luego, si en un contexto era fuerte aquel sentimiento, ése era el camino diario

de regreso a la casa paterna, hasta el punto de que, según subía por la escalera, dudaba un poco si arriba hallaría la casa siquiera.

En el fondo, Weitprecht le resultaba más simpático que Kapperbrunn. Sin compartir la voluble actitud timorata de aquél, en el fondo podía identificarse más con ella que con la seguridad con que iba Kapperbrunn por la vida; pero lo que, sobre todo, hacía vibrar en su interior una cuerda común era la fe en lo maravilloso, hasta un límite incalculable, que tenía el catedrático, y esta afinidad interna llegaba hasta el extremo de que, con una especie de regodeo en la desgracia ajena –en este caso más bien en la propia– Richard alimentaba la idea, casi profecía, de que estaba clarísimo que Weitprecht le iba a echar por tierra la tesis doctoral entera. Y hubo de asombrarse de verdad de que todo fuera sobre ruedas y, de pronto, llegara el día de la defensa.

Como es de rigor, la madre, Susanne y Otto estuvieron presentes en el solemne acto académico, y, por supuesto, también Kapperbrunn, con las manos en los bolsillos y su nada solemne ironía. Al salón de la defensa le daba un sol ardiente. Richard sudaba bajo la levita de paseo de su padre, que habían desempolvado para la ocasión y que, a pesar de todos los arreglos posibles, le quedaba corta y estrecha por todas partes. Como entre los doctorandos había algunos miembros de hermandades estudiantiles, las asociaciones habían enviado representantes; con sus gafas, togas y hasta sables en ristre, cumplieron con la tradición de custodiar ambos lados del estrado. Aburrido, un poco con la sensación de estar en la iglesia, Richard –y con él el resto de los presentes– escuchó las ceremoniosas palabras en latín del decano. Ya soy doctor, pensó Richard cuando el decano le entregó el diploma, y hubo de constatar que en su cuerpo sudoroso no se había producido transformación alguna; movió los dedos de los pies dentro del zapato, la pechera almidonada de la camisa se empezaba a quedar blanda, pero le seguía produciendo un picor espantoso en los pezones, el cuello le daba pellizcos. Un poco en diagonal, el nuevo doctor lanzó una mirada hacia el techo: allí arriba, enmarcadas por el barroco estucado blanco, ocupaban sus tronos pintados Sapientia, Alma mater, Sagacitas y Scientia, mientras que Marte y Apolo, en tamaño

notoriamente reducido, les prestaban sus servicios e Historia los miraba a todos con cara seria. Por debajo de esta escena, los estudiantes formaron un pasillo de sables cruzados para que lo atravesara el correspondiente hermano, ahora doctor.

A Richard le vino a la memoria una ópera tremendamente larga y conmovedora a la que, por alguna casualidad, lo habían llevado de niño. Sentado en el paraíso, mientras abajo tocaban una obertura sin fin, él se había dedicado a observar el estuco amarillo del techo. A lo mejor era una opereta.

Se acordó de una canción que solía tocar un organillero debajo de sus ventanas. A veces les habían permitido echarle una moneda envuelta en papel. Cuando se lo encontraban por la calle, siempre les parecía maravilloso quedarse un rato a contemplar el paisaje lunar pintado en la caja del organillo, un caballero que tocaba la lira mientras levantaba la vista hacia un castillo, y luego, la caja también tenía un bote de hojalata para recoger las monedas que echaba el público.

Recordó dos orinales de lo más barroco en el dormitorio de sus padres. Tenían ramilletes de flores que se alternaban con escenas pastoriles, todo entre arabescos dorados. Los orinales de los niños eran blancos, sin más. Recordó el sonido de campana apagada que producía la pesada tapa de madera al caer sobre el recipiente al término del acto.

El movimiento de los presentes indicaba que también el acto académico estaba terminando. Richard, que seguía de pie en el estrado, notó que alguien le agarraba una mano, y quien lo felicitaba era Weitprecht... por supuesto: sin saber a quién tenía delante, pues las palabras de agradecimiento que a Richard le costó un gran esfuerzo pronunciar recibieron por toda respuesta una mirada de extrañeza por encima de las gafas de media montura, como si el catedrático ya no lo reconociera. En el fondo, aquello formaba parte de la naturaleza de Weitprecht, como también formaba parte de todo aquel mundo, y ahí Richard se acordó de Maxwell, quien según contaban también había olvidado sus célebres ecuaciones para volver a descubrirlas de nuevo años después. En la multiplicidad del mundo se pierde la memoria como se pierde el olvido; y en la

multiplicidad del conocimiento, en la impredecible masa de contextos posibles, se vuelve indiferente de dónde viene el hombre y adónde quiere ir, el origen y el destino se desdibujan. Richard buscó a su madre entre la multitud, pero a quien vio fue a Kapperbrunn, que se dirigía hacia él y le daba unas palmadas en el hombro ignorando todo protocolo.

–¿Qué? ¿Cómo se siente después de este parto, Hieck?

–Gracias, profesor –dijo el nuevo doctor, incómodamente conmovido–, es que está ahí mi madre...

Ni siquiera «doctor Hieck» había sido capaz de decir Kapperbrunn, y la madre tenía cara de no haberse enterado de nada de cuanto había tenido lugar allí, ni del ceremonial ni de las bromas de Kapperbrunn, que se quedó a su lado.

Lentamente, fueron dirigiéndose todos hacia la salida. Entre las cabezas de la gente, Richard creyó ver un instante a Hilde Wasmuth. Pero no era ella. Kapperbrunn, en cambio, le señaló en otra dirección.

–Mira, ahí está Erna Magnus.

Costaba avanzar. Olía a ropa polvorienta y al sudor que impregna el ambiente de las salas sin ventilar. Una señora con la cara muy colorada besaba a su recién doctorado hijo, con un frac muy elegante y un birrete ladeado sobre el cabello rubio que ya anunciaba al futuro letrado de la administración de justicia. A Richard le pasaba desapercibido todo aquello, mas era Otto, a su lado, quien no perdía detalle, pues para él la masa de gente era un elemento grato y acorde con su temperamento. Otto, que iba aspirando olores y observando a las mujeres, lo captaba todo. Envidiaba a Richard por ser uno de los protagonistas. La masa de pies se fue arrastrando por la tarima y después por las baldosas de la escalinata.

Susanne, con un fondo irónico en la mirada, preguntó:

–¿Y aquí también se llega a ser doctor en Teología?

–No sé, a lo mejor –respondió Richard. Estaba desencantado. La cara de Susanne volvía a tener su expresión boba y cerrada de siempre. ¿Dónde estaba la Novia Celestial? ¿Sería la Scientia de allá arriba? Lentamente, bajaron por la escalinata, de escalones

inusualmente anchos. Los techos abovedados de estuco blanco devolvían el eco de las voces y los pasos. Si por casualidad se produce una determinada vibración, se puede venir abajo un edificio. Como el puente de Friburgo, que se derrumbó por el paso rítmico de una compañía militar. También hay títulos de doctor falsificados. Hay factores azarosos que escapan a cualquier cálculo de la estática de las fuerzas. Si se venía abajo la escalinata, rodarían todos para caer en un monstruoso orinal barroco, en el bote que tiene el demonio para recoger las monedas, ahí caerían, todos en revoltijo, la madre y él y Susanne y Kapperbrunn. Un orinal fantasma. Ya era doctor. ¿Dónde está la realidad?

4

Sin lugar a duda, Richard Hieck albergaba un sentimiento de imperceptible afinidad por los métodos de investigación de Weitprecht, tan particulares y fantasiosos, sin reglas; sin lugar a duda, él mismo contaba siempre con la existencia de una especie de milagro lógico-racional dentro de la ciencia, el mismo milagro que perseguía constantemente la irracionalidad antilógica de Weitprecht, claro que Richard Hieck poseía también una aguda capacidad de racionamiento crítico y sabía muy bien cómo juzgar lo que cabía dentro de las posibilidades científicas, con lo cual, a pesar de aquella inclinación secreta, casi se podría decir pecaminosa, hacia algunas facetas suyas, ahora sentía también cierto desprecio hacia el catedrático, y el comportamiento de éste no hacía sino fomentarlo cada vez más.

Ahora que Hieck había entrado a formar parte del círculo más estrecho de colaboradores de Weitprecht, lo correcto después del doctorado era hacerle una visita de agradecimiento. Al propio Hieck no se le habría ocurrido de no ser porque Kapperbrunn le instó a ello.

—Si le quedara a usted una chispa de vida en ese cuerpo, Hieck, cumpliría con su deber e iría a incordiar a nuestro catedrático con su visita.

Hieck objetó:

–Pero si se olvida de mí de una vez para otra...

–Sólo de su cara..., bueno, por no hablar del resto de partes del cuerpo.

El domingo por la mañana, Richard Hieck se puso en camino. Volvía a vestir la levita de paseo de su padre.

Weitprecht vivía en una calle muy agradable, un poco apartada del centro. En las aceras había hileras de árboles, y las casas tenían pequeños jardines delanteros que jamás pisaban pies humanos. Richard, caminando a lo largo de las vallas de forja, iba pertrechado –por preservar la levita– con un paraguas, con la tela enrollada de una forma muy peculiar, pues el cielo estaba cubierto de grandes planchas de nubes, encastradas unas en otras y en todos los posibles tonos del gris. Hacía un calor pegajoso. Richard Hieck encontró la casa.

En el rótulo se leía: «Heinrich Weitprecht, Dr. phil. o. ö. Prof.». ¹ Hieck llamó al timbre. La puerta de cristal con reja de hierro se abrió y asomó la cara de una criada. Richard preguntó si podía hablar con el profesor.

Se cerró la puerta. Al cabo de un rato volvió a aparecer la cara de la muchacha. Que cómo se llamaba el señor. Richard aún consiguió acordarse del título de doctor. La muchacha desapareció de nuevo. Esta vez pasó un rato más largo hasta que volvieron a oírse pasos, aunque luego no sólo lo hicieron pasar, sino que se encontró frente a la esposa del catedrático.

–Mi marido ha salido –dijo.

–Soy el doctor Hieck –volvió a presentarse él.

–Sí, sí, mi marido lo va a sentir mucho.

Richard no supo que contestar, pues para tal respuesta no lo había preparado Kapperbrunn.

–¿Es algo importante? –dijo la mujer al notar la cara consternada del visitante.

–Acabo de doctorarme... –fue todo lo que consiguió contestar.

–Ah, es uno de los discípulos de mi marido –dijo ella en tono más amable, y al asentir Richard con la cabeza, añadió–: entonces

espérole, no creo que tarde mucho.

—Sí, gracias —dijo Richard aliviado.

Lo condujeron a una sala de estar burguesa. Había un escritorio. A diferencia del que tenía el catedrático en su despacho de la universidad, en aquél imperaba el orden más perfecto. Pero era el escritorio de Weitprecht; Richard lo reconoció por la caligrafía, de caracteres muy finos y apocados, sobre las hojas de papel cuidadosamente apiladas en un bloque.

—Tome asiento —dijo la señora Weitprecht, y con la soltura de quien pronuncia una fórmula fija—: Enhorabuena por su doctorado.

Richard, todavía con el paraguas y el sombrero de ala rígida en la mano, metió la barriga e hizo una especie de reverencia inclinando el cuerpo hacia delante que quería decir «gracias».

—¿Va a emprender la carrera académica?

—Soy auxiliar científico en el observatorio..., por el momento.

—Yo a todos los jóvenes les desaconsejo la carrera académica.

La señora Weitprecht tenía la tez pálida, sus ojos revelaban una profunda preocupación y predisposición al sufrimiento, un rictus de amargura en la boca, en la que se adivinaba la porcelana blanquísima de la dentadura postiza. Por otro lado, a Richard le pareció que iba muy elegante; el vestido era de seda azul.

Sin motivo evidente, suspiró:

—¡Ay, sí!

Y dejó solo a Richard.

Richard contempló los libros que había en las estanterías, todos colocados en perfecta hilera y bien limpios de polvo, y reconoció algunos que Weitprecht le había prestado a título personal. Luego oyó que se abría una puerta en el pasillo y a continuación entró el señor de la casa.

Weitprecht empezaría por mirarlo por encima de las gafas de media montura sin saber a quién tenía delante, a eso estaba acostumbrado y ya contaba con ello, pero que se limitara a farfullar «Buenos días» para sentarse de inmediato a su escritorio y ponerse a examinar los papeles que tenía encima fue un matiz nuevo. Y otro más que volviera a levantarse corriendo para asomarse a la puerta:

—¡Grete! —exclamó—. ¡Grete!

Desde la habitación contigua llegó la señora Weitprecht:

–¿Qué quieres de ella, Heinrich? Está con la muchacha.

Weitprecht señaló su escritorio con aire desamparado.

–Aquí faltan dos hojas.

La señora Weitprecht se acercó al escritorio:

–¿Y esto qué? –dijo en tono seco, sacando dos hojas de debajo de un pisapapeles y sosteniéndolas en alto—. Estaban sueltas y por eso les pusimos el pisapapeles.

En el rostro de Weitprecht se dibujó un gesto como de perro apaleado, pero a la vez se iluminó de alegría por los papeles reencontrados, y una sonrisa casi infantil apareció en la comisura de sus labios.

–¿Has saludado ya al doctor Hieck? –En la voz de la señora Weitprecht resonaba la desesperación.

Acto seguido, el catedrático se volvió hacia su visita y, con la encantadora cordialidad que lo caracterizaba, le tendió ambas manos:

–Discúlpeme..., es un placer verlo..., ¿qué le trae a mi casa?

No me reconoce, pensó Richard, y le repitió a trompicones sus palabras de agradecimiento.

–Ah, sí –dijo Weitprecht, sonriendo afablemente–, tiene usted la vida por delante, la vida entera..., sí... –Y entonces se apresuró a tomar una publicación académica que tenía encima del escritorio–: ¿Lo ha leído ya? Es el último tratado de Bohr.

No, Richard no lo había visto nunca.

–Muy significativo, muy significativo –prosiguió Weitprecht –, está construido con elementos que toma de todas partes, y todo desemboca en lo mismo.

Era obvio que se estaba refiriendo a sus propios trabajos. En este campo, Richard estaba al corriente. No veía la relación. Pero asintió con la cabeza.

–Tenemos que darnos prisa –dijo Weitprecht, y bajando la voz, como quien hace una constatación secundaria pero que es imprescindible decir–: porque a mí ya no me queda mucho tiempo.

Cuando se trataba de captar asuntos humanos, Richard era lento. Se le ocurrió calcular cuánto quedaba para las vacaciones de verano.

Como si estuviera pisando arena, empezó a rascar el suelo de tarima con la punta del paraguas. Incómodo, Weitprecht se le quedó mirando, la punta de metal del paraguas estaba afilada; finalmente, dijo en tono vacilante:

—Oiga..., mi mujer... —Y se calló enseguida, en cuanto Richard levantó la vista hacia él y paró. La sonrisa ausente a la vez que ilusionada volvió a su rostro—. Si tuviera más tiempo por delante, me ocuparía de las funciones de la teoría de conjuntos... ¿No me dijo usted que lo había hecho ya?

—Sí —dijo Richard—, sí que lo he hecho.

—Pues siga por ahí —dijo Weitprecht. Hieck creyó que entonces le encargaría alguna tarea nueva; el catedrático, sin embargo, con el libro en las manos temblorosas, hizo la excepción de no ponerse a hablar de sus propias investigaciones—, continúe con ese trabajo antes de que sea demasiado tarde, que los físicos ya no podemos limitarnos a nuestro campo, si no, no hay modo de dominarlo...

A lo lejos atisbó Richard la vida tan rica y, con todo, desaprovechada de aquel hombre. No le inspiraba compasión alguna; lo despreciaba, ahora sí que lo despreciaba profundamente. Estaba demasiado centrado en sí mismo como para hacerse cargo de otro, como para sentir compasión. Con una mirada como en diagonal, clavó la vista en su profesor, allí sentado sin amigos y buscando uno. Es curioso que lo único que le viniera a la mente fuera su padre; no había nadie junto a su padre cuando murió, ni siquiera su madre estuvo. En la habitación contigua se oía trajar a la señora de la casa, y Richard imaginó que ocurriría lo mismo cuando Weitprecht se estuviera muriendo.

—Bueno —dijo Weitprecht—, ya conoce usted la máxima de Kapperbrunn de que la ciencia matemática no es la criada de la física, sino su reina..., ahí lleva razón, la verdad sea dicha.

—Hay muchas cosas que se han descubierto a partir del experimento —dijo Hieck—, casi todo. —Aunque era cierto, de hecho, era una conclusión que, a él, que deseaba poder dominarlo todo desde el pensamiento matemático, le venía muy a contrapelo, y sólo había hablado así porque le resultaba inquietante el intento de trabar un contacto personal que, sin saber en qué, notaba en el

discurso de Weitprecht. Él quería volver a su carril habitual, así que, casi como si le saliera solo, dijo—: La teoría de grupos, por ejemplo...

Ahí Weitprecht se animó más todavía:

—Sí..., ¿la está desarrollando?

Richard, como no sabía mentir, dijo:

—El tema se amplía más y más..., el doctor Kapperbrunn ha enviado los resultados provisionales de mi trabajo a la *Revista de Crelle*...

Weitprecht asintió con la cabeza:

—Lo sé..., sí, creo que también usted me habló de ello... —Y, con una mirada temerosa pero también de rabia, dijo—: No llegaremos a terminarlo..., ya no podrá ser.

Se le veía exhausto y viejo. Había sido joven durante demasiado tiempo.

Hieck se despidió. Weitprecht lo acompañó hasta la calle. Llovía, con gruesos chorros verticales de agua tibia. Bajo el paraguas de algodón negro, Hieck se marchó a su casa.

5

El tiempo siguió desapacible. El río llevaba casi tanta agua como sólo era habitual en primavera. El gran estanque municipal, antiguo estanque del molino de la ciudad, estaba hasta el borde. Por encima de la esclusa que había en su extremo caía una gruesa cortina de agua.

El estanque, casi inmóvil, como un espejo oscuro de brillo algo aceitoso —o como un cedazo de hierro de agujeros muy menudos cuando llovía—, estaba rodeado de praderas húmedas donde crecían cardos y botones de oro. En la orilla sur había una pendiente de unos diez metros de alto, también cubierta de espesa maleza, de un verde tan saturado de plantas que casi se tornaba azul como el acero. Las toperas que había entre la hierba se veían mullidas y aterciopeladas. En la ladera había algunos avellanos.

Para Otto era un lugar importante. Por un lado, porque en lo alto de la ladera estaba el campo de fútbol de su club; por otro, porque

las orillas del estanque tenían, por tradición, un papel importante en la vida erótica de la ciudad, transfigurada por el recuerdo romántico de las suicidas en quienes había cobrado realidad el peligro de acercarse al estanque. Con lo distintas que eran las hermanas Emilie y Susanne, en tiempos habían coincidido en sus más sombrías fantasías y en las leyendas que se contaban sobre el estanque, hallando en Otto un público entusiasmado de verdad. Y cuando drenaban el pantano en invierno, Emilie no se perdía la ocasión y, con el hermano pequeño de la mano, se acercaba hasta allí con la morbosa esperanza de que, en el cieno verde y el barro amarillo asomaran algún brazo o alguna pierna de una suicida olvidada. Otto había mantenido la costumbre de ir a inspeccionar el lugar con semejantes expectativas incluso mucho después de que Emilie se hubiera marchado de la ciudad.

A este repertorio de fantasías, muy básicas pero bien arraigadas, se unieron más adelante sueños más exuberantes relacionados con el estanque del molino; por ejemplo, el de la joven rica –llegado el caso, también podía ser una viuda rica– entre cuyas obligadas actuaciones estaría la de emprender el camino sin retorno hacia el fondo del estanque, enloquecida de amor por el joven y genial pintor Otto Hieck, dejando, eso sí, un testamento que garantizaba el futuro del joven artista, además de la posibilidad de ir a Roma a estudiar. La fantasía dejaba abierto, o mejor dicho, dependía del humor del momento, si el suicidio tenía lugar en la oscuridad de la noche y sin que nadie lo viera o ante los ojos del amado. La primera alternativa ofrecía la ventaja de que luego daba pie a imaginar el descubrimiento del cadáver con motivo del drenaje del pantano, en tanto que la segunda brindaba la oportunidad al noble joven de echarse a las aguas detrás de ella en un intento de salvamento que luego, a su vez, también tenía opción de acabar bien o de acabar mal. Otto siempre se pensaba mucho qué versión elegir: tenía la de los besos ardientes y las manos apasionadas que, profanando el cuerpo con sus caricias bajo la ropa, conseguirían que la difunta abriera los ojos, y así ésta, creyéndose en el cielo, le rodearía el cuello con los brazos para, a continuación, perderse entre los arbustos y hacer lo que siempre se hacía allí desde el principio de los

tiempos; pero como después de tanto peligro de muerte y posterior salvamento parecía inevitable que lo siguiente fuera el casorio, y a ello aún podía sumarse que ella insistiera en que tan sólo sería usufructuario de su anhelada fortuna un esposo, como Otto hasta en sus fantasías tenía muy clara su fobia a la exclusividad que impone el matrimonio, solía decantarse por dejar a la suicida en estado de cadáver, a lo sumo acostarla sobre la hierba con ayuda de los compañeros del fútbol o subirla hasta el recinto del club y no hacer ahí más que inmortalizar los nobles rasgos de su rostro difunto con unos trazos rápidos en el bloc de dibujo, y luego ya esperar a la lectura del testamento y la herencia.

Obviamente, éstas eran las fantasías que Otto tenía en casa, pues cuando iba al estanque a bañarse o al campo de fútbol, el componente erótico del lugar quedaba muy en segundo plano.

Los vestuarios del club se habían creado en la propia instalación de la antigua tribuna del público. Se entraba por el lado más estrecho: había un pasillo largo y amplio que atravesaba el edificio entero a modo de túnel; el techo, en correspondencia con los asientos en anfiteatro, iba subiendo en escalones, y a la izquierda estaban las cabinas del vestuario, las duchas y la sala de descanso. A través de las grietas del techo de madera, en algunas partes se veía el techo de la tribuna.

Habían jugado el partido de entrenamiento del equipo juvenil, y ahora Otto estaba bajo la ducha. El agua corría, templada y refrescante, por su cuerpo esbelto y bronceado, él estaba de pie con las piernas abiertas, inclinaba el torso hacia delante y hacia atrás, contemplaba cómo el agua, en forma de arroyuelo, iba cayendo por sus piernas hasta llegar a la rejilla, formar un pequeño charco en el suelo de hormigón de color pardo y luego desaparecer por el desagüe. Sentía cómo el agua iba llevándose el olor a sudor, se apoyó la mejilla en el hombro liso y le dio un beso al hombro, y se volvió corriendo a mirar, no fuera a ser que lo hubiera visto alguien. Oía el estrépito del vestuario y del pasillo. El trote de los pasos retumbaba en el suelo de madera. Dos voces intentaban cantar a dúo «Ich küsse Ihre Hand, *madame*». ²

Walter Ritter, jugador del primer equipo y entrenador de los juveniles, entró en las duchas. Desnudo como había venido al mundo, sólo con los útiles de afeitar en la mano. De complexión atlética, con caderas estrechas y hombros anchos, las piernas fuertes algo torcidas hacia dentro, tenía muchísimo vello. Su piel olía a jardín zoológico, sus pies de futbolista eran como dos arbustos extraños y virulentos, como dos gnomos hechos de raíces y con vida propia que lo transportaran. Otto se estremeció al pensar que su lisa piel de mujer algún día pudiera convertirse en un cuero áspero y maloliente como aquél; levantó alternadamente la pierna derecha y la izquierda para aclararse bien el jabón, aunque en realidad lo hizo para cubrir su desnudez.

Ritter tiró de la cuerda de la segunda ducha, mojó la brocha de afeitar y empezó a enjabonarse.

—¿Cuánto más te vas a estar ahí con tus posturas de ballet, caraculo? —le dijo a Otto en tono campechano, e infló el carrillo izquierdo para afeitarse.

Otto se agachó para que le corriera el agua por la espalda.

—¿Vas a venir esta noche al café? —le respondió éste, reivindicando el trato de igualdad que merecía. Ritter no faltaba al café una sola noche; siempre había un tropel de mujeres que iban incondicionalmente tras él, la gran estrella del fútbol cuya imagen aparecía en todas las revistas ilustradas. Otto entendía aquella adoración por parte de las mujeres, aunque al mismo tiempo no le entraba en la cabeza, cuando pensaba en la piel de Ritter, en sus dientes estropeados y en su boca repugnante. Tenía una boca muy basta, de labios marronáceos y finos como de caucho. La nariz chata dejaba a la vista dos agujeros negros. Ahora la tenía en alto, pues se estaba afeitando el labio superior.

Retirando su toalla del gancho, Otto abandonó las duchas. Ritter le gritó:

—¡A un mocosito como tú no se le ha perdido nada en el café, de vosotros no saca un equipo en condiciones ni el mismo demonio!

Otto se vistió. Los pantalones bombachos, exageradamente anchos, le llegaban casi hasta los tobillos. Un chaleco amarillo chillón con bordes rojos completaba el atuendo. Parecía un papagayo con el

pelo largo y mojado, todo repeinado hacia atrás, pegado al cráneo. Al salir, se encendió un cigarrillo. Ya lo estaba esperando Karl Wohlfahrt.

El cielo de la tarde de junio, ya cerca del crepúsculo, estaba cubierto y casi parecía tocar las praderas. Fumando, los dos jóvenes atravesaron el campo de fútbol húmedo, discutiendo sobre detalles técnicos del partido del día.

–¡Maldita sea, va a llover otra vez! –dijo Karl señalando el vuelo de las golondrinas.

Otto tiró el cigarrillo y respiró el tibio aire gris de la tarde. Suave y húmedo, le llenó los pulmones, ya llenos de feas cicatrices causadas por el tabaco. Decidió no volver a fumar nunca más. El dulce crepúsculo lo puso triste, hizo despertar en él la sana inclinación a lo sentimental de su madre.

–¿Sabes cuál es la muerte más dulce?

–Sí, que te ahorquen... Ya sabes por qué –rio Karl ante la obscenidad.

Otto no lo había dicho pensando en eso, aunque en el fondo debía de ser todo más o menos parecido, no tan físico, sino más metafórico lo de fundirse con el beso de la eternidad. Aunque probablemente sería lo mismo, así que guardó silencio.

Pasaron por encima de la línea blanca que limitaba el terreno de juego, saltaron por encima de la valla de madera que acotaba la zona. Al otro lado, el suelo era puro barro, los pies de los espectadores habían pelado la hierba. Luego llegaron a la zona boscosa que bajaba hasta el estanque. Intentaron empujarse uno al otro ladera abajo, y luego emprendieron la carrera y llegaron abajo de un largo tirón.

Karl se encendió otro cigarrillo, Otto siguió su ejemplo. A su alrededor, el paisaje se extendía hasta muy lejos, suavemente ondulado; a la derecha, las casas grises de la ciudad; a la izquierda, la llanura donde acababan perdiéndose los prados a lo largo de la orilla del río. Los ojos de pintor de Otto eran, sin duda, fruto del cruce entre la inclinación hacia lo esotérico de su padre y el espíritu de su madre, que se ponía sentimental con cosas concretas. Al oeste se alzaba el muro de nubes, convertido ahora en porcelana

translúcida que se teñía desde un azul negro brillante hasta un naranja apetitoso que recordaba a los cócteles del café. Para quien fuese capaz de verla, era una imagen sublime. Otto la veía.

—La cartilla de ahorros está a mi nombre —contaba Karl orgulloso de sus haberes—, y el dinero me lo daban sin más, con sólo presentar la cartilla.

—Trescientos marcos —dijo Otto.

—Sí, casi.

Karl era un muchacho larguirucho, de cabello crespo y rubio y cara alargada, un tanto falta de color. De la misma edad que Otto, él iba a la escuela politécnica. Había desarrollado un proyecto de oficina de apuestas de fútbol que pretendía regentar con Otto en el caso de consiguieran reunir el capital suficiente. Vivía en casa de sus abuelos en el centro de la ciudad, y sabía que éstos le habían abierto una cartilla de ahorros.

Dado su sentido de la realidad con vena esotérica, Otto estaba más que dispuesto a embarcarse en el turbio negocio. No tenía sentido del bien o del mal. Si veía la posibilidad de conseguir algo para sí, todo argumento le valía; había nacido con la capacidad de plegarse a cualquier sistema moral, aunque fuera el del demonio en persona, y así lo hacía sin siquiera darse cuenta. Los elementos más contradictorios tenían cabida en su alma; podía decirse que, desde su nacimiento, llevaba una doble vida, es más, una triple, cuádruple vida que, con independencia de su prosaico pragmatismo, no dejaba de convertirse en objeto de la realidad, de estar sometida a todos los hechos objetivos de la realidad, del tipo que fueran, y al mismo tiempo era tan maleable y estaba conforme con ellos porque, en su interior, al final todo acababa formando parte de un mismo mundo de irrealdad y fantasías.

—Bueno —dijo—, pues no hay nada que hacer, tendré que robar yo otros trescientos.

—Hieck —dijo Karl Wohlfahrt serio—, yo no robo, ese dinero es mío.

—Es todo lo mismo —dijo Otto convencido.

Paseando junto al estanque se encontraron con Louise Grubicht.

—Ya veo —dijo Karl—, ahora entiendo por qué había que bajar por aquí. Bueno, ¿cuánto me pagas por dejaros solos?

Otto rio con malicia:

–¿Qué dices? ¿Pagar yo? Apoquina tú, que eres el fino de la cartilla de ahorros.

Karl Wohlfahrt tardó un rato en captar la infamia.

–Cerdo –la rechazó.

–Y tú más –rio Otto, dándole un puñetazo en las costillas. Como un solo hombre se acercaron a Louise, y Karl lo lamentó mucho, pero se tenía que ir a casa. Se despidió con mucha educación y madurez, aunque antes de dejarlos se las ingenió para darle una hermosa patada a Otto. En su comportamiento de chiquillos ya estaba claramente dibujada la imagen de la infamia de los adultos. Sólo que no lo sabían. Se despidieron tan amigos, mientras Louise esperaba igual de educada.

Verde, nocturno y enorme resplandecía el espejo del agua; verde, enorme y oscura resplandecía la tarde hacia cuya frontera iban avanzando.

Louise era auxiliar en un taller de fotografía, y había conocido a Otto trabajando. El talento que tenía el joven para el dibujo le había causado una honda impresión. Ella tenía dieciséis años, cabello castaño, ojos azul violeta, y se había puesto pintalabios para el paseo.

Otto habría querido decirle: «No tengo una piel de papel de lija y cubierta de vello como Ritter, debajo de la camisa no tengo ni un pelo».

Y Louise habría querido decir: «No me cuelgan los pechos como a mi jefa, que se pasa el día hablando por teléfono con hombres, y la piel de mis axilas es rosa y no marrón y arrugada como la de ella».

Pero Otto se limitó a decir:

–¿Ha visto ya la nueva película de la Garbo? Una cosa magnífica.

Y ella mintió:

–Sí..., una gran artista.

Ninguno de los dos había visto la película.

Cuando estuvieron más a oscuras, se dieron la mano. Desde las húmedas nubes soplabla, dulce y serena, la soledad de todo lo humano, la noche, de la que procede y hacia la que se dirige.

Lo que hacía estremecer a Richard una y otra vez era la desproporción entre hacer algo y el resultado de lo hecho. Torrentes de claridad corrían por su cerebro, se ramificaban en los nervios y arterias, tornaban su sangre ligera, y su mirada, siempre vuelta hacia el interior, adquiría una enorme amplitud, pero luego el resultado de aquel despliegue de brillantez era, en el mejor de los casos, algún teorema científico de alcance reducido, algo que se podía recoger con una proposición matemática, apenas digna del esfuerzo de publicarla; a menudo no era más que la solución de un problema necesario para el conjunto, pero en sí mismo insignificante. E incluso en el hipotético caso de que se cumplieran sus más audaces esperanzas en el terreno de su vida individual, inventar una disciplina matemática nueva, como Leibniz había inventado el cálculo infinitesimal o Cantor la teoría de conjuntos, en el hipotético caso de que consiguiera desvelar el misterio de la dimensionalidad, ¿qué relevancia podría tener? Lo alcanzado seguiría siendo una parte minúscula y de ínfimo valor en comparación con la indomeñable montaña de conocimiento, seguiría siendo una parte ínfima de la experiencia que intuye mucho más, una pequeña parte de la amplísima visión a escala cósmica e infinita, una pequeña parte descriptible de lo eternamente indescriptible. Como en todo, la naturaleza presenta un despliegue abrumador en el proceso de producción que supera por un millar de veces al producto resultante.

Cuando, por las noches, en casa, se sentaba junto a la ventana abierta, a medida que cesaba el ruido de las calles, percibía todos los sonidos con una claridad maravillosa: la voz de un hombre o la risa de una mujer o también el simple rumor de las pesadas ruedas de un camión rodando por el empedrado o el toque de una única bocina podían sonar completamente aislados en el espacio, sin soporte de nada, sin que nadie los hubiera producido; y el sonido que de aquella forma se independizaba de todo era tan fuerte que se podía creer que era el cubo de la rueda del mundo y que el espacio entero giraba a su alrededor. Y curiosamente –y, en el fondo, sin darle mucha importancia–, Richard sabía entonces lo que

significaba el tañido de las campanas de las catedrales cuando resonaba por encima de las ciudades y lo que la música podía encarnar para el ser humano. Pero no quería reflexionar sobre eso, de modo que lo dejaba para más adelante. Su rostro de asceta se contraía: el mundo ofrecía demasiada riqueza, primero había que solucionar el tema lógico.

No obstante, ahí no estaba siendo sincero del todo, y además lo sabía. Porque de todas las voces de lo terrenal, que él dejaba a un lado por mor de la especulación pura, no había ninguna que quisiera dejar tan apartada como la risa de las mujeres cuando le llegaba a través de la ventana. Y de haber podido ser completamente sincero consigo mismo, se habría dado cuenta de que siempre era aquella risa de mujer la que le resonaba en todos los sonidos de la tierra, la que sumaba su timbre musical a toda música, la que oía vibrar con todas las campanas. Pero del mismo modo en que era incapaz de reconocer eso, lo sentía como algo pecaminoso, y no sólo consideraba lo matemático como la salvación del pecado, sino que estaba convencido de que, dentro del propio terreno matemático, el único que conseguiría algo sería el que se mantuviese limpio de todo lo pecaminoso, o como se quisiera denominar. Por eso también estaba siempre dispuesto a negarle la última dignidad matemática a Kapperbrunn, tan abiertamente inclinado hacia lo mundano, pues Richard albergaba la profunda sospecha de que detrás de tantos conocimientos y méritos como tenía el profesor se ocultaba algún engaño. Por no hablar de los estudiantes y compañeros del instituto, cuyo comportamiento –con frecuencia, de todo menos libre de pecado– observaba muy de cerca y de los cuales, de hecho, eran muchísimos los que no habían elegido las matemáticas llamados por una motivación interna, sino porque era la disciplina que por entonces ofrecía más salidas como profesor de enseñanza media. Y a Richard no se le iba de la cabeza que también Kapperbrunn había acabado dedicándose a las matemáticas por motivos similares.

En cuanto al resto del mundo, es decir, en cuanto a todo lo que no era matemático, el desprecio que le inspiraba era absoluto y desmedido.

Susanne, eso sí, se salvaba. Siempre que Richard no conseguía avanzar bien en su trabajo, iba a buscar a su hermana en su capilla particular, lleno de desprecio, pero, al mismo tiempo, con una callada y vaga esperanza de recibir algún regalo de su parte, un soplo de fuerza y una especie de fecundación –tal vez una parte de la inmensa seguridad de Susanne– procedente de aquella esfera celestial que, aparentemente, tan lejos le quedaba. La paz y la seguridad, inmensas, de Susanne: incomprensible animalidad en un mundo espiritual más incomprensible todavía, era despreciable y a la vez un misterio, e incluso cuando Susanne decía cosas incomprensibles o simples tonterías, en ellas seguía habiendo más sustancia que en la transparente indiferencia de la madre. Para la madre, las matemáticas eran una ocupación como cualquier otra; Susanne, por el contrario, y eso que tampoco entendería de matemáticas más que ella, sino que tan sólo esperaba que el hermano al final lo dejara todo para emprender el camino de la religión, a pesar de todo, sabía de la importancia y la seriedad de su afán. Y aunque el propio Richard se reía un poco de sí mismo, una y otra vez tenía la tentación de comentar sus problemas matemáticos y sus objetivos científicos con su hermana, con la que se encontraba a millas de distancia de aquellas cosas, es más: a Richard le tentaba someterse a la seguridad de Susanne como quien acude a un oráculo inconsciente. No lo hacía, y ella tampoco se hubiera atrevido nunca a emitir ningún juicio semejante. Y de haberse atrevido, seguro que el hermano no habría tardado en hacerla callar. Pues únicamente en la parte más escondida de su alma veía a la hermana a las puertas del misterio, un guardián impertérrito, con los ojos cerrados, emergiendo de la noche, guardando el misterio a pesar de lo poco que se parecía su misterio al del hermano. Tañido solitario de la campana del alma, incomprensible fuente de fuerza.

Sin embargo, los hermanos hablaban de igual a igual, apreciando muy poco muchas cosas del otro, apreciando mucho otras tantas.

–No –decía Susanne–, no habría que dejar que el pequeño siga llevando esa vida de golfo, se va a echar a perder sin remisión.

Richard se encogía de hombros:

–Yo ya no puedo con él..., pero estate segura de que lo va a tener más fácil en la vida que nosotros.

–Es que sólo con las matemáticas no se puede educar a una persona..., hay más –dijo ella.

–Lo sé –reconocía Richard humildemente.

El cuarto estaba a oscuras, pero en la pared, aún dentro del círculo que iluminaba la lamparilla, se leía un pañito bordado:

Tú eres mi Dios,
yo soy tu siervo.

Richard mantenía los ojos fijos en aquel cuadro: sí, él también era un siervo, pero ¿dónde estaba el dios al que servía? Inexcusablemente instado a servir, empujado a un servicio cada vez más duro, estar al servicio de un conocimiento que no era capaz de abarcar, ése era su sino. ¿Acaso Susanne y él vivían de verdad? ¿No llevaban una vida puramente aparente? ¿No aspiraban a una muerte aparente? ¿No era Otto el que de verdad tenía vida? Ay, Otto lo tenía más fácil.

De la noche venían y hacia la noche avanzaban.

Susanne dijo:

–Madre podría tener más cuidado con él, pero últimamente está muy rara.

–Siempre lo ha tenido muy mimado –dijo Richard.

«Esa suerte para él», estuvo a punto de decir, pero se lo calló. Al morir el padre, la madre había dicho: «Ahora tú tendrás que ocupar su lugar para Otto». En aquel imperativo había algo indecente, y él en su interior se había negado en rotundo a cumplirlo, lo que no quitaba que también se sintiera culpable de no haber hecho caso.

Allí estaba Susanne, con sus grandes caderas, su gran trasero y sus grandes pechos. Ése era el aspecto que tenían las mujeres con las que Richard había tratado hasta entonces, sólo que también tenían grande la cara de cansancio, y eso que la de Susanne era muy seria y afilada. Aquella cara se prestaba a ser parte del seminario de matemáticas mucho más que la mayoría de cabezas de chorlito que había en él y que, para Richard –por el mero hecho de

que estaban envueltas en el estricto y masculino aire de la ciencia—, no contaban como mujeres. La luz cruel de la oscuridad envolvía a Susanne, y al mismo tiempo se posaba sobre ella el rayo de la claridad.

Susanne levantó la vista del calcetín que estaba zurciendo y se frotó los ojos:

—Se ha hecho tarde.

—Otro día que aún no ha vuelto a casa, el muy gamberro —dijo Richard.

—Todos hemos cometido pecados con él —sentenció Susanne.

—Oh, Padre Celestial —Richard lanzó una mirada en diagonal hacia la pared llena de imágenes.

—No blasfemes —le advirtió su hermana.

Se notaba que, en cierto modo, Susanne se sentía ella misma una especie de representante de una paternidad superior, de ese padre omnipotente que, reinando desde su trono de estrellas, es la propia noche estrellada. «Qué disparate de asociación», pensó Richard, y volvió a percibir la soledad del sonido. Estrellas en el agua. En esta casita vivimos y convivimos. Casi un millón de años luz nos separan de la nebulosa espiral más cercana. Otto está pecando, aún no ha vuelto a casa. Sonido solitario de una única voz. Oh, seno oscuro.

—El domingo pasado me acompañó a la iglesia —dijo Susanne con cierto orgullo.

—A alguna chica iría a ver allí. —Richard se dio cuenta de que esa frase igualmente podía haberla pronunciado Kapperbrunn .

Susanne se puso celosa:

—Pues estuvo conmigo.

Era cabezota, igual que él: ambos eran dos optimistas taciturnos. Kapperbrunn, a pesar de su carácter alegre, era pesimista. Richard lo vio muy claro de repente: en realidad es la resignación lo que te vuelve alegre, mientras que quien todavía espera y se afana es difícil que encuentre alegría en ninguna parte; la totalidad es cosa endemoniada. Era probable que aquel pequeño gamberro ya se hubiera resignado.

–Cosa endemoniada –dijo Richard, de nuevo a la manera de Kapperbrunn.

–¿Qué? –Susanne tenía una mirada de guasa disimulada y oscura que su hermano conocía bien, pero que le producía un extraño desasosiego.

–La próxima vez que vayáis a la iglesia os voy a tener que acompañar yo también.

–Yo no te digo nada, ya se te ocurrirá venir a ti solo.

El asiento de enea de la silla de Richard crujió como había crujió tantas veces, tantas incontables veladas. Enfrente, la madre dormía como había dormido siempre, con una prenda arrugada entre delantal y camisón, dormía en la cama que había sido escenario de su concepción y de su nacimiento. Muchos arroyos de la vida habían corrido desde entonces por su interior, como seguían corriendo ahora, indiferenciados. Richard se acordó del nacimiento de Susanne, cuando él tenía cinco años. Rudolf y Emilie ya existían, y se acordó del miedo que se adueñó de aquel hogar por entonces. Luego, cuando el miedo hubo cesado y los llamaron para que entraran a ver a la madre, no había pasado nada, sólo que había una hermana más. Y ésa era Susanne. Los molinos del Señor muelen despacio, le vino a la cabeza a Richard, tal vez la causa de aquel miedo de antaño todavía vaya a cobrar sentido, tal vez nos llegue a posteriori, y la religiosidad de Susanne casi se le antojó un intento de mantener lejos una desgracia que ya era histórica.

–De los pecados no es tan sencillo librarse –dijo Richard, poniéndose de pie–. Tengo que volver a mi trabajo.

–Tampoco creas que la fe es algo sencillo –replicó ella, de nuevo inclinada sobre el huevo de zurcir–. Dios es sencillo.

Dios está en todo lo visible y está más allá de lo visible, está en la iglesia y está por encima de la iglesia.

¿Qué sucedía en el interior de Susanne? Entre Richard y ella había la misma diferencia de edad que entre ella y Otto: cinco años, esa edad tenía la niña cuando vino al mundo el pequeño. Richard se sintió tentado a establecer un paralelismo entre la relación que tenía él con Susanne y la que tenía Susanne con Otto: semejanza de figuras geométricas, se le ocurrió de inmediato, si bien sabía que las

cosas de la vida no se desarrollan con tanta sencillez y menos sencillas de representar son todavía.

–Nada es sencillo.

En el silencio de la noche desembocaban todos los arroyos de la vida, todos los arroyos del recuerdo y del olvido. Arrojada a la tierra respira la criatura humana, y su sueño asciende desde la tierra hacia lo alto. ¿Respira el cosmos? ¿Se expande hasta dimensiones millares de veces más grandes, se contrae en ese punto mínimo en que el espacio deja de ser espacio para transformarse en la soledad del sonido?

Susanne dijo:

–He oído abrirse una puerta... Creo que es Otto.

Otto había sido el niño de Susanne a sus cinco años, igual que Susanne había sido la niña de Richard. Hasta ahí, todo era correcto y, sin embargo, a él no le parecía bien. Susanne bostezó con el mismo gesto laxo que Richard conocía de la madre.

Noche tras noche regresar a la tierra, percibir su sonido de campana, el sonido que se inflama hasta ser totalidad, la intuición de la totalidad, y luego no deja tras de sí más que un ápice mínimo de conocimiento: eso era todo lo que se podía pedir. Un millón de años luz, mil millones de años luz, eso es una cifra como cualquier otra.

Con un dedo vacilante y torpe, le dio un toquecito en el hombro a su hermana:

–Tú, a dormir. Tienes sueño. Buenas noches .

TERCERA PARTE

1

El tormentoso comienzo del verano había dado paso directo a un calor tremendo. Los parques y jardines de la ciudad se habían vuelto apagados y superfluos, ya no eran las islas de vida en medio del mar de piedra muerta que pretendían ser, también se veían muertos. El bosque de coníferas que rodeaba el observatorio estaba seco, el barniz de humedad de las agujas había desaparecido, de los troncos brotaban espesas gotas de resina. El suelo de pinocha del bosque estaba todo seco y marrón.

Se acercaban las vacaciones. Weitprecht no había terminado el programa del curso ni por asomo, pretendía prolongar las clases una semana. Pero nadie necesitaba un descanso más que él, se le notaba.

Kapperbrunn dijo:

–Es el calor, en verano siempre se nos derrumba. Pero no hay nada que hacer, él continúa con sus clases.

Anton Krispin se había quitado el chaleco. Ahora llevaba la bata directamente sobre la camisa. El reloj de plata se balanceaba ahora de su cadena colgado en una estantería del cuarto del bedel.

En la medida en que las tareas del observatorio lo permitían, Hieck seguía trabajando en el instituto de la universidad. Quería continuar así. Asistía a algunos seminarios, se había hecho cargo de algunas clases y daba conferencias. Sobre todo, de temas relacionados con la lógica matemática y la teoría de conjuntos. Ahora gozaba de una posición respetable, estaba entre los ilustres. Su contribución se había publicado en la *Revista de Crelle*, lo cual no dejaba de ser todo un acontecimiento en el pequeño mundo del instituto.

Un día, Weitprecht lo llamó a su despacho.

Encima del escritorio se apilaban los papeles. También encima de las sillas había algunos montones. Weitprecht estaba de pie en medio del despacho, cansado y sin saber qué hacer:

–Tengo que poner orden, doctor Hieck..., quién sabe cómo estará la cosa después de las vacaciones, y sería una pena por todo este material.

–Sí –dijo Hieck, sin saber él tampoco dónde podía desembocar todo aquello, aunque veía claro que Weitprecht tenía la intención de endosarle su legado a alguien.

–Usted va a estar aquí durante las vacaciones, ¿no? –preguntó el catedrático.

–Sí –respondió Hieck.

–Porque Kapperbrunn se marcha.

Callaron durante un rato.

Weitprecht retomó la conversación con cautela:

–Mi mujer insiste en que salgamos de viaje..., el médico recomienda un balneario, por el corazón..., mi mujer está pensando en Bad Nauheim.

A Hieck no le decía nada ese nombre.

–Bueno, entonces yo quería preguntarle si usted podría echar un vistazo a estos papeles, siempre que cuente con tiempo para ello, claro..., a usted, que está familiarizado con mis investigaciones, le resultará fácil.

Hieck lanzó una mirada de notoria consternación a los montones de papeles.

En tono tranquilizador, Weitprecht añadió:

–Está todo por orden cronológico. Luego, además, los trabajos de mecánica ondulatoria llevan una O. en la esquina derecha, y los de teoría cuántica una Q. Mire, ¿ve? Es muy fácil..., y todo lo demás es parecido, sólo a veces hay que fijarse en las interrelaciones entre unas cosas y otras..., es muy fácil.

Se olía el polvo viejo del papel; a Hieck le entraron ganas de meterse el dedo en la nariz, pero se limitó a rascarse la barbilla.

–Los trabajos matemáticos correspondientes están en ese armario –añadió Weitprecht de propina, señalando tímidamente los cajones de un armario.

–Ya –dijo Richard.

–Claro que, por otra parte... –el rostro de Weitprecht se tornó aún más preocupado–, en realidad habría que terminar con toda la serie de experimentos que tengo en marcha... Pero con eso ya está la señorita Magnus, lo único es que vendría bien que la supervisara alguien.

Cuando Richard salió del despacho, Kapperbrunn le empezó a tomar el pelo:

–Enhorabuena por la tarea para las vacaciones.

Hieck estaba bastante turbado.

–Dios sabrá cómo voy a poder hacer todo eso.

Kapperbrunn lo tranquilizó:

–No se agobie, hombre..., ya le buscaremos un negro.

–¿Cómo?

–Pues eso, un negro, o si lo prefiere, una negrita guapa, no me diga que pretende ocuparse de todo eso usted solo..., alguna de las chicas querrá tener el honor, lo único es que no hay que decírselo a Weitprecht.

En ese tipo de cosas, había que reconocer que Kapperbrunn era insustituible. Con todo, Hieck preguntó con recelo:

– Entonces, ¿por qué no se ha prestado a hacerlo usted?

–¿Yo? Hombre, porque me marcho de vacaciones, y porque quería tener esa deferencia con usted. Si he sido yo quien ha animado al viejo a pedírselo. Sólo quería disfrutar un poco de la sorpresa que se ha llevado, si no, ya se lo habría contado yo antes.

Kapperbrunn le guiñó un ojo a través de las gafas. Ahora, incluso Hieck se tuvo que reír.

–A ver, ¿a quién quiere, Hieck?

Hieck recurrió a la solución más inmediata.

–La señorita Magnus va a estar terminando los experimentos de todas formas.

–Suponiendo que Krispin esté de acuerdo, pero compartirá la opinión, más que justificada, de que el mundo no se va a perder nada porque eso se deje para el otoño.

–Así podrían estar antes los papeles.

Kapperbrunn hizo una mueca de desaprobación.

—Pero a la Magnus lo único que le importa es sacarse el doctorado. El día en que termine esa serie de experimentos saldrá por la puerta y adiós, de eso puede usted estar seguro. Ésa sí que es una chica lista.

Hieck se aventuró un paso más lejos:

—¿Y la señorita Wasmuth?

—Hum, Hilde Wasmuth... Si insiste usted... Para serle sincero, yo no estoy muy a favor, a mí la Wasmuth me resultaría demasiado ambiciosa; por un lado, no terminará nunca de lo perfeccionista que es, y luego también puede convertirse en excelente candidata a ocuparse del legado del profesor, y ahí será usted el que se vea con dificultades... Pero, bueno, la Wasmuth o alguna compañera será, ya le conseguiré yo a alguien.

—Se lo agradezco mucho, doctor Kapperbrunn.

Hieck, curiosamente, seguía sin estar de acuerdo del todo.

—¡Por Dios, por Dios, qué calor! —se lamentó Kapperbrunn—. Hoy voy a tener que dar la clase en traje de baño... ¿Asistirá usted?

—Hoy no, tengo que ir al observatorio.

Los estores de lino estaban bajados, las cruces de las maderas de la ventana dibujaban su sombra sobre la tela, Kapperbrunn estaba en lo cierto: hacía un calor como para asfixiarse.

—Trasladaré el seminario al aula magna, que allí se está más fresco.

Al parecer, Kapperbrunn no era capaz de pensar ya en nada más.

Dado el calor, Richard fue al observatorio en tranvía. Se quedó de pie junto al conductor, el viento le daba de frente, los árboles de la avenida pasaban a gran velocidad. Los quioscos estaban abiertos, en el lado de la sombra había gente sentada tomando cerveza y limonadas de color amarillo y rojo. Al pasar por la piscina municipal, el vagón se quedó vacío. Se veía el agua y las cabinas, era como un hormiguero de cuerpos desnudos; como un zumbido llegaba el griterío, a veces se escuchaba el inconfundible ruido del agua cuando alguno se tiraba desde el trampolín.

Richard consideró la posibilidad de apearse. Le daba tiempo a darse un baño. Kapperbrunn en su lugar se habría bajado sin lugar a duda. Pero en tanto que se lo pensaba, arrancó el tranvía y Richard

se alegró al verse liberado de tener que tomar una decisión. Mejor iría a nadar por la mañana temprano. Otto estará en el agua, por supuesto. Sale del trabajo a las cuatro, con lo cual puede haber llegado ya en bicicleta.

El tranvía vacío se cimbrea considerablemente, y el vagón de cola traqueteaba. Adelantaron a un camión de mercancías sobre cuyos paquetes iban los mozos tumbados a la bartola; los adelantó a ellos un coche de lujo en el que viajaban dos figuras blancas asexuadas con gafas de sol. Camiones y coches se acercaban desde la dirección contraria y al instante habían pasado de largo. La llanura se extendía soleada hasta el pie de las montañas, con un brillo de cristal fruto del calor.

En la última estación había dos tranvías parados. El cobrador y el conductor estaban sentados en el banco de la pequeña sala de espera, charlando con gruesos vozarrones. Los conductores de taxis habían aparcado sus vehículos a la sombra, en la avenida lateral, y dormitaban en sus asientos. Los dos merenderos se preparaban para la velada. Las villas ajardinadas de la zona mantenían las persianas bajadas, de vez en cuando se escuchaban voces infantiles desde la sombra de algún jardín.

Lentamente, Richard recorrió las calles de las villas. En el alféizar de la ventana de un sótano, a través de la cual se veían los pulidos pies de una cama, así como una pared con imágenes de santos, había un perrillo salchicha enroscado. Al ver a Richard, le soltó un ladrido somnoliento y se le quedó mirando mientras se alejaba.

La vida era unívoca en todas partes, unívoca como Kapperbrunn, tan unívoca como el verano, un diente de la cremallera encajaba con el siguiente, tal y como establecía el horario circulaban los tranvías, tal y como establecía el horario ladraban los perros, tal y como establecía el horario se movían las estrellas. Somnoliento y silencioso giraba el espacio vibrante en torno al eje del mundo, y media luna lechosa pendía en el azul lechoso del cielo.

Miríadas y miríadas de vidas individuales, miríadas y miríadas de cosas individuales se habían agolpado a su alrededor, una aterradora piscina de cosas que se levantaban y se dejaban caer, miríadas y miríadas de vidas y cosas latían reunidas dentro de su cuerpo

bañado en sudor, miríadas y miríadas fecundaban su pensamiento y caían a la nada. Richard iba poniendo un pie delante de otro, un zapato delante de otro y emprendió la subida hacia el observatorio astronómico para que su cuerpo pensante llegara allí tal y como establecía el horario.

2

Richard, por cierto, se había equivocado: Otto no estaba en la piscina esa tarde, sino bañándose en la otra punta de la ciudad, a saber, en el estanque. Le gustaba variar de sitio donde nadar.

Dado lo cambiante del nivel del agua, el estanque no reunía las condiciones para convertirlo en espacio de baño público, pero cuando había agua suficiente, era un sitio muy popular. Desde los lluviosos días de junio, el nivel había caído unos dos metros, y quien quisiera llegar al agua en la orilla norte, que era muy llana, tendría que caminar mucho por el barro y el cieno; al pie de la pendiente del campo de fútbol, sin embargo, la opción de baño era bastante pasable.

Además, era comodísimo. Se desvestía uno en el club y sólo había que atravesar el campo y bajar la ladera. Y así acababan de hacerlo también Karl Wohlfahrt y Otto.

Una vez en el agua y pasado el primer rato de la diversión de nadar, Otto se empezó a aburrir:

–Este sitio no vale nada.

–¿Por qué?

–No hay chicas.

–Bueno...

–Si tuviéramos moto, podríamos bajar a lo largo del río hasta la dehesa de Gleuring; ahí sí se venían con nosotros.

–¿Tú puedes comprarte una moto?

La conversación derivó hacia el dinero que necesitaban. Karl seguía sin conseguir hacerse con su cartilla de ahorros, y menos aún había conseguido Otto llevar a cabo su grandioso plan de robo; es

más, no había hecho absolutamente nada al respecto. Hacían planes por hacerlos:

–No será más que la primera suma importante; luego dejaré el negocio y me haré pintor.

–Los pintores no ganan nada.

–¿Ah, no? Pues todos los pintores van en su propio coche.

De pronto, sintió una irrefrenable sed de dinero. Y, al mismo tiempo, algo en su interior le dictaba desde la soberbia que había de ser otro quien se lo proporcionara, la soberbia y la picardía le habían metido en la cabeza que tenía que ser Karl quien le sisara el dinero a su madre. La idea le daba miedo y le seducía al mismo tiempo.

–Creo que me está dando un calambre en la pantorrilla –dijo, colocándose boca arriba para flotar–, tengo que salir del agua. –Se puso pálido–. Si me hundo, me sacas de los pelos.

–¡Anda ya! –dijo Karl, braceando hacia él.

Lo cierto es que no le faltó mucho, y Otto llegó a la orilla a duras penas. Al sentir el suelo bajo los pies, el calambre se le pasó por un momento.

–¡Qué cosas, uff! –Y, sin resuello, salió del agua a cuatro patas.

De los proyectos para hacerse ricos ya no siguieron hablando. Pero al despedirse, Otto volvió a palidecer y dijo con voz ahogada:

–Podrías venir a mi casa alguna vez. ¿Te apetece mañana a las cinco?

No se sentía muy distinto de la primera vez que había ido a ver a una mujer y no sabía lo que le esperaba. No se había hablado de nada y no había pasado nada. Sin embargo, ya existía la conciencia de algo que lo seducía y le hacía un nudo en la garganta y no era capaz de nombrar. Y aunque hizo por que no se le notara nada, cuando le habló a su madre de la futura visita se sintió como si estuviera confesando un crimen.

La señora Hieck se quedó un tanto sorprendida:

–Si tú nunca dices nada cuando te viene alguien a ver.

–Es que me gustaría ofrecerle un café.

Con los brazos cruzados por debajo del pecho, la señora Hieck sonrió con satisfacción:

–Al final te va a gustar ser un señor de tu casa. Muy bien.

Al día siguiente, Karl acudió a la Kramerstraße, se hicieron las presentaciones y se sirvió el café en el cuarto de estar. Las contraventanas verdes oscurecían la habitación, el aire se notaba fresco por mantenerlo todo cerrado. Olía a fruta.

Katharine Hieck se sentó al lado de Karl, apoyando los blancos brazos en la mesa. Con su voz de cascabel y la típica rutina de señora de la pequeña burguesía, le estuvo preguntando por su familia y sus estudios, sus orígenes y sus planes de futuro. Karl no apartaba la vista de sus brazos blancos.

Ella lo tuteó directamente:

–Así que vas a la escuela politécnica, ¿y allí qué es lo que se estudia?

–Muchas matemáticas y eso.

–¿Matemáticas? Ahí te podría ayudar Richard.

Oscura como una monja, entró Susanne y se sentó con ellos.

–Mira, es mucho más alto que Otto. A ver, poneos uno al lado del otro.

–Ya, me saca una cabeza –gruñó Otto–, no hace ni falta medirse.

–¿Y tiene usted la misma edad que Otto? –dijo Susanne.

–La verdad es que habría que tratarlo de usted, a un chico tan alto –comentó Katharine.

Karl se sonrojó hasta la raíz del rubio pelo.

Otto, quien en otro momento no habría dejado pasar la ocasión para burlarse de él, esta vez se calló.

Pero también se callaron los demás: Susanne, porque se había ensimismado en su oscuridad, y Katharine, porque sentía la mirada de Karl en los brazos y los pechos y no era lo bastante despierta como para ponerse a hablar de trivialidades. Así pues, cada cual hundió la nariz en su taza de café.

Un encantamiento pequeñoburgués, pero encantamiento a pesar de todo. Y junto a la corpulenta Susanne, Katharine ofrecía un aspecto mundano atemporal, una mujer sin edad, como las de Rubens, madre eterna, pero sin hijos, pues sólo un amante puede ser su criatura. Se echó unos tropezones de bizcocho en el café y aprovechó para echar también unos cuantos en la taza de Karl. Y

entonces se dedicaron a pescar los trocitos teñidos de marrón oscuro.

Susanne fue la primera que se levantó.

–Creo que ya se pueden abrir las ventanas –dijo, limpiándose la boca.

Entró la luz, entró un chorro de calor; en la nuca rubia de Katharine aparecieron pequeñas perlas de sudor. Karl las vio.

–Yo me tengo que ir –dijo–, muchas gracias, señora Hieck.

–Vuelve pronto –dijo ella–, y si necesitas algo, ya sabes que Richard te puede ayudar.

–Aún vamos a bañarnos, ¿no? –preguntó Otto.

–Sí, claro –se apresuró a responder Karl, como si se alegrara de salir de allí.

Una vez abajo, sacaron las bicicletas que habían dejado junto a las escaleras y salieron. Karl delante, Otto detrás. Las cadenas giraban con un ligero sonido, rítmico y preciso, a veces chirriaban los sillines. Todo era conocido y agradable. Se deslizaban suave y elegantemente sobre el asfalto y no decían nada; menos todavía dijeron mientras pedaleaban sobre los adoquines del centro antiguo, casi redondos de tan desgastados, aunque en la plaza de la catedral se adelantó Otto preguntando a voces:

–¿Adónde vamos?

Karl señaló hacia la izquierda, donde la calle conducía hacia el estanque. Otto meneó la cabeza.

–Vamos a la piscina.

–¿Por qué? ¿Por las chicas?

–No, pero ahora está aquello muy sucio, y ayer casi me ahogo.

–¡Qué tontería! ¿Qué te ibas a ahogar?

–Que sí, por poco. Yo no vuelvo.

Karl terminó por ceder y emprendieron el camino hacia la piscina. De nuevo, sin decir nada. Tan sólo a veces, Otto clavaba la vista en la rueda trasera de su amigo y se lanzaba contra ella a toda velocidad, los dos neumáticos rebotaban sin hacer ruido, las dos ruedas se resentían ligeramente por el golpe y era un juego que no podían dejar, aunque ambos sentían una extraña angustia y habrían preferido evitarse un tiempo. Y así les vino bien que, justo a la salida

de la ciudad, Karl dejara acercarse a Otto, que siempre iba detrás, y le preguntara:

–¿Vas a ver a Louise?

–A lo mejor.

–Entonces no me necesitas, y además no llevo dinero para la piscina.

Sin esperar la aprobación de Otto, dio media vuelta y siguió pedaleando en la dirección opuesta.

Eso sí, a los dos días volvió a presentarse en casa de Otto; no habían quedado, pero Otto esperaba que pasara a recogerle. Y como si también se hubieran puesto de acuerdo en eso, ni Karl preguntó por la señora Hieck ni Otto le dijo a su madre nada de la visita. De tomar café no se volvió a hablar, sino que se subieron a las bicicletas de inmediato y salieron rumbo a la piscina. Los dos iban muy contentos.

Hicieron lo mismo varias veces, hasta que por casualidad se enteró Katharine. Los muchachos estaban a punto de escabullirse por la puerta.

–Pero ¿qué os pasa? –exclamó ya, más bien para las espaldas de los jóvenes–. ¿Cómo salís corriendo así?

Otto siguió, Karl se había detenido. Tenía la garganta seca, las rodillas le fallaban; tenía que pararse quisiera o no.

–Buenas tardes, señora Hieck –consiguió pronunciar al final.

–¿Qué hacéis corriendo de esa manera? Si no te he puesto ni un café...

–Nos están esperando para bañarnos –mintió Karl.

–Pues nada, si tanta prisa tenéis, corred, pero la próxima vez, avisas.

–Sí, muchas gracias. –Karl voló escaleras abajo, la cara colorada como un tomate. Como si los persiguiera el mismo demonio, se lanzaron a los pedales.

Pero no sirvió de nada, aquello era más fuerte que él: la primera tarde que tuvieron sin clase, Karl se presentó en casa de los Hieck antes aún de que Otto volviera del trabajo.

Gracias al permiso de Krispin, la señorita Magnus podía terminar la serie de experimentos. Así pues, estaría ocupada durante el mes de julio, y Kapperbrunn tuvo que buscar a otra que hiciera de negro de Hieck con los papeles. Y esa persona fue la señorita Ilse Nydhalm, estudiante de sexto semestre de Física.

Por hacer honor a las vacaciones, Krispin se había quitado incluso la bata negra de laborante; trajinaba por pasillos y aulas en mangas de camisa. La bata colgaba de la puerta del cuarto del bedel.

En el instituto reinaba el silencio de una cabina telefónica. Si Krispin hacía ruido con unos papeles en el tercer piso, se oía en la planta baja, a veces se oía una nota de cristal solitaria en el laboratorio, a veces el chasquear de algún aparato eléctrico. Richard amaba aquel silencio. Era como una noche transportada al blanco y al sol. Casi le daba pena no estar haciendo él mismo el trabajo de Ilse Nydhalm.

Al principio, le había dado unos días para que fuera haciéndose al trabajo. Cuando entró en el despacho, la encontró desesperada en medio del maremágnum de papeles que cubrían tanto el escritorio como la mesa de reuniones del centro de la sala; estaba a punto de llorar:

—¡Yo para esto necesito tres años!

—Oh, pero no, señorita Nydhalm.

Así estaba, de pie frente a él, con su cabello castaño, tez apagada y ojos grises, delgada y de mediana estatura. En el entrecejo se le formaba una pequeña arruga de poner cara de concentración.

—Si no hago más que ordenarlo todo un poco, como ha sugerido el doctor Kapperbrunn, sería una tarea fácil, pero estoy segura de que el profesor Weitprecht no quedaría satisfecho con ella.

Richard estaba convencido de que Weitprecht, que ya había tenido que tragarse muchas decepciones en la vida, se daría por satisfecho con cualquier mínima contribución.

Hacía un calor tremendo a pesar de que estaban bajados los estores de lino. Por una rendija se colaba el sol y arrojaba un

espectro de luz multicolor sobre el techo.

Guiñando un poco los ojos de miope, Ilse Nydhalm continuó:

–Además, eso sería un trabajo burocrático muy aburrido, lo suyo sería abordar el contenido. Creo que el doctor Kapperbrunn no se ha parado mucho a pensar.

Kapperbrunn coincidía en esto; con su agilidad mental y su facilidad para captar la esencia de cualquier tarea, no habría estado dispuesto por nada del mundo a pensar en un solo paso más allá de la primera fase de solución. Dado el caso del que se trataba, por supuesto que incluso la solución burocrática habría sido más que suficiente, aunque para Richard Hieck fue un bálsamo descubrir que las exigencias de aquella joven iban más allá de la idea de Kapperbrunn. Así que dijo:

–Sí, en eso tiene razón, señorita Nydhalm.

–Pero icómo saber por dónde ir! ¡Ay, por Dios! –Y señaló el panorama del despacho con un gesto de desesperación.

–Mmm, a ver... –El cerebro de Hieck, siempre a punto, se puso en funcionamiento.

Precisamente porque su forma de pensar se situaba en las antípodas de Kapperbrunn, jamás habría sido capaz de resolver una tarea por el mero placer de resolverla, es más, casi le parecía una inmoralidad ver cualquier problema desvinculado del conjunto del sistema o analizarlo sin partir de éste. Y si ahora le tocaba poner todo su talento comprensivo y organizativo al servicio de la obra de toda una vida, la misión se convertía para él automáticamente en un todo, en un conjunto unitario de problemas en el que debían estar comprendidos todos a nivel general antes de abordar la comprensión de lo individual. Le había dedicado mucho tiempo a darles vueltas a los temas de estudio de Weitprecht, así que la visión de conjunto estaba más que consolidada en su cabeza, sin embargo, era ahora que se hallaba ante la tarea de desarrollarlos cuando lo veía claro en su conjunto, con todas sus carencias y con las chispas de genialidad que se le presentaban una y otra vez. También sentía aquello como una especie de necrológica extraordinariamente conmovedora que le dedicaría a Weitprecht, e Ilse Nydhalm, con el ceño ligeramente fruncido, le escuchaba cada vez más interesada y

emocionada, hasta el punto de que acabó poniéndose las gafas y tomando notas en taquigrafía. Cuando Richard hubo concluido, la señorita Nydhalm dijo en voz baja y tímida:

–Sí, es así, sin duda es justo así.

Alentado por la aprobación de ella, Richard enseguida se puso a dibujar grupos principales y a diseñar un plan de organización en el que también fue trazando líneas azules y rojas para marcar las relaciones:

–Bien, ahora se puede poner en marcha el asunto.

Ella sonrió:

–La verdad es que sí, ahora se puede poner en marcha, muchas gracias, doctor.

Debajo de las gafas, su cara tenía cierta expresión de niña sabelotodo.

–No se merecen, señorita Nydhalm –replicó él, adusto, y enseguida salió del despacho.

Pasaba por el instituto todas las mañanas. Trabajaba más o menos una hora con la señorita Nydhalm y luego cruzaba al laboratorio a preguntarle por los nuevos resultados de los experimentos a la señorita Magnus –para disconformidad de ella, pues lo sentía como un control–. Al llegar al instituto y encontrarse con Krispin, éste le hacía el saludo militar e informaba:

–Dos mujeres en sus puestos, doctor.

Hieck seguía siendo la persona de autoridad. Y con toda la timidez, unida al debido respeto que inspira la autoridad, siguió dirigiéndose a él Ilse Nydhalm. Claro que él mismo era demasiado tímido como para darse cuenta de ello, aquella forma de trabajo en común le resultaba inusual e inquietante, y una vez que recibió una postal de las montañas firmada por Kapperbrunn con las palabras «saludos cordiales para usted, mi querido Hieck, y para su guapa colaboradora», la escondió corriendo y no le dio los recuerdos a Ilse hasta días más tarde.

Ilse Nydhalm aprendía deprisa y tenía ideas. Enseguida dejó de necesitar la ayuda de Richard, y cada vez era más frecuente que aprovechara su presencia para preguntarle cosas de matemáticas. Era su manera de mostrarle su respeto de subordinada, pero

también el medio de disimular su timidez. Y él le soltaba largas peroratas, siempre partiendo del núcleo del problema para ir avanzando hasta los límites, mostrándole el camino que había seguido la ciencia hasta el momento y el que tendría que seguir después para cumplir con el objetivo que ella misma se había impuesto. Sus charlas pecaban de lo mismo que cuando eran clases de verdad: orador vehemente y autoritario, no toleraba ni preguntas espontáneas ni objeciones. Pues no eran sino enzarzados debates consigo mismo, y sudaba a chorros, sin duda más por la excitación que por el calor que hacía: poner en claro cualquier situación científica también suponía para él arrojar claridad sobre sus propios objetivos, y ser capaz de llevar a cabo y verbalizar aquel aporte de claridad era una liberación de lo que cargaba a sus espaldas, era como dar opción a un respiro de alivio y como la promesa de una luz..., pero el hecho de tener que hablar de ello, para colmo: hablar de ello con una chica, el que la iluminación liberadora y portadora de felicidad no pudiera producirse más que hablando, era como una traición no sólo a las matemáticas, sino también a la esencia de su vida, pues lo que se hacía patente –eso pensaba él– no tenía nada que ver con la verdadera meta de esa vida ni con la meta de las matemáticas, y él se negaba en rotundo a fusionar los fines objetivos de la ciencia con sentimientos subjetivos. Un espectro de colores se proyectaba de la ventana al techo, y las conversaciones con Ilse Nydhalm constituían el extraordinario tono opuesto a las veladas que Richard pasaba en el cuarto de Susanne. Era una traición muy complicada y todo menos transparente la que estaba cometiendo, la que, por un sendero harto retorcido, lo estaba conduciendo de vuelta a lo pecaminoso y oscuramente anárquico. Oh, inaudible sonido solitario en el universo. Por otro lado, cualquier observador imparcial tendría que haberse dado cuenta de que, desde hacía cierto tiempo, Richard Hieck prestaba más atención a su aspecto.

Por las mañanas solía ir a la piscina.

Acababa de nadar los seis largos que él mismo se había prescrito y a los que se atenía con el máximo rigor y subió por la resbaladiza escalerilla de madera. Luego se sentó en el borde de hormigón,

dejando colgar los pies dentro del agua, y se puso a contemplar la blanca hilera de banderas que formaban en la orilla de enfrente las toallas de baño, colgadas a secar en dos largas cuerdas y ligeramente infladas por la brisa matinal. Un trecho más allá se veía la avenida, con sus árboles, inclinados todos con el mismo ángulo por el tormentoso viento del oeste que les daba en invierno. Los tranvías amarillos pasaban veloces, rumoreando y cimbreadose con la alegría de la mañana.

El musculoso bañero, Vinzenz Ulreich, con pantalones blancos de lino y camiseta sin mangas, a rayas azules, pescaba del agua hojas de color verde amarillento con una pequeña red sujeta a un palo muy largo. El agua producía un chapoteo muy suave contra las paredes de hormigón.

De pronto, el doctor Richard Hieck oyó que alguien lo llamaba por su nombre. La voz venía del agua.

No había más que contados bañistas. El agua era una superficie de franjas centelleantes; Richard parpadeó y no fue capaz de distinguir nada. Alguien braceaba a estilo libre hacia las escaleras al lado de donde estaba sentado. Ese alguien se sentó primero en los escalones y repitió:

–Buenos días, doctor Hieck.

Visto desde arriba, el escote permitía constatar sin lugar a equívoco que el alguien era del género femenino. Aunque la cabeza, con gorro de baño blanco, podría haber pertenecido igualmente a un muchacho.

–Buenos días –dijo Richard vacilante.

La criatura salida del agua reveló su identidad:

–No se rompa la cabeza, soy Erna Magnus.

Había subido las piernas y ahora estaba sentada abrazándose a ellas. Todo en ella era de color marrón tostado, como café clarito.

–Oh, señorita Magnus...

Richard sintió vergüenza de su desnudez y se dejó caer al agua junto a la escalera. Ahora la miraba desde abajo mientras resoplaba para echar el agua. Era ridículo que el traje de baño negro de la joven le recordara al hábito de Susanne.

–Gracias –dijo ella–, ahora sí que me ha salpicado usted bien. –Y pataleó en el agua con las piernas estiradas–. ¡Ahí va la revancha! Pero qué hace en el agua. Venga usted, vamos a ponernos al sol. – Desde luego, con respeto no lo estaba tratando.

Ahora estaba arriba, de pie. El bañador de Erna brillaba, negro y húmedo, los pezones se le marcaban, el triángulo de Venus formaba una suave curva entre los muslos.

–¿Y su *flirt* no está? –preguntó.

–¿Cómo dice?

–Bueno, su *flirt* matemático de todos los días.

Con gesto avinagrado, Richard salió del agua y se sentó junto a ella sobre la arena. Después de enterrar los pies, se sintió un poco menos desnudo.

–Yo no podría trabajar si no hiciera deporte –se puso a contarle ella.

Junto con un sentimiento de desprecio, a Richard le vino a la mente Kapperbrunn: ésa era su receta. No obstante, sintió un callado orgullo, porque ahora él tampoco estaba a la zaga de Kapperbrunn en cierto terreno. La impredecibilidad del mundo volvía a hacerse patente, y, a la vista de aquel bañador negro, sus pensamientos volvieron a girar alrededor de Susanne. Ilse Nydhalm seguro que llevaba un bañador blanco. El cielo adquirió un color plomizo.

Pausadamente, Richard dijo:

–Es curioso que no nos hayamos encontrado antes; vengo casi a diario.

–Yo es que suelo venir aún más temprano.

Erna se había quitado el gorro de natación. Tenía el cabello rubio rojizo. Susanne lo tenía casi negro. Y también Ilse Nydhalm era morena.

De repente, Richard Hieck lo vio todo claro: lo pecaminoso del mundo es lo impredecible. Lo que escapa del conjunto de causas y leyes, aunque no sea más que una nota que vibra solitaria en el espacio, eso es pecaminoso. Lo aislado es absurdo a la vez que pecaminoso.

Su rostro de asceta se contrajo.

Erna Magnus lo observaba:

–No le sentaría nada mal hacer un poco de deporte. En realidad, podría ser un hombre muy atractivo.

–¿Usted se imagina que Gauß fuera buen esquiador?

De habitual no solía estar ni la mitad de agudo con la réplica, pero éste era un contraataque que ya había preparado en su interior muchas veces contra Kapperbrunn, para tenerlo a mano.

Ella rio, divertida:

–¿Tomamos el tranvía para ir juntos al instituto?

El sonido de las campanas de la iglesia retumba aislado en el espacio y no es pecaminoso, no puede ser que sea pecaminoso. En el planteamiento había algo que no era correcto, y sin embargo sí que lo era, y era cierto: lo que hacía Susanne, por algún motivo indescifrable, en el fondo no se podía calificar de bueno.

Parecía impensable que Richard llegara al instituto junto con la señorita Magnus.

–No, tengo que ir al observatorio.

–Alguna vez me lo podría enseñar, digo yo.

Cuando sonreía, Erna Magnus enseñaba todos los dientes y un trozo de encía. Era una boca que, sin duda, ya había besado mucho. Hieck no pudo evitar pensar en el bosquecillo que rodeaba el observatorio.

–Entonces nada, hasta la vista, doctor Hieck.

Se puso de pie. Al andar movía las caderas, contoneándose de una forma muy femenina.

Richard sacó los pies de la arena y se tumbó boca arriba cuan largo era. Sus dedos rastrillaban la fina arena que crujía suavemente y se le metía debajo de las uñas. Se esforzó por reinterpretar lo sucedido, por retocarlo: Erna Magnus era una de las estudiantes de Física, lo cual implicaba que sus rasgos sexuales debían quedar anulados. Pero no era el caso. Miró hacia arriba, como en diagonal. En el trampolín había una persona solitaria, un cuerpo joven con gorro de colores; arqueando la espalda, estiró los brazos por encima de la cabeza y saltó con una elegante voltereta. A los dos segundos se oyó el inconfundible choque del cuerpo con el agua.

Hieck no fue al instituto hasta por la tarde.

Ilse Nydhalm, casi sin despegar los labios, dijo:

–Antes ha venido la señorita Magnus..., creo que le estaba buscando.

A Richard no se le ocurrió más que la palabra «víbora». Con apuro, dijo:

–Ya me he encontrado con ella de todas formas.

Ilse Nydhalm no respondió, sino que siguió tomando notas sin levantar la nariz del papel.

Los dos guardaban silencio. Al cabo de un rato dijo él:

–¿Y a usted no le gustaría visitar el observatorio astronómico?

Ilse abrió unos ojos muy grandes.

–¿De verdad?

Esta vez, Richard se fue sin pasar por el laboratorio a hacer su control.

4

Si Katharine Hieck gustaba de pronunciar hoy la frase «yo ya no me hago ilusiones», había que entenderlo como reacción a una fantasía y a unas ilusiones desmesuradas, a la desmesura que, sin duda, habían cobrado las ilusiones en el matrimonio con Hieck. Pues en el momento de casarse, lo deseado y lo indeseable, lo loable y lo criticable, lo correcto y lo incorrecto, lo permitido y lo prohibido ya eran conceptos fijos en su cabeza y venían determinados por su infancia en el campo, y seguro que eran más antiguos que su pensamiento consciente, con lo cual no había forma de que se movieran ni un ápice: al decidirse por Hieck, en cambio –hoy seguía sin explicarse cómo pudo haber tomado tal decisión–, se encontró con aquel ser tan absolutamente diferente del resto que tuvo que reinterpretarlo para que encajase en sus esquemas mentales y que, al mismo tiempo, la obligó a desprenderse de aquellos conceptos tan arraigados. Eso le había costado un tremendo y casi insuperable esfuerzo de imaginación que, a pesar de que nunca terminó de calar a fondo en su conciencia, sí le supuso un tormento tal que Katharine Hieck llegó a pensar que la confusión y la oscuridad de su vida

matrimonial eran el castigo por haber traicionado sus propios ideales, antaño tan firmes, y, más aún, considerando que también la justa administración de pecado y expiación formaba parte de aquellos ideales. Solía concluir este tipo de razonamientos con un «yo ya no me hago ilusiones».

Y desde que frecuentaba la casa Karl Wohlfahrt, incluso las ilusiones de volver a casarse se desvanecían. En cierto modo, había encontrado una forma de maternidad añadida, un sentimiento libre del lastre de un origen oscuro, una maternidad en cierto modo más fácil de ejercer y más libre que la que ejercía, por ejemplo, con Otto. Es posible que la sangre campesina que corría por las venas de Karl condicionara esta afinidad electiva; es posible que aquel muchacho de campo, condenado a vivir con sus abuelos de la ciudad, constituyera para ella el reflejo de su propio destino, y fuera como fuese, el caso es que se dedicaba a cebarlo de café con bizcocho.

Otto, que observaba todo esto, sentía celos y malestar y miedo ante aquella circunstancia, pero no decía nada.

Por otra parte:

Karl había hecho avances. Era el primero de la generación de juveniles que había pasado al segundo equipo del Marathon y que podría jugar en el siguiente amistoso contra uno de los clubes adversarios, el Sturmfitich. Con mirada acechante, Otto invitó a su madre a asistir al partido con él. Eso no lo había hecho jamás. Así pues, Katharine Hieck venció la aversión que sentía hacia el fútbol y no sólo aceptó la invitación, sino que se informó de que Karl jugaba de lateral derecho, es más: hasta le pareció que eso tenía que ser una distinción especial.

Había transcurrido el primer tiempo. Iban 2-1, ganando el Sturmfitich.

Otto, como no podía ser de otra manera, había ido al vestuario. Reinaba la actividad más intensa. En los bancos del ancho pasillo estaban los jugadores sentados, parte de ellos en esa postura para relajarse que habían aprendido de los boxeadores del cine: las piernas estiradas al frente y los brazos colgando a los lados. Se oían los chorros de las duchas. El entrenador, Ritter, todo un *praeceptor*

germaniae ³ con traje de cuadros grandes, discutía a voces con el capitán y los delanteros por la mala alineación. El capitán, Werner Huschinski, se defendía y no precisamente en voz baja. Los del club contrario, a los que se les había subido el éxito a la cabeza y que ya se veían vencedores, se burlaban de sus anfitriones. Georg Bäcker se había lesionado un pie y se lo estaban vendando. En suma: el vestuario era un puro fragor. Y Otto, orgulloso de formar parte de todo aquello, si bien también muerto de envidia de Karl, olisqueaba el aire cargado de olor a sudor, esa mezcla de salud, olor a ropa para lavar y vapor de agua y cloaca.

Karl se había quitado el blusón amarillo y azul, el uniforme del Marathon. Se frotaba la espalda desnuda con una toalla tensada entre ambas manos.

Ritter vio a Otto:

–Ya te estás largando, aquí no queremos mirones.

Otto rio con ironía, señalando a Karl:

–Es que tengo que darle un masaje. –Y agarró la toalla y se puso a frotarle la espalda a Karl.

El árbitro, con suéter blanco, hizo aparición con la dignidad propia de las personalidades oficiales.

–Fin del descanso. Dos minutos y formando en el campo.

–Suerte, Karl –dijo Otto, con buena intención y tono de entendido–, y siempre que te veas en apuros, se la pasas a Krause.

Salió, se encendió un cigarrillo con exagerados gestos y, con exagerados gestos, tiró la cerilla.

Siguiendo el modelo inglés, los jugadores salieron al campo corriendo. Desde las gradas se oyeron débiles aplausos.

La señora Hieck era de los que estaban en las gradas. No había demasiado público. Los funcionarios de los respectivos clubes, que participaban del proceso concediéndole la importancia de algo secundario. Luego, los habituales jóvenes con gorras de deporte y, por último, un cierto número de señores de mediana edad y clase media, de esos que uno hubiera esperado ver en cualquier otro lugar antes que allí, pero a quienes un destino inexplicable había insuflado un inexplicable amor por el deporte del fútbol y no se perdían un

partido por nada del mundo. Para la señora Hieck, ver todo aquello tan inusual para ella era muy emocionante. Sentía mucha curiosidad y escuchaba muy atenta las explicaciones de Otto.

El partido estaba otra vez en pleno apogeo. Jugaban más duro que en la primera parte. Nada más empezar, el Marathon había igualado el marcador, dos a dos, y ahora sí que estaba la cosa bien seria. Los dos jueces de línea no paraban, corrían de un lado para otro y ni llegaron a utilizar sus sillas blancas plegables. A cada rato, el balón volaba por encima de la línea.

–Penalti –anunció Otto.

Los banderines de las esquinas se agitaban al viento. Karl, con su blusón amarillo y azul, pasó corriendo por delante de ellos. Un contrario, de violeta, le hizo una entrada muy dura, Karl cayó y se quedó tumbado en el suelo. La señora Hieck soltó un grito.

–Eso es parte del juego –explicó Otto sin inmutarse.

Entretanto, a Karl le habían flexionado las piernas sobre el pecho, como mandan los expertos, y, tras unos cuantos ejercicios de respiración, lo pusieron otra vez de pie; con una palmada en la espalda, lo mandaron de vuelta al campo. El público cumplió con la cortesía de aplaudir.

La señora Hieck estaba indignada:

–¿Que eso es parte del juego? ¿Eso te lo han hecho a ti también?

Pero Otto ya no la escuchaba. Para su espeluznada sorpresa, Katharine Hieck vio que su hijo se había puesto a bailar y ahora no paraba de gritar «iHuschinski!». Pero no sólo él se comportaba de pronto como un poseso, sino que la mayor parte del público era presa de idéntico paroxismo, en tanto que en el terreno de juego parecía que todo el mundo tenía muchísima prisa. El paroxismo fue en aumento y terminó con un aullido en el que se distinguía una palabra rarísima: «*Goal! Goal!*». Luego, toda aquella agitación se calmó con una rapidez asombrosa.

–No te pienso dejar jugar nunca más en la vida –declaró la señora Hieck con firme determinación–. ¡Qué cosa más cruel!

–Tres a dos para nosotros –dijo Otto, satisfecho–, eso ya no lo remontan... ¡Demonio! ¡Karl, que no avancen...!

El vocerío, aunque algo más débil, había resurgido.

–¿Qué está pasando? –preguntó la señora Hieck, ahora incluso con cierto interés.

–Uff..., ¡qué poco ha faltado!

El campo entero corría ahora todo para el lado derecho, hacia la portería del Sturmfiittich. El guardameta del Marathon volvía a zanganear apoyado en el poste.

–¿Has visto lo que acaba de hacer Karl? ¡Impecable!

Otto sonrió a su madre, mitad con orgullo, mitad con malicia.

–Pues no –hubo de reconocer ella; en medio de todo aquel jaleo, lo cierto es que no se veía nada.

Así siguió la cosa media hora más, y cuando se oyó el silbato que indicaba el final, el segundo equipo del club Marathon había ganado al adversario, 4-2.

La señora Hieck volvió a casa en el tranvía, los dos muchachos la siguieron en las bicicletas. En casa fueron recibidos con una filípica tremenda y muy bien preparada, dirigida en primer lugar hacia el fútbol en general, aunque, en particular, daba muestra de la preocupación de una madre por la salud de los dos muchachos, porque es que de semejantes barbaridades no podía salir nada bueno, y luego culminaba en una mención de la escasa actividad deportiva de Richard:

–Fijaos en Richard, que nunca ha tenido tiempo para esas salvajadas abominables, y mirad qué bien le ha ido.

Karl había imaginado otra cosa para después de su victoria. Otto, todo lo que hizo fue decir:

–El deporte es el deporte.

Y Karl asintió.

Más tarde, cuando se quedaron solos, Otto le señaló un armario, como de pasada:

–Ahí es donde siempre guarda el dinero. Un lugar muy poco seguro, un armario para la ropa blanca como ése.

Por lo demás, salía más que nunca. Se escapaba todas las noches. Falto de sueño, con profundas ojeras, luego pasaba los días arrastrándose por las esquinas, irritado con todo el mundo y siempre a la defensiva.

El apuro de Richard Hieck no era pequeño. Erna Magnus le había dado la idea de la visita al observatorio astronómico, pero lo cierto era que quería llevarla a la práctica con Ilse Nydhalm. Dando vueltas a este dilema pasaron casi dos semanas. Lo resolvió de manera radical, yendo, al final, solamente con Ilse Nydhalm. No obstante, lo sintió como una infracción del derecho.

Ninguno de los dos se sentía especialmente bien con la ropa que llevaba, y ni preguntas ni respuestas fueron más allá de cuestiones de astronomía. Ya en el tranvía, Richard empezó a desarrollar el macrocosmos de Einstein. Ella le escuchaba con mucho interés, pero al mismo tiempo le hacía mucha ilusión que se comunicaran en una especie de lenguaje secreto.

Enfrente de ellos iba un hombre de barba gris, sentado con las piernas abiertas como suelen hacer los corpulentos, leyendo el periódico; de cuando en cuando, levantaba la cara y les lanzaba una mirada desde detrás de las gafas. Era un hombre amable, y remoloneaba al pasar las hojas porque pensaba que ellos iban leyendo la parte de atrás de su periódico, cuando en realidad sólo comparaban la accesibilidad general del contenido del periódico con lo inaccesible de su forma de entendimiento particular. Hieck sacó una hoja de papel y se puso a escribir fórmulas.

Ya anohecía. En la parada de la piscina se apelotonaba la gente que esperaba el coche que volvía al centro. Al pasar, Richard atisbó un pedacito de la superficie del agua, sobre la que se alzaba el trampolín, cuyos contornos se perfilaban muy nítidamente contra el cielo del crepúsculo. Su mala conciencia despertó de nuevo. Como pidiendo perdón por algo, dijo:

—En nuestros observatorios europeos hay pocas noches con visibilidad plena..., por eso tampoco merece mucho la pena que instalemos instrumentos de los grandes y costosos de verdad..., hoy, en cambio, como excepción, va a hacer un tiempo muy bueno para observar el cielo.

—Entonces he tenido suerte —dijo Ilse Nydhalm.

–Sí –dijo él, sintiéndose orgulloso como si el buen tiempo fuera obra suya–, y además es la época de las Perseidas.

A esto respondió Ilse Nydhalm con un dato no astronómico:

–Ahí se puede pedir un deseo.

De la noche del recuerdo se desprendió una vara de oro. Milagro del deseo, y del deseo cumplido, milagro que escapa a las leyes, nacido de la nada para caer en la nada, sin forma en su existencia y, aun así, resplandeciente. Oh, criatura humana. ⁴

Vacilante, pues sabía que no venía a cuento, comentó:

–Es probable que los cráteres de la Luna los formaran meteoritos gigantes.

Cuando llegaron, el cobrador ya había encendido las luces del vagón, y el tranvía en la dirección contraria esperaba en la última parada plenamente iluminado. Dentro iban dos pasajeros.

El señor de la barba gris les había dicho adiós y se había bajado entre suspiros. Ahora desaparecía de su vista por la avenida lateral. Richard no tomó el camino a través del bosque, sino la carretera que, formando dos grandes serpentinas, subía hasta el observatorio por la ladera oriental de la colina.

Desde allí se tenía una vista panorámica de la ciudad. Una alfombra de niebla polvorienta se extendía sobre la llanura, entre la colina y la ciudad; la avenida conducía hasta allí en una recta perfecta, la franja que dibujaban las copas de sus árboles era oscura, pero entre medias titilaba, con la inestabilidad de la luz de un tubo de rayos X, la línea de la acera, iluminada por farolas ocultas entre los árboles. Desde la piscina llegaba el brillo blanco del semicírculo de las cabinas, aunque el resplandor del agua se fundía con el vapor del aire. Aún se distinguían los contornos de la ciudad, las torres de la catedral, la torre de la capilla de la universidad y la de la iglesia de Santa Ana; en rápida secuencia fueron encendiéndose las luces de la masa de casas, y, entre ellas, como chispas intermitentes, se alternaban el rojo y el amarillo de algunos rótulos publicitarios. Toda recta, bordeando la ciudad, la hilera de farolas de la avenida.

–Buena vista –dijo Richard mirando al cielo, sobre cuyo fondo incoloro comenzaban a destacar las primeras estrellas.

En el campo junto a la carretera había balas de paja; el campo, seco, secos los árboles y arbustos en las curvas del camino. El crepúsculo en la cara iluminada de noche de ella.

¿Por qué nos importan tanto estas cosas? ¿Dónde está la vida que se esfuma con suave murmullo? ¿En la ciudad? ¿Fluye de las estrellas?

–Enseguida estamos arriba –añadió Richard para tranquilizar a Ilse, aunque ella ya tenía que conocer el camino.

La colina estaba dominada por la cúpula del observatorio; su contorno se destacaba entre las copas de los abetos.

Marchito y seco y rígido todo. Casi hasta el aire marchito se mostraba cauteloso envolviendo la rigidez de los objetos.

Entonces llegaron arriba.

Richard le enseñó a Ilse su despacho. Era un despacho muy corriente, habría podido ser igual el de un funcionario de Hacienda; pero a ella le gustó.

–Si tiene hasta sofá.

En efecto, había un sofá de cuero; Richard no lo había utilizado nunca. Y un repentino e incómodo desasosiego le hizo decir:

–Vamos a ver los instrumentos.

–Perfecto –respondió Ilse, poniéndose las gafas.

Ella contaba con que Richard la llevaría directa a ver el refractor principal, que tendrían que subir como a una torre para observar las cosas más importantes desde la cúpula. Richard Hieck, sin embargo, tenía planificado un tour completísimo: primero pasarían por el edificio de los investigadores hasta la sala del Meridiano, luego irían al refractor y la vuelta sería a través de la biblioteca. Así pues, primero subieron por las escaleras en silencio, recorrieron la sala del Meridiano, sumida en la oscuridad y la calma, y desde allí salieron a una azotea.

–Aquí tenemos un telescopio buscador de cometas –explicó Richard, señalando un instrumento envuelto–, claro que ya no es el más moderno que se diga.

Era completamente de noche. Miraron por encima de las copas negras de los abetos: negras siluetas en la oscuridad del espacio, del que emanaba una brisa suave. En el suelo de cemento de la terraza había una especie de riel encastrado.

Ilse se habría quedado muy a gusto en la terraza, pero Hieck, presa de una extraña impaciencia, insistió en que siguieran. A través de una puerta de cristal llegaron a un estrecho pasillo, luego él abrió una puerta estrecha corriente y, de pronto, se encontraron en el interior de la cúpula: una ligera sorpresa, porque no había que mirar hacia arriba, sino hacia abajo, pues habían salido a una pequeña galería desde la que se asomaban a un espacio relativamente pequeño, casi parecido a un pozo; y no estaban ni mucho menos en una torre, sino que el armazón de hierro de la cúpula llegaba hasta una altura nada excesiva. Justo delante tenían el imponente cañón del refractor, brillante e inclinado; abajo, en el fondo del pozo estaba el puesto de observación, con los instrumentos, los buscadores y un sillón de cuero acolchado. Olía a fresco, a seco, como a bodega.

Allí había un hombre trajinando con el complejo mecanismo de ruedas y mandos, y no era el profesor Maier, el jefe, como en realidad esperaba Hieck, sino el doctor Loßka, el primer ayudante del observatorio.

—Buenas noches, doctor Loßka —saludó Richard—. ¿Podemos bajar?

Bajaron por una pequeña escalera de caracol que unía la galería con el puesto de observación.

El doctor Loßka, siempre con la típica cara de contrariedad de la gente nerviosa, levantó la vista y medio sonrió. Tenía una cara que daba la sensación de ir a sufrir un calambre nervioso en cualquier momento. Casi desconcertaba que el calambre no tuviera lugar.

Richard Hieck presentó a Ilse Nydhalm como futura astrónoma.

—Buenas tardes, doctor Loßka —dijo Ilse tendiéndole la mano. Se rio y se puso colorada, pues hasta entonces no se le había ocurrido pensar en la astronomía como posibilidad profesional, lo había mencionado por primera vez durante el trayecto en el tranvía. Y de algún lugar le vino la intuición de que ahí Richard había revelado una información que iba destinada sólo a él.

Loßka quiso responder algo amable, pero no le salió del todo:

–Si es que cuesta creer la de sitios en que se están metiendo las mujeres.

Ilse miró a Richard un tanto desconcertada. Pero éste no se había dado cuenta, y de haber sido así, incluso le habría dado la razón a Loßka. Tenía la vista clavada en el enorme telescopio que apuntaba a lo alto, como si no lo hubiera visto en su vida; no había contado con la enorme vergüenza que le iba a dar y lamentó haber llevado a Ilse allí.

–La verdad es que no es una profesión muy femenina –dijo Ilse, mirando a su alrededor con recelo. Y al cabo de un rato añadió–: Qué pena.

No, la verdad es que no era una profesión muy femenina. Richard estaba convencido de esa opinión. Y por más que Kapperbrunn describiera la ciencia como dominio de las mujeres, aquello era absurdo desde todo punto de vista y un puro oxímoron de entre los muchos de Kapperbrunn. Definitivamente: las universitarias no podían ser mujeres. Erna Magnus constituía una excepción. Richard volvía a tener la vista fija en el telescopio. Si estuviera allí Erna Magnus en lugar de Ilse, le habría dado menos vergüenza. Había que reconocer que eso era de lo más desconcertante.

–Bueno, pues aquí tenemos nuestro refractor principal –dijo, esperando que Loßka tomara el relevo de la visita guiada.

En lugar de ello, Loßka aún comentó:

–Qué raro, Hieck, si hoy era su día libre.

Había sacado un estuche con placas fotográficas y lo miraba sin decidirse a hacer nada con ellas.

–Seguro que ser astrónomo también requiere algún talento especial –dijo Ilse–, no bastará con que a uno le parezca interesante.

Loßka se sintió halagado y se prestó a explicarle algunas cosas. Le mostró el buscador, el mecanismo automático de seguimiento, y luego le entró el mismo ataque de pudor masculino que a Richard.

–Unas instalaciones modernas de verdad, claro, tendrían que tener también un puesto de observación automatizado.

–¿Y de eso no tienen?

–¡Qué va! –indicó Loßka con un disgustado gesto de desprecio.

Richard lo secundó:

–También la cúpula la tenemos que abrir manualmente.

Los dos caballeros se entusiasmaron. Loßka tocó el timbre para que acudiera el bedel.

La cúpula, con sus tonos marrones, resultaba un tanto inquietante: el armazón de hierro arrojaba sombras sobre su superficie curvada. En la parte inferior de la semiesfera brillaba un raíl circular sobre el que se desplazaba gracias a un mecanismo con ruedas.

Nervioso, Loßka se puso a tamborilear con los dedos.

–¡Dónde se habrá metido este bedel! –dijo en tono autoritario.

Richard se ofreció muy solícito:

–Lo haré yo mismo, voy.

Pero entretanto había entrado corriendo el gordo de Sauter, y con una mirada un tanto despectiva a la invitada, antes de que nadie se lo mandase, empezó a darle vueltas a un manubrio que había en la pared. Dos planchas de la cúpula empezaron a deslizarse con un leve chirrido, despacio. Se abrió una franja de cielo nocturno.

El refractor estaba orientado justo hacia la abertura.

Ilse levantó la vista. La franja de noche la hizo estremecer. No supo por qué.

–Todo en orden, doctor –dijo Sauter al marcharse.

–Sí, sí, señor Sauter –murmuró Loßka, pero el bedel ya había salido.

Loßka estaba entregado. Todo su nerviosismo parecía haberse disipado, estaba en su elemento. Sin necesidad de mirar, sus dedos hacían girar las ruedecillas –él mismo era un nervioso mecanismo de precisión–, y cuando tuvo todo en su sitio, invitó a Ilse a que ocupara su lugar y se sentara en el sillón de cuero del puesto de observación.

Ilse lo hizo, palpitándole el corazón más deprisa.

–¿Ve algo? –preguntó Loßka.

Ilse veía un algo lechoso de contornos desdibujados que parecía desplazarse ligeramente.

–Sí –dijo entusiasmada.

Luego abandonaron la sala del refractor, cumpliendo con el programa previsto, por la salida de abajo y volvieron a pasar por el buscador de cometas, acompañados por Loßka, quien por motivos inexplicables decidió unirse a ellos.

—La colocación no es del todo la idónea —explicó—, pero lo que sí es excelente en nuestros instrumentos es la firmeza. —Y en contra de su costumbre, se explayó largo y tendido sobre las fijaciones a prueba de temblores de los instrumentos astronómicos.

Y como ya estaba tan felizmente lanzado, aún se disponía a añadir unas cuantas cosas sobre la influencia negativa de las oscilaciones de temperatura en la precisión de las observaciones, así como sobre el mantenimiento de la temperatura constante, cuando Richard Hieck le cortó en seco. A Hieck le pareció, de repente, que Loßka ya había hablado demasiado, tanto en general como, en particular, sobre las instalaciones del observatorio, y que a esas alturas era ya más que apropiado y justificado regresar al terreno teórico, con lo cual empezó él, sin que nadie se lo pidiera y levantando la voz, a perorar sobre los métodos de cálculo de las distancias entre los astros, y más que dispuesto a completar la explicación con unas prácticas de observación inmediatas.

—Me va usted a disculpar, doctor —dijo Loßka, a quien, a su vez, le había entrado ahora la impaciencia y que, en efecto, tenía que volver al trabajo—, pero se me está haciendo tarde.

—Claro, no faltaría más, no quisiéramos retenerlo —dijo Richard aturdido—. La señorita Nydhalm también tendrá que irse a casa pronto.

El rostro de Loßka volvía a estar al borde del ataque de nervios. Los ojillos azules y enmarcados de arrugas miraban el mundo con un encono que no tenía fondo; no tenía fondo el encono, no tenía fondo la mirada y no tenía fondo el mundo.

Por los pasillos a medio iluminar, similares a los de los sanatorios, llegaron de nuevo al despacho que igual podía pertenecer a un funcionario de Hacienda, donde Richard había dejado el sombrero e Ilse la chaqueta, y mientras él echaba un rápido vistazo más a los papeles que tenía preparados encima de la mesa, Ilse se quedó

apoyada en el marco de la puerta entreabierto, meciéndose suavemente y sin hacer ruido.

Una extraordinaria sencillez había impregnado el mundo a los ojos de Ilse Nydholm –así se lo parecía a ella–. Era como si toda la opacidad de los acontecimientos se hubiera disipado de golpe y se acabara de instaurar un orden perfecto como no lo había vivido nunca en sus veintiún años de existencia: fue como si todo hubiera sido una preparación para ese instante. ¿Y qué es lo que había sucedido? Las disquisiciones de Richard Hieck la habían ayudado a ver en claro, por primera vez, la cosmogonía de la teoría de la relatividad, y ahora le venía a la memoria también la feliz iluminación que había supuesto para ella, de niña, comprender de repente lo que eran las letras, lo que significaba leer. ¡Un orden perfecto del mundo en una nueva cosmogonía! Sin embargo, por convincente que pareciera que el sentimiento de un orden superior y liberador brotara de ese conocimiento, así como de la consciencia de ese conocimiento, junto a eso había visto clara otra cosa, más tierna y, no obstante, más poderosa, igualmente enraizada en el universo impenetrable de las experiencias de la infancia; había brotado la clara consciencia –sobre la que se curvaba la bóveda de los árboles de un jardín olvidado hacía mucho tiempo– de algo que ella ya sabía, porque lo recordaba, algo que no precisaba del macrocosmos astronómico para llegar al microcosmos del alma, sino que más bien había tomado el camino contrario y que así concentraba lo esencial del acontecimiento del mundo en un solo punto, curiosamente pequeño, del presente: estar allí, con un vestido de verano nuevo, de colores claros, ligeramente apoyada en el marco de una puerta, una persona joven, una persona que respiraba, integrada en ese orden del acontecimiento del mundo, en la respiración de las estrellas, en el latido del corazón del futuro. Oh, criatura humana.

Salieron al aire libre. Richard había retomado la perorata magistral y ahora llegaba a la hipótesis de Einstein sobre la curvatura del espacio-tiempo, cuya expansión y contracción determinaría el movimiento de los grandes sistemas estelares.

Ilse le prestaba atención y no se la prestaba, lo comprendía todo y comprendía muchas más cosas aún. El estado en que se

encontraba era el de una especie de consciencia múltiple: aunque Richard peroraba sobre las posibilidades y dificultades geométricas de esta hipótesis tan radical, Ilse escuchaba con una capacidad de comprensión muy amplia y sabía, con todo, que allí se estaba recurriendo al cosmos para tratar otra cosa que tenía que ver bastante poco con una formulación matemática: otra cosa que, con una fuerza supracósmica y todopoderosa, estaba detrás de toda posibilidad de expresión precisa y cuya existencia real le quedaba todavía más clara que el espacio astronómico en toda su exactitud. No era nada astrológico ni nada místico, y por muy cerca que estuviera de la escalofriante hipótesis de que el contraerse y expandirse de la bóveda celeste es comparable a la respiración humana, iba más allá de la comparación externa si Ilse ahora, cada vez que respiraba, sentía la indisoluble relación entre lo que se pensaba y lo que se vivía, entre lo pensable y lo vivible, como un nuevo y gran despertar de todo su ser, pues el acto de conocimiento que esto traía consigo vibraba como un eco múltiple en la bóveda del ser, y las palabras que lo recogían, la voz portadora de aquellas palabras reverberaba en las esferas y, al mismo tiempo, en su propio interior.

En el entrecejo de Ilse Nydhalm apareció una vez más la delicada arruga de concentración. Dijo:

—Hay que reconocer que es estremecedor que todo esto realmente lo inventara y lo elucubrara una persona.

Claro que, por encima de lo estremecedor de la idea flotaba aquí, todavía más estremecedor, el segundo significado del mundo, ya apenas comprensible, no expresable ni con fórmulas matemáticas ni con ningún tipo de palabra, pero, a pesar de todo, elevándose por encima de cuanto pudiera tener de estremecedor: una notable frescura y libertad de movimiento de la mente, una excitante transposición a una realidad de segundo orden que ya no se correspondía con nada y, sin embargo, comportaba la evidencia de la verdad absoluta. Era como un bello acto de contemplación.

A veces se oía algún crujido entre el ramaje de la oscuridad que dormía silenciosa en el bosque.

Ilse Nydhalm dijo:

—Y hay un silencio tan estremecedor en todo..., claro que justo eso también es lo bonito.

Richard Hieck disertaba ahora sobre la relación entre los elementos mínimos del espacio no euclidiano y éste considerado en su totalidad. No soportaba las interrupciones. Ni siquiera cuando sus explicaciones querían decir otra cosa. O precisamente por eso. Siguió hablando.

Un poco conmovida, Ilse sonreía ante su entusiasmo, casi agradeciendo que no hubiera modo de pararlo, de que insistiera en aquel código de comunicación y de que quedara abierta la cuestión de si la multiplicidad de sentidos del universo residía en los objetos mismos o en la manera en que la exponía él o en la manera en que lo escuchaban. Su voz sonaba un poco ronca, queda, no tan vehemente como en clase, era una voz conocedora de lo humano, envuelta en oscuridad y que trepaba como una enredadera por el ramaje de la oscuridad.

Los árboles de la infancia se abovedaban sobre aquella noche, y una y otra vez resonaba el eco de la voz olvidada, de la voz de un espacio donde guarecerse.

Y como si la noche desplegada, como si la bella contemplación de la multiplicidad ahora también se le revelaran a él, a Richard se le cortó el habla y, parándose con gesto de asombro, se puso el sombrero de paja de ala rígida que, hasta entonces, había llevado en la mano. Ahí estaba pasando algo que no debía, casi se avergonzaba de su comportamiento, se avergonzaba de sus peroratas académicas... Su impaciente rostro de asceta se contrajo con una mueca de dolor: el de la vergüenza de saberse con carencias que se había adueñado de él. Por un instante, oyó la voz transparente de su madre. Lo esencial no se puede expresar. La última verdad y el pecado más profundo, límites de la palabra. Recorrió con la mirada la llanura de noche, evitando los ojos de Ilse.

El amor.

De pronto, le vino a la mente esa palabra: le sobrevino de un modo aterrador. Pero no era capaz de vincularla a la idea de nada. Vagamente se acordó de apareamientos humanos, se acordó —más confusamente todavía— de que también él había tomado parte en

ellos, y al mismo tiempo se acordó de Susanne, que había renunciado a cualquier amor –eso al menos sí era fácil de imaginar–..., y el cielo nocturno brillaba como un bañador mojado. No había conexión alguna con lo que estaba sucediendo allí de verdad, y eso que los planos del conocimiento estaban muy próximos entre sí y siempre parecía que se iba a llegar de lo uno a lo otro. La palabra permaneció aislada, sin conexión. Un resplandor claro en la oscuridad, el vestido de Ilse.

El amor.

De pronto estaba ahí esa palabra, e Ilse Nydhalm se asustó tanto que la palabra volvió a desvanecerse.

Sonido solitario, determinado en sí mismo.

Consternado, Richard Hieck recuperó la compostura. Y de nuevo empezó a hablar de sus propios temas y de la meta que perseguía: comprender el mundo entero a la luz de las matemáticas. Ahora hablaba de sí mismo, sólo de sí mismo, pero eso no dejaba de ser una huida: una huida del propio ser ciego hacia otro superior, pero eso seguía siendo una huida para volver a ese ser y al núcleo de su voluntad más clara; era, a una misma vez, rechazo del tú y entrega del yo. Y al pasar por el merendero del bosque, ahora en silencio y con la luz solitaria de la ventana de la buhardilla por toda iluminación, dijo una cosa que jamás había formulado hasta entonces, es más, de la que ni siquiera había intuido nada:

–Quien logra alcanzar tal grado de conocimiento como para abarcar la totalidad de lo que acontece, es inmortal..., quiero decir, inmortal interiormente.

Al instante sintió vergüenza:

–¿Le apetece que nos sentemos un poco? –preguntó, señalando la flotilla de mesas y bancos, amenazadoramente oscura.

El claro estaba impregnado de un aire caliente e inmóvil, enmarcado por el bosque de abetos inmóvil. Sin embargo, desde el norte, un muro de nubes se deslizó bajo la cúpula de estrellas.

–¡Una estrella fugaz!

Richard no la había visto, estaba mirando las nubes.

–No nos podemos quedar aquí, va a haber tormenta.

Atravesaron una niebla inmóvil con olor a resina, e Ilse dijo:

–Yo he pedido un deseo... –y como él seguía callado, a la espera, añadió torpemente–: ... que alcance usted esa inmortalidad.

Sonó un poco a deseo de día de fiesta, como los que antaño pronunciaba por el cumpleaños de su padre, éste quizá un poco más íntimo, y ahí casi le entró miedo de que entonces también a Richard Hieck fuese a darle un abrazo de padre. Pero él se limitó a recibir el deseo sin dar las gracias; demasiado se parecía al suyo propio, sólo que veía casi un sacrilegio verbalizarlo. Indescriptible sigue siendo el paisaje de cristal de la muerte y de la inmortalidad, jamás habrá palabra que lo alcance. Sin decir nada, siguieron caminando.

Para cuando salieron del bosque, ya se veían mudos relámpagos a lo lejos. Eso sí, según llegaban al tranvía, empezó a rugir la tormenta en las copas de los árboles de la avenida, y chispearon los primeros rayos, seguidos de truenos en intervalos cada vez más cortos.

Ilse rio:

–¡Justo a tiempo!

Durante el ruidoso trayecto no se oían los truenos, pero la llanura se iluminaba de golpe una y otra vez, una gran vasija preparada para recibir la lluvia y el amenazador latigazo de luz del rayo.

Lo que se espera que venga y la expectativa cumplida.

–¡Qué bien sienta un chaparrón así después de este calor horrible! –dijo el revisor, que se había plantado delante de ellos y balanceaba el peso de una pierna a otra con el vaivén del coche. Era un detalle simpático que se pusiera a hablar con ellos.

Luego subió más gente, con el sombrero chorreando y manchas de agua en los hombros. Y todo el que subía hablaba del tiempo y de la lluvia que ya estaba amainando. En efecto, en la ciudad ya apenas llovía. Junto a las aceras, el agua corría en pequeños riachuelos para desaparecer por las rejillas del alcantarillado. Richard acompañó hasta casa a Ilse, que se había puesto su chaqueta blanca.

Era domingo, y el aire de la mañana era como de oro líquido claro, y tenía un sabor agradable y ligero. Pero Otto, que seguía en la cama, no percibía el sabor del aire. Estaba resacoso, tenía calor y había sacado los pies desnudos por fuera del colchón.

Entró Susanne.

–¿Cuándo vas a venir a desayunar de una vez?

–Déjame dormir –suspiró Otto.

Susanne, de pie frente a la cama, contempló el cuerpo suavemente bronceado y se sintió un poco conmovida. Otto estiró hacia ella la planta de un pie.

–No me extraña que tengas sueño, ¿crees que no sé a qué horas vuelves a casa?

–Si te lo ha contado Richard, pues sí, lo sabrás.

Tres noches seguidas había vuelto más tarde que su hermano. Y las tres veces habían tenido bronca.

–¿No me puedes traer aquí el café? –rogó.

–No, no vamos a adoptar esa costumbre –decidió Susanne–. Quien quiera desayunar, tiene que levantarse.

Otto se estiró:

–Ojalá estuvieras ya en tu puto convento.

Se presentó en el cuarto de estar a medio vestir, sin lavar y sin peinar. En tono lloroso, comentó:

–Ay, qué bueno hace...

–¿Y justo por eso no te levantas? –Richard, sin chaqueta ni chaleco, con su camisa blanca de los domingos, en zapatillas, estaba sentado a la mesa como un padre de familia, leyendo la revista diocesana a la que Susanne estaba abonada.

Otto respondió en tono venenoso:

–Justo por eso no me levanto.

–Pues no lo entiendo –dijo Susanne.

–Porque con este tiempo, todos los jóvenes salen de excursión con sus motocicletas.

–¿Y será que tú no tienes? –preguntó Richard–. ¡Ya me extraña!

–¡Gordo! –gritó Otto–. ¡Para ti es fácil hablar! –Se había puesto de pie de un salto, con su *bretzel* en la mano–. Un gordo como tú,

que se pasa el día con sus chicas, ahí en la universidad... ¡Qué fácil es hablar, señor! ¡Tú lo tienes fácil!

Richard no tenía ganas de enfadarse, pero le causaba un particular apuro que, en presencia de Susanne, se mencionase siquiera la posibilidad de cualquier relación con una mujer, se sentía como si lo estuvieran acusando, y no sin justificación, de haber sido infiel, y a eso se debió que dijera:

–Cállate la boca de una vez, Otto, que ya me aburres.

–Eso, Otto, pórtate bien –lo secundó Susanne.

Otto no estaba dispuesto a frenar, había tomado impulso y aún no había jugado sus mejores cartas:

–Vosotros..., vosotros hacéis lo que os gusta..., pero yo..., ¿acaso he podido ser pintor, eh?

La señora Hieck llegó de la cocina.

–Pero ¿qué pasa aquí?

Al ver a su madre, Otto se enrabietó del todo.

–¡Todo sale mal! Ojalá... yo... Ojalá estuviera muerto.

Solitario, así suena el sonido de la muerte, incluso cuando brota de un alma pueril e histérica. Y Richard atacó:

–Ya está bien, con tus pretensiones de niño mimado, idiota, cretino.

–¿Me queréis decir de una vez lo que os pasa? –La voz de cascabel de la señora Hieck tampoco sonaba precisamente floja. Rubia y joven, en medio de aquellas criaturas oscuras que eran sus hijos, se había plantado con los brazos en jarras—. Otto, hijo, ¿por qué gritas como un poseso?

–Hay que cerrar las ventanas, o se nos va a llenar toda la calle de curiosos –dijo Susanne.

En la ventana trepaba una rama de hiedra; a pleno sol, sus hojas brillaban.

–A mí tú no me pides explicaciones, tú no –bufó a su madre Otto.

Inmediato como el milagro, así está presente en el mundo el mal, está la locura; cual meteorito cae sobre la vida y lleva dentro la muerte, escapando a todo pensamiento.

–¿Tú le has hecho algo, Richard? –preguntó Katharine Hieck. Tenía la sensación de que ahora también el último de sus hijos, y el

que todavía era más parecido a ella en el carácter, estaba a punto de marchársele también hacia el territorio de la oscuridad de la que procedía. Y, a pesar de todo, tampoco podía tomarlo demasiado en serio: ningún hijo se perdía del todo, ni aunque la vida lo arrastrara hasta la otra punta del mundo.

Richard rio:

–No, yo a este joven no le he hecho nada.

–Otto, pórtate como un buen chico –la señora Hieck había adoptado el tono con que se trata a los niños pequeños e intentó atraer la cara de Otto hacia sí.

–Nuestro buen chico necesita una motocicleta –gruñó Richard.

–¡Lo que hay que oír! –La señora Hieck no daba crédito–. Pero si tenéis vuestras bicicletas... ¿No ibais a hacer una excursión con ellas hoy? Ay, Otto, hijo, tienes que ser bueno, si Karl se enterara, te daría vergüenza...

Eso sí que fue la gota que colmó el vaso. Indignado, enloquecido y con cara de odio, Otto fulminó a su madre con la mirada y salió corriendo del cuarto.

Los mayores se quedaron con la desasosegante sensación de ser responsables de un destino que –parte de su destino común– se había alimentado de las mismas fuentes que el suyo, pero que, escindido de ellas, recorría caminos propios y avanzaba hacia su propia muerte. Y precisamente porque era la misma oscuridad suya, se sentían ofendidos y enfadados.

–¡Qué mentecato! –dijo Richard, retomando la revista diocesana.

–¿Habrá desayunado por lo menos? –preguntó Katharine Hieck.

–Ahí puedes quedarte tranquila.

Katharine Hieck rio contenta.

–¿Qué chicas son esas de la universidad? –dejó caer Susanne .

Faltó poco para que Richard saliera corriendo igual de furibundo que su hermano menor. Así que se limitó a decir:

–Veré qué ha ido a hacer nuestro pequeño mentecato.

Vestida de color claro y con un delantal blanco, Katharine Hieck seguía de pie junto a su oscura hija.

–¿Podrías darle algunas clases particulares de matemáticas a Karl Wohlfahrt? Ya sabes..., el amigo de Otto.

–Sí, por qué no. –Y, con sus zapatillas blandas de fieltro, andando casi sin mover los pies, Richard se alejó, un hombro ligeramente levantado.

Otto estaba delante del lavamanos, había metido la cabeza en la palangana y resoplaba para echar el agua.

–Pues eso –concluyó Richard, y puso un pie encima de una silla para empezar a atarse los cordones de los zapatos.

Eso fue por la mañana. La misma tarde se presentó Karl Wohlfahrt y Otto lo recibió con toda cordialidad .

CUARTA PARTE

1

Krispin anunció con ilusión:

–La Magnus dice que se marcha mañana.

No tenía nada de raro, había terminado el trabajo que tenía que hacer. Hieck subió al laboratorio.

Erna Magnus estaba sentada frente a sus anotaciones.

–Bueno, esto es lo que he podido sacar en conclusión; para una tesis doctoral debería ser suficiente. ¿Qué opina usted?

Richard se quedó desconcertado, pues Erna ya no llevaba la bata de laboratorio habitual, sino un vestido rojo y, según le pareció, olía muy bien. Y en cierto modo le resultaba inconcebible que una mujer como aquélla pudiera tener algo que ver con los electrones y su carga.

–¿Y bien, doctor Hieck? ¿Ha pensado en esa visita que íbamos a hacer al observatorio?

–Señorita Magnus... –empezó Richard.

–Ya, lo sé, ese día ya no me pudo usted localizar, pero ahora estoy aquí –dijo mirándolo con gesto divertido.

Richard Hieck volvió los ojos hacia arriba, como en diagonal. ¿Por qué le venía a la mente ahora Hilde Wasmuth?

–¿Se irá de viaje a las montañas? –trató de distraer a Erna.

Las montañas a las que pudiera viajar Erna Magnus sin duda serían indudablemente más altas, entretenidas y mundanas que las que acogían a Kapperbrunn ese verano. Y entre la vida que bullía allá fuera en los arroyos de las montañas y la vida abstracta dentro del instituto de investigación se estableció, a través de Erna Magnus, una conexión muy extraña y que llegaba incluso al cuarto de Susanne.

–¿Qué, se siente aliviado de librarse de mí?

Sí, Richard se sentía aliviado por aquella partida. Y, no obstante, Erna Magnus se llevaba consigo algo que no era nada fácil de expresar. Así pues, tampoco era mentira cuando Richard respondió:

–Oh, no.

Con buena intención, ella añadió:

–Bastante guerra le he dado ya. –Pero aún quiso sentarse y proseguir–: Con Ilse Nydhalm lo tiene más fácil, ¿no?

Evidentemente, ese tipo de comentarios por así llamarlos directos le fastidiaban, pero también le halagaban; es más, desde cierto punto de vista –del que en realidad no quería saber nada–, casi los consideraba relevantes, pues conferían a Ilse Nydhalm una feminidad que él no hubiera aprendido a captar de no ser por Erna Magnus. A veces parecía que, de verdad, la presencia de Erna Magnus había aportado al instituto de investigación un nuevo aire, un toque claramente femenino que transformaba al grupo de universitarias en una suerte de hermandad y las liberaba de la rigidez de los seres asexuados. Una suerte de igualdad de derechos entre hermanas de la que también se beneficiaba Ilse Nydhalm.

A pesar de todo, Richard tenía que quitar fuerza a sus comentarios:

–El trabajo de la señorita Nydhalm es completamente diferente del suyo.

–A eso me refería.

Erna Magnus rio, en voz baja y cálida; cómo no iba ella a proteger a una pareja de enamorados, era una mujer con todo lo que ello implica.

De repente, su risa quedó resonando aislada en el espacio, y Richard no pudo evitar pensar en algún catalizador químico o físico que, ante determinadas reacciones, se mantiene inactivo, pero cuya presencia es imprescindible para que las reacciones puedan tener lugar.

De modo que no cambió de tema:

–La señorita Nydhalm necesitará todas las vacaciones para su tarea de revisión de los materiales de Weitprecht.

–Ya, ya, no se acalore.

Permitir y prohibir eran, en el fondo, cosas que correspondían a la potestad de Susanne, y ésta se haría más grande cuando Erna Magnus se hubiera marchado. Esto no le hacía ninguna gracia a Richard, que zanjó la conversación de manera radical:

–Entonces, no me queda más que desearle un buen viaje.

Ella le respondió con un guiño:

–Y yo le deseo un espléndido trabajo.

A una persona que ha visto a la otra desnuda se le permite un poco de ironía, así que Richard se tomó a bien el comentario irónico. Y de nuevo le vino a la mente Susanne cuando Erna añadió:

–Entonces, hasta la vuelta, en otoño.

¿Llegará Susanne a ocupar su lugar? ¿Seguirá ahí, en otoño, lo inasible, lo estremecedor, eso que es sinónimo de la vida? Media hora más tarde, Erna Magnus se habría marchado del instituto, y Richard no sabía explicarse el porqué del desasosiego que lo invadía. El símil del catalizador no significaba nada, no era ninguna teoría; su necesidad de elaborar teorías no estaba satisfecha. Apesadumbrado, tomó la carpeta de resultados de la investigación que Erna le tenía preparada.

–Sí, hasta la vuelta, en otoño.

Con la carpeta bajo el brazo, un hombro un poco levantado y andares algo patosos, cruzó hacia la zona donde estaba el despacho de Weitprecht.

–Hasta la vista, doctor Hieck –resonó detrás de él.

Ahora podrá empezar Krispin la limpieza general del laboratorio.

El cielo se asoma pálido por las ventanas del pasillo; es un ventoso día de agosto, ya preñado del fresco del otoño; sin darnos cuenta, el azul del cielo se convierte en un manto de nubes de color claro.

Richard Hieck casi se sorprendió al ver a Ilse Nydhalm. Estaba sentada en el escritorio de Weitprecht, con las manos juntas, la mirada perdida. Delante de ella, la habitual pila de papeles.

Luminoso, desnudo, sobrio: así entraba el día a través de las ventanas, cargado de viento, a veces interrumpido por el oro del sol. Abandonado: así se sentía Richard, y desnudo debajo de la ropa.

Pero ella le sonríe en cuanto lo ve entrar y luego se pone las gafas y se inclina sobre el trabajo. Que sólo finge estar trabajando, porque en realidad está entretenida en cosas tontas, eso no lo capta él. En cambio, capta cómo esos ojos irremediablemente miopes recorren el papel como si lo tantearan, y no puede evitar pensar en la ceguera. Le conmueve. Y para él es una tranquilidad que ella tenga puesta la aséptica bata de laboratorio blanca. Sin corbata, por cierto; lo que lleva al cuello desnudo es un collar de cuentas gruesas de color ámbar.

—La señorita Magnus ha terminado su trabajo —dice él, mostrando la carpeta que después deja encima de la mesa—. Weitprecht estará contento.

—Sí —dice ella y se fija en la tapa de la carpeta. «Series de experimentos D-G», puede leerse, y debajo, entre paréntesis: Erna Magnus.

Desde alguna parte entró una corriente de vida desconocida. Corriente de una evidencia todavía desconocía que fluía por alguna parte, una evidencia que podía ser portadora de todo verdadero sentido, incluso del matemático. Pues la meta del conocimiento está más allá del conocimiento.

En cualquier caso, está más allá de ese instituto de investigación.

—¿Quiere que abra la ventana? —pregunta él, y ya lo está haciendo; el resultado es una ráfaga de viento que arremolina todos los papeles de la mesa, y unos cuantos pliegos echan a volar y caen planeado al suelo—. Oyoy... —murmura Richard y se pone a recoger los papeles, pero no ha terminado cuando el viento levanta de la mesa un segundo remolino. Ahora tiene que ayudar Ilse también. Y, en cuanto se agacha, el collar de ámbar se escapa de entre las solapas de la bata y queda enmarcándole la barbilla, balanceándose.

Es una batalla perdida con el viento. Richard por fin se da cuenta y dice:

—Hay que cerrar la ventana.

Los dos se quedan de pie junto a la ventana. Por debajo pasa un coche. La papelería de enfrente, Sidonie Metzinger, ha llenado la puerta de tarjetas postales. En el escaparate de la pequeña sastrería que hay al lado lucen los tres sombreros que todos conocen. De un

portal sale una joven, lucha con el viento y se sujeta las faldas para que no se las levante. Papeles y polvo vuelan por las aceras barridos por el viento, luego forman como pequeñas franjas onduladas.

¿Seguirá Erna Magnus en el edificio?

Oscura rumorea la vida en alguna parte, infinita, inalcanzable, inasible.

Una nube oscura es el pasado, nos despega del mar de las tinieblas, la marea nos levanta y nos arroja a la soledad ciega. Aquí está la frontera del anhelo, y lo luminoso se vuelve sobre la ola del antaño. Con voz temblorosa, Ilse dice:

—Sí, ya podemos seguir trabajando. —Y al instante rompe en sollozos. Posándole los labios sobre el cabello, Richard la sostiene en un torpe abrazo.

Entre las tarjetas postales de la puerta de la papelería hay una esquila. En la esquina, un perro levanta la pata. Acaba de pasar un coche con la ventanilla del techo abierta y el techo estaba lacado en negro. Por una ventana de la fachada de enfrente se asoma una señora; tiene una cara basta, amarilla, un vestido negro, y apoya sus brazos carnosos en el alféizar para mirar la calle. El humo de la chimenea va a dar sobre las tejas del tejado, el viento lo deshace y se lo lleva.

Y ahora advierte Ilse a la señora de enfrente y se apresura a apartarse de la ventana. Y como si nada le corriera más prisa que continuar con su trabajo, agarra el lápiz rojo al revés, y de nuevo empieza a hojear papeles sin orden ni concierto. Su cuerpo delgado se estremece, una lágrima cae sobre el papel, y Richard, de pie junto a ella, presa de la más profunda consternación, se acuerda de que también Otto tuvo un ataque de llanto así. Saca su pañuelo para secar la gota del papel de Weitprecht .

Entonces, ella levanta la vista y lo mira directamente a la cara, a esa cara de asceta que el dolor contrae en una mueca sombría, y ahí, por primera vez, en la sonrisa apenas perceptible de ella, sus rostros se encuentran en un beso torpe que ha escapado a su voluntad, que ha escapado a su ser, arrastrado por la ola de oscuridad que los ha envuelto.

Sonido de la soledad, solitario sonido de la muerte.

No fue deseo. Fue más que deseo. Fue quedar expuesto del todo y fue miedo. No fue embeleso. Fue más que embeleso. Fue como ser arrancado del mar, fue el momento sobre la cresta de la ola, a merced del viento solar que pasa barriendo la oscuridad. No fue desesperación. Fue más que desesperación. Fue verse desprendido del entramado de lo existente, del entramado materno y fraterno del sueño ciego; fue el horror de la libertad, el fantasma del mediodía; eso fue lo que los rozó. Oh, miedo de la claridad, miedo del mediodía.

En alguna parte del edificio se dio un portazo.

Se miraron. Y luego trataron de poner orden. Y se sonrieron. Colocaron muchas cosas al revés. Se tomaron de las manos. Metieron las anotaciones de Erna Magnus en el armario. No dijeron nada. Y se sentían como los condenados ante la justicia. Y, sin embargo, sonreían. Y metieron los lápices en el bote de cristal. Y él se inclinó sobre el cabello de ella y lo besó.

Y, sin haber acordado nada, él salió del edificio antes que ella, no fuera a sospechar nada Krispin, el bedel.

Richard Hieck se fue a casa, pero no se fue a casa. Se acercó a la papelería y se quedó mirando la esquila y las postales, y también lanzó una mirada a los tres sombreros de la tienda de modas. Atravesó el centro de la ciudad y admiró los diamantes sobre terciopelo negro de los escaparates de las joyerías. Se detuvo junto a la barandilla del puente y buscó algo en el espejo ciego del agua verde botella que fluía lentamente. Algo había en su interior que fluía, oscuro, algo lo transportaba; y no quería ver a Susanne.

Ilse Nydhalm se fue a casa, pero no se fue a casa. Se sentía muy despierta, aunque es probable que no lo estuviera en absoluto. Iba fijándose en todos los rostros, por si encontraba alguno con rasgos de asceta. Ciertamente se cruzó con más de un caballero de complexión robusta y paso apretado, pero no los percibió. Iba angustiada, pero aquella angustia encerraba también algo luminoso, algo casi solemne. Y, de golpe, una palabra apareció en su corazón, magnífica, batiendo las alas, aunque también con unas garras terribles: amor.

El viento de las calles había amainado; de nuevo hacía un bochorno tremendo, como cabe esperar a principios de agosto.

2

En la época en que el viejo maestro Haubigl había entrado en el taller de artes gráficas, aún se hacía grabado en cobre y trabajos similares. Así de viejo es el viejo Haubigl. Es maestro grabador y ha enseñado a Otto.

Inclinado sobre la plancha de cobre, con el modelo bajo el espejo inclinado y el buril en la mano, Otto estaba sentado a la larga mesa de roble, junto al gran ventanal abatible del taller. Haubigl lo observaba desde detrás, por encima del hombro del muchacho; un encargo raro, el que acababan de hacerles para un restaurante de moda: la carta, ilustrada al estilo antiguo, con una guirnalda de platos, flores, botellas de champán, todo ello coronado por un opulento centro de mesa rebosante de frutas. De no haber sido por el viejo Haubigl, el taller no habría podido aceptar el encargo. Que dieran a Otto la oportunidad de participar en el trabajo era un honor muy especial.

—Aún llegarás a ser mejor pintor que esos estudiantillos de la Academia.

Otto, sin levantar la vista, meneó la cabeza.

—Yo ya no llegaré a ninguna parte —dijo en tono teatral.

Haubigl, con sus manos amarillas y sarmentosas, todas negras las uñas, que llamaban la atención por lo aristocrático de su forma, giró al muchacho hacia él, con taburete y todo:

—Atiende, hijo: estas tontunas no le gustan a Papá Haubigl pero nada de nada, y hace tiempo que también me has dejado de gustar tú.

La cara a la que Otto tuvo que mirar era una cara mal afeitada, de ojos y labios marchitos, pero de mirada muy viva detrás de la montura de acero de las gafas.

—A ver, hijo, ¿qué te pasa?

Otto respondió lo que cualquier muchacho da por respuesta en estos casos:

–Nada.

–¿Demasiada vida golfa?

–Para eso no tengo dinero. –Y se bajó del taburete alto con cara pucherosa.

Haubigl, preocupado, le dio una palmada en el hombro:

–Anda, ve a lavarte, que ya hace mucho que pasa de las cuatro.

Mudo, Otto se dirigió hacia la pila que había en la pared, se quitó el blusón de trabajo, se aseó, se puso su chaqueta. Habría querido hablar, pero tenía un nudo en la garganta. Además: ¿qué iba contar? Si no había pasado nada.

–Buenas tardes, señor Haubigl.

–Buenas tardes, Otto.

Otto sacó su bicicleta del soporte que había en el patio y salió pedaleando a toda velocidad. En casa, subió las escaleras como a hurtadillas, pasó por el cuarto de estar como a hurtadillas y luego irrumpió como al asalto en la alcoba de su madre.

–¿Está aquí Karl?

–No –respondió la madre sin alterarse–, pero a lo mejor está en tu cuarto.

Fue una desilusión a la vez que un alivio. Y ambos sentimientos se vieron reforzados cuando Otto tampoco encontró a Karl en su cuarto. Volvió donde su madre:

–Allí no está..., ¿de verdad que no ha venido?

–Que yo sepa, no..., pero ¿qué haces ahí, venga a hurgar en el armario de la ropa blanca?

–Nada, es que creía que estaba abierto...

Media hora más tarde llegó Karl de verdad, y recibió de Otto un saludo con segundas intenciones:

–Me ha dicho mi madre que ya habías venido a buscarme antes.

Otto escruta los ojos de Karl, por si detectara en ellos cierta expresión de gozo, como la que deja el amor satisfecho.

–No –dijo Karl–, hoy no había venido aún.

¿Será que Karl tan sólo intenta ocultarme que tiene el dinero? ¡Pues que se lo quede y vaya con Dios! Otto ya no quiere saber nada

del dinero, no le importa nada, pero sí que quiere saber cómo están las cosas, ya le sacará esa información a Karl.

—¿Sabes lo que te digo? En realidad, ya no necesito dinero. Haubigl cree que llegaré a ser un pintor genial, y entonces ganaré dinero a espuertas.

A pesar de todo, Karl le dice tan poco como la madre. Se muestra impenetrable. Y ella no ha soltado prenda de si le faltaba dinero, ni con varias indirectas, no ha habido manera. Crecía en Otto la sospecha de si se lo había regalado ella misma a Karl y ambos se lo estaban ocultando. ¿Qué habría sucedido entre ellos? Se encontraba frente a un muro y lo carcomía la sensación de tener que romperse la cabeza contra él.

Karl dijo:

—Me va a dar clases de repaso de matemáticas tu hermano. Hoy es el primer día.

—¡Qué raro! —dijo Otto con malicia.

—¿Raro por qué?

—Porque a mí no me han dicho nada.

Eso no era del todo cierto, pues Richard le había preguntado por Karl. Claro, había pasado más de una semana desde entonces. Y era evidente que Richard había estado tan ocupado con otros asuntos que no se había tomado demasiado en serio el asunto de las clases. En general, hacía una semana que Richard andaba bastante distraído en todo lo que hacía, estaba como cambiado —al fin donde la observación que caracterizaba a Otto no se le había escapado eso—, y no era sólo que ya no le regañara por llegar tarde por las noches, sino que quedaba fuera de toda duda que le mostraba una especie de complicidad fraternal, de camaradería pasiva. Algo le remuerde la conciencia, pensó Otto. Pero ¿qué le servía eso a él!

Apareció Richard. Karl fue presentado y sometido a un examen.

Entretanto, Otto fue a sentarse con su madre en la cocina. En el fogón bullía una cazuela muy grande. Olía a los albaricoques que estaba preparando en conserva. La madre, con las mangas arremangadas, pelaba y deshuesaba. En una fuente de cerámica verde tenía las mitades listas para la cazuela.

Otto pescaba un albaricoque detrás de otro. Mientras comía, volvió a sentirse a punto de llorar. ¿Por qué no había vuelta atrás? ¿Por qué tenía que romperse la cabeza contra un muro que nadie le había mandado levantar? Se había adueñado de él algo que no era capaz de nombrar, pero intuía que era lo contrario de cuanto sus ojos veían, es más, podía decirse que veían por primera vez: los brazos de su madre, pelando fruta a un ritmo regular, los albaricoques que caían a la cazuela a un ritmo regular, veía por primera vez aquella cocina, los cacharros en el estante de la pared..., quería nombrarlos todos y cada uno: el batidor, la espumadera, el juego de cucharas de madera de distintos tamaños, y al mismo tiempo que se maravillaba de no haber dibujado nunca todo aquello, lo invadieron una tremenda lástima de sí mismo y un terror tremendo. ¿Qué cruel fuerza aterradora se había adueñado de él y se interponía con profunda hostilidad a todo aquello? Ah, era la vida misma, sin más; la propia vida era esa fuerza absolutamente aterradora a la que está expuesto el ser humano, y no tendría ningún sentido suspirar por ello. Pero eso Otto no lo sabía, y apenas alcanzaba a intuirlo, con lo cual sólo se daba mucha pena y suspiraba:

—¡Ay!

Y, en tono de reproche, preguntó a su madre:

—¿Cómo es que has organizado esas clases para Karl?

Katharine Hieck levantó la vista:

—Si te inflas a albaricoques te va a doler la barriga.

Otto se marchó enfurruñado y, aunque aún pescó un último albaricoque, el enfado le había calado más hondo de lo que creía. Y a la vez que la dulce y jugosa carne de la fruta se le deshacía en la boca, se sintió repudiado. Sí, repudiado, eso era. Ni siquiera un cuarto propio tenía. Donde yo duermo está Richard con Karl. Qué asco.

Karl acababa de terminar de dar la lección y decía:

—Muchas gracias.

—¿Te quedas? —le preguntó Otto.

—No, me tengo que ir a casa.

Eso estaba bien. Aunque quién sabía si no regresaba en secreto durante la noche.

Y como aportando una prueba a este supuesto, durante la cena Katharine Hieck preguntó:

–¿Qué te ha parecido Karl, le darás clase?

–Por supuesto, tiene muchas lagunas –dijo Richard–. Culpa del condenado fútbol, obviamente, aunque mejor se lo voy a encargar a una estudiante del instituto que es amiga mía.

–Pero juega bien –objetó Otto, irritado–, ¿a que juega bien, madre?

–Yo no entiendo nada de eso, pero si tú dices que juega bien, me lo creo.

–Es el mejor medio de todo el campo –insistió Otto.

–¿Y esa estudiante quién es? –quiso saber Susanne.

–Ah, eso qué más da –dijo Richard–. Se llama Ilse Nydhalm .

–No necesita clases particulares de nada –soltó Otto.

–Si quiere aprender, es muy loable por su parte –dijo la madre.

Richard decidió:

–Creo que yo sé juzgar bien si necesita clases de repaso o no.

Otto tenía la sensación de que todos se habían conjurado contra él. Se tratase de lo que se tratase, se aliaban todos en su contra. Era un repudiado. ¿En qué lengua hablaban? Movían los labios y se entendían con algo que salía de sus bocas. Pero Otto ya no conseguía hacerse entender. ¿Es que no se daban cuenta de lo que estaba pasando?

–No comes nada –dijo la madre, en su falsa inocencia.

–No me entra, no tengo hambre.

–Ya sabía yo que te ibas a empachar de albaricoques.

Eso, su madre. ¿Y Susanne? Mucho hablar del amor al prójimo cristiano y ahí estaba, atiborrándose de comida igual que los demás. Otto hizo un amago.

–Susanne...

–Dime.

–Susanne, quiero ir a confesarme.

Susanne le prestó atención:

–¿Sí? ¿Es eso cierto?

Richard la miró como en diagonal:

–Se ha empachado de albaricoques. Ya tendrías que conocerlo.

Susanne se sintió herida:

–Si pretendes burlarte de mí, Otto, nunca más volveré a hablar contigo. Eso son cosas sagradas.

–Estoy harto de vosotros –dijo Otto–, me voy a dormir.

Aún escuchó cómo la madre decía:

–Ahí sí que le duele barriga de verdad.

Cuando Richard, más tarde, entró en el cuarto que compartían, Otto estaba echado en la cama. Estaba vestido, sólo se había desabrochado la camisa. Su rostro se veía muy poco juvenil, y se percibía su respiración debajo de la camisa. Richard casi se preocupó al verlo. Otto se sentó en la cama:

–Richard... –dijo con voz ahogada–, madre...

–¿Sí? ¿Madre, qué?

–Madre ha tomado a Karl como protegido.

Ya lo había soltado, por fin, dicho de la manera más suave posible, pero ya estaba dicho.

–Bueno, ¿y a ti qué más te da?

Otto se levantó de un salto:

–Ya, y yo no te importo una mierda...

–¿Te has vuelto loco, Otto?

–¡Qué solución más cómoda te has buscado! Lo importante es que Karl dé clase... con tu señorita Nydhalm.

Richard se sintió impotente:

–¿No querías irte a dormir?

–¡Me iré a dormir cuando me venga en gana! ¡Ahora me voy al café!

Richard no contestó. Lo que es demasiado es demasiado. Y casi se alegró cuando el pequeño, con cara de golfillo, se hubo marchado. Se puso a trabajar.

Que luego Otto diera media vuelta y se pasara la noche dando vueltas alrededor de la casa era algo que, obviamente, nadie podía haber supuesto.

Hubo ciertas dificultades hasta que se encauzaron las clases particulares de Karl, y Richard, con la agudeza mental propia de todos los hermanos Hieck, lo vio venir: si las rigurosas costumbres de la familia de Ilse Nydhalm no permitían ni que él mismo asomara por allí, menos aún cabía plantear la posibilidad de que recibieran a Karl en calidad de alumno. Y como era impensable que Ilse fuera a casa de Karl, no quedó más remedio que elegir la casa de los Hieck como punto de encuentro. En el fondo, era lo que Richard quería; él no lo terminaba de ver, pero su deseo de que su hermana Susanne conociera a Ilse Nydhalm había ido haciéndose cada vez más fuerte desde la partida de Erna Magnus.

Katharine Hieck contemplaba a Ilse con ojos celosos. De algún modo barruntaba que Ilse podía ser una hipotética nuera y encarnar así a una nueva generación que se consolidaba en contra de la de ella, una nueva generación a la que también pertenecía Karl. Por instinto, se alió con Susanne.

—¿Tú crees que tiene algo con ella? —preguntaba ingenuamente.

Susanne, con la solvencia de la gente mayor, le daba la respuesta esperada:

—Eso lo ve hasta un niño chico; así son todos en esa universidad.

Estaba claro, en el fondo, que no se lo creía ni ella misma.

Sin embargo, lo cierto es que Richard no tenía nada con Ilse. Seguía viéndola en el instituto, la recogía para acompañarla a las clases particulares y luego la acompañaba a casa, aunque, casi con violencia, evitaba cualquier encuentro ulterior, y casi con violencia se aferraba al terreno de la matemática y la física, no toleraba digresiones del tema científico y se dedicaba a soltar sus peroratas. Y le daba rabia cuando creía notar que ella ya no le prestaba la misma atención que antes.

¿Por qué era así? ¿Tendría la culpa el desprecio que mostraba Susanne cuando se hablaba de Ilse Nydhalm? No es que despreciara la falta de moral —como habría cabido esperar—, pues, al contrario, daba a entender de la forma más inequívoca que su hermano no tenía motivos para ocultarle sus pecaminosas relaciones con Ilse.

Pero que Richard, por cuyas metas siempre había mostrado ella respeto y con quien hasta entonces había tratado de igual a igual, se relacionara con «una cosa así» no merecía sino el menosprecio más duro y profundo. «Una cosa así» no era una mujer; en el mejor de los casos, sería una estudiante. Algo que no valía para nada, ni para un trabajo como estaba mandado ni para irse con un hombre a la cama como estaba mandado y menos todavía para servir a Dios. Susanne no se mordía la lengua precisamente, y por más que Richard se decía que no debía hacer caso al juicio de una idiota, también se acordaba de Erna Magnus: con ella no habría podido Susanne poner esa cara de desprecio. Pensaba en el traje de baño negro que llevaba Erna Magnus. Pensaba en Hilde Wasmuth. Se esforzaba por rememorar sus anteriores aventuras amorosas –en el sentido más bajo del término–, que tenía ya muy olvidadas. Y estaba convencido de que Susanne le daría el visto bueno a todo aquello antes que a Ilse Nydhalm. Bastaba con fijarse en la hermana: en la manera en que se sienta, tan relajada, con su vestido negro, rodeada de sus santos, la ascética cabeza sobre un cuerpo demasiado grueso, y cuando luego lanza una mirada hacia arriba, como en diagonal, y se le ve el blanco del ojo, con gesto sarcástico por algo que no dice y que uno tampoco alcanza a adivinar; cualquiera comprendería de inmediato que Ilse Nydhalm no habría de hallar piedad de su parte.

Desde este punto de vista, «una cosa así» servía, si acaso, para darle clases de matemáticas a Karl Wohlfahrt.

Así pues, en cierto modo era una victoria clamorosa para Susanne el que Ilse quedara degradada a la categoría de «ser que venía a dar clase», pero de eso se enteraba Ilse tan poco como Richard, es más, ella lo veía justo al contrario, pues aquellas clases le gustaban mucho: quería demostrar su valía ante Richard, para ella era un aliciente despertar los talentos matemáticos que pudiera tener su alumno; al final, Karl había acabado siendo el verdadero afectado por un extraño mecanismo entre Ilse y Susanne que Richard Hieck mantenía en marcha.

A pesar de que a Richard este mecanismo le pasaba desapercibido, sí que sentía que quedaba un poco en deuda con Ilse

Nydhalm, un poco en deuda con el amor, y sentía que eso no lo compensaban los debates matemáticos, por más que Ilse se adaptase a él y aspirase, junto con él, a instaurar un mundo matemático en el cual él sería el rey. Porque no sería un mundo que pudiera medirse con el de Susanne, eso no era mundo ni era nada, en el mejor caso sería una pequeña comunidad de entendimiento aislada y, por consiguiente: pecaminosa. Y, en el esfuerzo por construir ese mundo para –o con– Ilse Nydhalm a pesar de todo, el amor –o lo que hubiera en su lugar– le parecía una curva que se abría hacia la infinitud y que tiende eternamente a infinito, pero no lo alcanza nunca. Y todos sus esfuerzos por cumplir una misión con tan pocos visos de éxito eran, al mismo tiempo, intentos de pagar esa deuda desconocida para con el amor o para con Ilse –ambas cosas significaban aquí lo mismo–, intentos de conseguir el perdón de Ilse por algo que habría de seguir resultándole tan impronunciable como la sencilla palabra: amor.

Los días se acortaban. Aún hacía calor. En el cielo azul pálido de la tarde se veían nubes negras de contornos plateados. Inmóviles.

En el cuarto de estar, donde Ilse y Karl daban clase, ahora casi en penumbra, entró Katharine Hieck.

–Por hoy ya podéis terminar, está anocheciendo.

–Ahora mismo –dijo Karl encantado, y cerró el cuaderno.

Katharine Hieck se inclinó sobre la mesa, donde tenían esparcidos varios cuadernos y libros de texto, y acarició el pelo rubio y crespo de Karl. Él se puso rojo y luego blanco, aunque no se vio, porque ya estaba todo demasiado oscuro.

–¿Sí? ¿Ya vamos a terminar? Ahora que nos estaba cundiendo... – A Ilse Nydhalm nunca le hacía gracia interrumpir las clases, en primer lugar, porque el talento matemático de Karl seguía sin despertar; en segundo, porque no le gustaba irse de casa de los Hieck.

Otto había entrado detrás de su madre. No escuchaba más que el tono protector con que ella lo trataba, intuía el gesto cariñoso en la oscuridad. Y con eso le bastaba:

–El pobre Karl se va a echar a perder los ojos –dijo con inquina.

–¿Y qué? ¿Está contenta con el muchacho, Ilse? –preguntó Katharine.

Ilse hizo un gesto tímido y contenido con el dedo en alto:

–Bueno, sí, bueno, enseguida habremos terminado.

Otto atisbó el gesto. Le gustó. Todo lo que hacían las mujeres le gustaba. Claro que, al mismo tiempo, le fastidiaba que aquella joven tuviera relación con el gordo de Richard, y para colmo una relación cuya naturaleza no era nada transparente... Así pues, con un ápice de la malicia morbosa que solía destilar en casos así, dijo en tono sombrío:

–Richard está en el cuarto de Susanne. ¿Ha visto ya la capilla de mi hermana? Venga, se la enseñaré.

Y se llevó a Ilse con él. En la cocina, que tuvieron que atravesar para llegar al cuarto de Susanne, Ilse se atusó el vestido:

–Un vestido muy bonito, por cierto –Otto sonrió galante. Y luego abrió la puerta, hizo entrar a Ilse, le dio al interruptor de la luz–. Ésta es la capilla.

Y, acto seguido, dio media vuelta sobre los talones y echó a correr de puntillas para volver al cuarto de estar e irrumpir allí como al asalto...

Nada había cambiado.

Karl recogía sus cosas, y a cierta distancia estaba sentada la madre. No había nada que llamara la atención.

–Acompaña a tu amigo si quieres –Katharine se puso de pie, dio un ligero empujoncito a Karl y aún dijo–: Adiós, Karl.

Y salió del cuarto.

–Mira lo que tengo –dijo Otto, cuando hubo salido su madre. En la palma de la mano, le mostraba un delgado gancho de hierro terminado en una anilla. Era un candado de factura sencilla–. Hecho por mí mismo en el taller –explicó orgulloso.

Karl lo examinó, sosteniéndolo él ahora.

–¿Lo quieres? –ofreció Otto.

Karl se lo pensó un momento, luego dijo:

–No, quédatelo tú, ahora mismo no me hace falta.

–Pues nada, si no te hace falta... –dijo Otto, quebrándosele la voz–, nada. Nada. –Y dejó que Karl se marchara solo.

En el cuarto de Susanne, entretanto, Ilse contemplaba los santos de las paredes. Le daban miedo. Le daban miedo las imágenes, le daba miedo Susanne, que se parecía a Richard y que, muda y sin dejar de bordar, al mismo tiempo la observaba a ella con mirada de inquisidor.

—¿Le gusta? —preguntó Richard. Aquellas imágenes eran para él como símbolos de un álgebra opaca.

—Sí —dijo Ilse con timidez—, es muy bonito. Sentía que aquello era un pedazo de un mundo que Richard, a pesar de todos sus esfuerzos por abrirse a ella, le había ocultado hasta ahora, porque ni él mismo era consciente de en qué medida también era parte de él.

Susanne meneó la cabeza:

—Quien se pasa el día entero en la universidad no tiene sensibilidad para esto.

¿Por qué tenía que ofender a Ilse? A Richard volvió a llamarle la atención el contraste entre la dureza de asceta de la cabeza de su hermana y la envergadura del tronco, el mismo contraste que también se evidenciaba en su propia persona. Y, como siempre que tomaba conciencia de esta discrepancia —y esto sucedía con regularidad en momentos de duda y en esas situaciones en las que el cuerpo y el espíritu entran en conflicto—, pensó que lo más deseable y ventajoso sería que esa cabeza fuera separada, de un tajo limpio, del cuerpo con el que tan mal casaba. Si el deseo iba referido a su propia cabeza o a la de Susanne ya no fue capaz de determinarlo. Apartándose de su hermana, gruñó:

—Qué vas a esperar de la universidad, es como es, ni la señorita Nydhalm ni yo la hemos creado.

Ilse, agradecida, lo sintió como un intento de liberarse del mundo desconocido de Susanne y ponerse de su lado. No obstante, se estremeció: ¿qué mundo tenía ella misma para hacer frente a aquel mundo de santos tan desconocido y misterioso? ¿Qué tenía ella que ofrecer? ¿Unas pocas nociones de matemáticas? ¿Acaso Susanne no era superior desde un principio?

Susanne rio sin malicia. Y había dejado a Ilse tocada y se daba por satisfecha.

–No lo he dicho con mala intención..., igual aún acabo en la universidad yo también; Richard opina que podría estudiar una carrera perfectamente.

Conciliadora, y eso que todavía se le resentía el corazón, Ilse respondió:

–Todos sabemos que hay algo más importante..., algo que cada uno tiene que alcanzar luchando y para lo que no hay carrera que sirva. –Y, en ese instante, envidió a Susanne, la envidió con toda la fuerza de un alma dulce y celosa.

Si la que estuviera en la universidad fuera Susanne en lugar de Ilse, no habría ningún problema, pensó Richard. Ahora bien, ¿Ilse en un convento? Qué grotesca mezcolanza de categorías, una confusión del arriba con el abajo.

Entonces, entró Otto; su rostro se veía menos tenso que antes.

–Todos los hermanos juntos –dijo, mordaz y divertido.

Ilse le sonrió. Era muy grato que la contaran como parte del círculo de hermanos. Toda la vida había deseado tener una hermana o un hermano, y nada la hacía más feliz que cuando su padre y ella jugaban a ser hermano y hermana; jugando así fue como había aprendido a leer. Richard de hermano mayor era una idea tranquilizadora y agradable.

Desde la pared los saludaba la máxima:

Tú eres mi Señor,
yo soy tu siervo.

Percatándose de la sonrisa de Ilse, Otto adoptó su mejor pose: con una mano en el bolsillo del pantalón anchísimo, haciendo un exagerado gesto con la otra le señaló la decoración del cuarto.

–Todo esto lo he decorado yo –coqueteó, sediento de elogio.

No cabía duda de que a Otto no le influía Susanne en absoluto, y el «una cosa así» que era Ilse contaba para él como mujer de verdad, para él no perdía un ápice de femineidad: el mundo arde en nuestro interior, no fuera de nosotros, le vino a la mente a Richard, y le resultó inquietante ⁵ contemplar a Ilse; inquietante, aquel seno inimaginable; inquietante, que aquel seno inimaginable pudiera

albergar a una criatura; era como la ceguera: inquietante e inimaginable, y lo que se adueñó de él entonces fue una ternura ciega y dolorosa; el amor como eterna misión, es más: servir al amor igual que se debe servir al conocimiento.

Como siempre, en el cuarto de Susanne olía un poco a incienso y a lavanda. La cama, muy alta y mullida de tantas capas de ropa, pues también tenía encima el edredón de Susanne, estaba vestida con una colcha blanca de pequeños rombos de ganchillo con festón de largos flecos hasta el suelo.

Ilse dijo:

–Es una decoración magnífica... Cuando tenga casa, algún día, me la tiene que decorar usted, Otto.

Y Richard, medio con ironía, medio de buena fe, añadió:

–Sí, es nuestro decorador particular.

La fundamentación última de la matemática está fuera de la ciencia matemática y, sin embargo, sigue estando en ella, la divina meta del ser está fuera del ser, el fin último del amor está más allá del amor, pero sigue siendo el propio amor... Oh, novia de luz, oh, muerte oscura, extraña conjunción de las esferas.

La idea de la huida, de una huida hacia el otro, había germinado casi al mismo tiempo en Richard y en Ilse. Lo flameante, ese peligro invisible, ahora también había rozado con el ala del miedo el corazón de Ilse, aunque muy levemente, aunque el aliento de ese miedo era portador, a la vez, del sonido de una suave esperanza, mensajera de un mundo que le pertenecía a ella sola, y no a Susanne, esperanza de un camino que tan sólo le era dado transitar a ella y no a Susanne, esperanza de una misión que sólo ella llevaría a cabo, y no Susanne. Y en la confluencia de los pensamientos de Ilse con los suyos, a Richard se le ocurrió pensar en el matrimonio Curie y en la posibilidad de realizar descubrimientos científicos juntos.

Otto había instalado una corona de bombillas de colores alrededor de la Madonna que presidía la cabecera de la cama y la encendió.

–Es espectacular, Otto –dijo Ilse, guiñando un poco los ojos de miope, y se puso las gafas. Su rostro volvía a tener su característica expresión infantil, de niña sabelotodo, y hasta Richard se dio cuenta.

A Susanne le dio un poco de vergüenza.

–Bueno..., Otto y sus extravagancias... Eso sí, el cuadro está bendecido, así que sí tiene su valor.

–Lo visible no es más que símbolo –respondió Ilse.

¿Unión de las esferas en el símbolo? Era el lenguaje de Susanne en boca de Ilse... Todavía no era lo definitivo, todavía era símbolo e imagen, pero el mundo se hizo silencio en espera de lo definitivo, volviendo sobre sí mismo, liberando la palabra de lo pecaminoso de su insuficiencia. A Richard le habría gustado tomar a Ilse de la mano. Y al verla allí, al lado de Otto, los dos delgados, como dos muchachos, como dos hermanas, deseó que Otto se fuera al diablo.

En la cocina, se encontraron con la madre:

–Ya se va, Ilse –fue todo lo que le dijo.

Otto replicó, levantando la voz:

–Una pena.

Pero a Richard le sentó muy bien que la madre dijera sencillamente «Ilse».

En la calle, sin embargo, volvió a ponerse a hablar con gran vehemencia de cómo toda investigación debería partir de unos fundamentos lógicos y de teoría del conocimiento, demostró por enésima vez que incluso la matemática y la física, a pesar de su aparente exactitud irrefutable, en realidad conducían de nuevo a estos últimos problemas de los límites del conocimiento, y demostró que sólo por tales problemas merecía la pena vivir una existencia entregada a alguna de las ciencias, es más: que sólo así merecía la pena vivir.

–Sí –dijo Ilse. Le dio la razón, pero en lo que iba pensando era en la cama alta y mullida de Susanne.

Detrás de todo ello residía el conocimiento del mundo, peroraba Richard, y expuso, no de manera vaga, sino con toda la precisión deseable, cómo sus propias investigaciones y en qué medida él mismo contribuiría al conocimiento del mundo. Sí, estaba henchido de confianza..., gozoso, miró a Ilse, que caminaba a su lado, menuda y delgada, con la cabeza un poco gacha.

Pasó un tranvía aislado, con pocos viajeros.

Y de nuevo creyó Richard que, con la magnitud y la altura del conocimiento del mundo, con el desarrollo y la revelación de sus metas, también aumentaba su entrega al amor y así expiaba su culpa.

Como desde muy lejos, Ilse dijo:

–Te amo.

Quizá era un perdón real. Quizá Ilse había percibido que él se torturaba por entregarse. No obstante, las palabras no hicieron sino sacar el crimen a la luz por entero. Pues era la primera vez que entre ellos se pronunciaban las palabras «te amo», y la primera en hacerlo había sido ella.

Te amo. Tierno y terrible ruego al otro ser para que se abra. Ruego de aceptación, tierna y terrible entrega del propio yo.

Te amo. Instante de libertad entre la servidumbre del pasado y la servidumbre del futuro.

Te amo. Pero no fue Ilse Nydhalm quien pronunció estas palabras, sino el fantasma de su futuro, que la había elevado por encima de su propio ser, arrancándola con dolor de la niebla ensimismadora que hasta entonces llevaba el nombre de Ilse Nydhalm.

Con el sonido solitario de estas palabras, las más solitarias del mundo, en los oídos, Richard siguió caminando al lado de Ilse Nydhalm. Él las interpretó como perdón, pero con ellas acababa de desatarse toda la fuerza irrefrenable que tiene el mundo para resistirse a las leyes. Si se hubieran cruzado con alguien dispuesto a separarle la cabeza del tronco de un tajo limpio, Richard lo habría considerado un amigo.

4

El profesor Weitprecht había vuelto. Richard recibió una tarjeta postal en el instituto en la que le pedía que lo visitara en casa; lamentándolo mucho, él mismo no se encontraba en disposición de salir, pues su estado de salud aún no había mejorado lo suficiente.

Weitprecht tenía que estar muy mal para no verse en condiciones de acudir al instituto; siempre era su destino prioritario. Y, en efecto, cuando Richard entró a verlo, a duras penas se levantó un poco del asiento del escritorio, y el papel en blanco revelaba que había estado sosteniendo el lápiz en la mano sin hacer nada.

–Sí –dijo–, se asombrará usted ante este despojo humano.

Detrás de su tristeza se percibía aún la cortesía solícita y angustiada de siempre, y sus ojos, por encima de las gafas de media montura, se esforzaron por identificar los rasgos de su visitante con la misma intensidad y el mismo despiste de siempre.

–Le agradezco mucho sus informes, doctor Hieck.

–El trabajo de la señorita Magnus ha obtenido resultados muy satisfactorios.

El aire ligero de principios del otoño transportaba el gorjeo de los pájaros de los árboles de la calle.

–La revisión de sus anotaciones también está prácticamente terminada, profesor, y espero que esté contento.

Weitprecht más bien parecía estar prestando atención al gorjeo de los pájaros. Luego dijo:

–Sí, sí, yo quería hablar con usted de eso..., pero, verá usted, en realidad eso no tiene ninguna importancia.

¿Acaso Weitprecht se había contagiado ya del escepticismo de Kapperbrunn?

Weitprecht notó la estupefacción de Hieck. Se llevó la mano al cuello de la camisa, como si necesitara más aire para respirar, y eso que no llevaba corbata y ya tenía el botón desabrochado. Hasta entonces, Richard siempre lo había visto con camisas almidonadas y un correcto corbatín negro. Weitprecht sonrió con la boca delgada y reblandecida de los ancianos:

–No hace falta que se asuste, doctor Hieck..., defendería mis investigaciones con la misma convicción que siempre, sólo que ahora han perdido importancia para mí.

–La importancia de sus teorías está fuera de toda duda, profesor.

–La importancia objetiva puede ser, mi querido doctor Hieck, o eso espero al menos, pero la subjetiva ha disminuido..., ya, ya..., mire, verá..., si no me hubieran mandado a Nauheim... –cayó en un

tono rabioso—, si mi mujer no hubiera insistido tanto..., bueno, claro, ella lo hacía con buena intención, pero ha sido una necedad..., en fin, si no hubiera sucedido eso, es probable que siguiera yo siendo el de siempre... —Lanzó una mirada tan temerosa como rabiosa hacia la puerta que conducía a la habitación contigua.

—Estoy seguro de que se recuperará por completo, profesor.

Weitprecht adoptó un tono de misterio:

—Ésa es la cuestión: que no quiero..., está todo bien tal y como ha venido..., sólo que los demás todavía no lo saben.

En su comportamiento había una mezcla de sabiduría y empeño infantil.

Cierto es que era el mismo empeño con el que antes defendía sus planteamientos científicos; antes lo disimulaba más, ahora hablaba sin tapujos.

Richard esperaba qué vendría a continuación; aún no había entendido nada.

—Verá, doctor Hieck, usted también tiene ambiciones científicas..., sí... —Weitprecht se acordó—: Ha hecho usted una contribución relevante en el campo de la teoría de grupos..., no me equivoco, ¿verdad? —Parecía orgulloso de su buena memoria, rio un poco e hizo el gesto de asentir con la cabeza mirando a Richard.

—Muy relevante tampoco, profesor, eso fueron unas investigaciones secundarias, por así decirlo. —Richard se sentía halagado de todas formas.

—Muy bien..., bueno, si eran investigaciones secundarias, entonces llegará más lejos, y más y más... —se hizo evidente que se cansaba—, y más y más..., y tal vez tenga más suerte que yo.

Richard meneó la cabeza, y Weitprecht se enrabetó:

—La suerte no es ninguna vergüenza... Mire usted, acertar con el campo de investigación sí que es cuestión de suerte, y no llegar ni demasiado pronto ni demasiado tarde también es suerte... Mire usted, es la suerte del genio... Ideas..., ideas las tiene cualquiera, las ideas están en el aire, pero estar en el momento adecuado en el lugar adecuado..., ésa es la suerte del genio... —Se llevó una mano al corazón y permaneció así, y luego dijo en tono más apagado—: Ya ve, yo esa suerte no la he tenido.

Richard no fue capaz de decir mucho:

–Los avances de la física están confirmando ahora muchas de sus hipótesis, profesor.

Weitprecht se pasó la mano por los cabellos, que seguían viéndose revueltos alrededor de la calva.

–Ser precursor es una circunstancia trágica, doctor Hieck, yo lo he vivido y es justo lo que no le deseo.

Ahora bien, ahí había tocado un punto sensible para Richard, y ahora era Richard quien se acaloraba:

–¡Pero lo esencial no es si se llega demasiado pronto o en el momento idóneo..., lo esencial no deja de ser el conocimiento!

–Sí, sí, el conocimiento –dijo Weitprecht asintiendo con la cabeza y sonriendo de nuevo con su sonrisa de sabio infantil, casi de duende viejecito–, sí, el conocimiento..., eso es lo que yo creía hasta ahora... y, bueno, algo de verdad sí que tiene... –y de nuevo en tono misterioso–: pero ésa es la clave: yo creía en el conocimiento y en nombre del conocimiento he hecho mucho mal... –Hizo un pronunciado y lento gesto de asentir con la cabeza–. Sí.

–¿Cómo se va a hacer mal alguno en nombre del conocimiento? Eso no puede ser, profesor.

–Oh, sí... –Weitprecht volvió a mirar hacia la puerta–, y por eso ha sido bueno que me llevaran a Nauheim..., y que ahora..., a ver cómo lo digo..., que ahora me hayan impuesto mi castigo.

–Sólo está agotado por el exceso de trabajo, profesor.

–¡Déjese de pamplinas, hombre! ¿Acaso me estoy quejando? Yo mismo le acabo de decir que tampoco deseo otra cosa..., es la vida..., esto es parte de la vida, igual que es parte de la vida la muerte.

–Pero asociar conocimiento y mal... ¡profesor!

Weitprecht estaba cansado, se limitó a asentir con la cabeza, en silencio, y se señaló el corazón.

–Donde se ha pecado, ahí se recibe el castigo.

Ésa era una frase que podía haber sido de Susanne, pensó Richard. ¿Aún habría de hacerse monja el profesor? Atónito, no acertó a decir más que:

–Sí, pero... el conocimiento científico...

En voz muy baja, Weitprecht dijo:

–No deje usted de lado ese afán suyo por el conocimiento científico..., también es algo sagrado..., pero ahí está la naturaleza sagrada de la vida, y por él, en cambio, nos olvidamos de la muerte... Atienda: la naturaleza sagrada de la muerte... Quien se dedica al conocimiento científico trabaja a los setenta años igual que trabajaba a los treinta..., y al final lo talan de un tajo, lo parten por la mitad, pero sin haber llegado al final, porque se ha olvidado de su propia muerte... Una mala persona con un corazón malo..., sí, sí, mi querido amigo, con un corazón malo y que en nombre del conocimiento ha hecho mucho mal... –Y aquí guardó silencio, agotado.

Richard no pudo resistirse a preguntar:

–¿Se refiere a la religión, profesor?

Ahora se veía a Weitprecht completamente decrepito. Con todo, detrás de la máscara de la ancianidad y la decrepitud seguía brillando una chispa de ingenio, y emitió una pequeña carcajada quebradiza:

–Eso sí que lo tiene que resolver cada uno consigo mismo... Gauß fue creyente; Kant fue creyente..., sea como fuere... –tenía un tono profesoral, como cuando daba clase en el aula magna–, quien se hace viejo sin haber captado el sentido de su muerte, muere como mala persona..., sin conocimiento..., por muchos conocimientos que tenga y por mucho que haya trabajado... –Se asustó, porque se abrió la puerta.

Entró la señora Weitprecht.

–Habla demasiado, doctor –dijo en tono de desprecio, volviéndose hacia Richard.

Weitprecht se encogió en su sillón.

–Tenía que tratar la reorganización de todos mis materiales del instituto.

–¡Ay, siempre con esos papeles...! –dijo ella de mal humor–. ¿Ya te has tomado las gotas?

Con la ausencia de pudor que caracteriza a los ancianos, Weitprecht le devolvió un bufido:

–Sí, mis papeles..., ya sé yo lo mucho que te importan mis investigaciones...

Richard pensó que era momento de despedirse. Sin embargo, cuando la esposa del profesor se dio media vuelta para acompañarlo a la puerta, Weitprecht, que había seguido regruñendo por lo bajo, le guiñó un ojo con cara de duendecillo listo.

El aire centelleaba cuando Richard salió a la calle. El otoño traía momentos que cortaban el calor del verano como cristales. Lo que Weitprecht había dicho sonaba a Susanne, pero resultaba mucho más alentador. Justificación de la palabra a través de lo definitivo. Oh, solitario sonido de la muerte.

5

El brusco cambio de estación había empezado con tormentas templadas, pero al cabo de tan sólo veinticuatro horas las sustituyó una prolongada lluvia fría, y ahora era un viento acelerado y de una furia ciega el que azotaba la naturaleza, aún verde y dispuesta para el verano. Las piscinas se quedaron desiertas de golpe, el camino del observatorio a través del bosque de noche era intransitable de lo resbaladizo que estaba el suelo. Richard, con impermeable de caucho y bastón, ahora siempre tenía que tomar el tranvía. Los conductores y cobradores llevaban sus uniformes oscuros. El estanque, que había llegado a quedarse prácticamente sin agua, se volvió a llenar casi hasta el borde en un intervalo de pocos días. Sobre el campo de fútbol caía la lluvia helada en diagonal.

Ilse caminaba a través de la impaciencia de aquel otoño prematuro, pero maduro para las decisiones. Viéndola por la calle, con su coqueta gabardina ceñida con cinturón de cuero y el cuello levantado, parecía adulta y femenina. Luego podía suceder que, en un arrebató, se besaran en las escaleras, y aunque eran besos superficiales y tímidos, indignos en una mujer adulta y un caballero joven, besos de quinceañeros, todo se mantenía dentro de la impredecible esfera del mundo.

Las clases particulares que Ilse daba a Karl tenían lugar los lunes y los jueves a primera hora de la tarde. Lo habían establecido así, quizá había sido decisión de Katharine. Otto no solía estar en casa a esa hora, tenía que irse al trabajo a las dos. Si, de todas formas, se cruzaba con Karl, seguían saludándose con el habitual golpe en las costillas, pero Otto se apresuraba a marcharse y, cuando nadie lo veía, le daba tal patada a la bicicleta de Karl, apoyada al pie de las escaleras, que los radios se quedaban vibrando.

Uno de aquellos lunes, Ilse se había quedado después de la clase para comentar un libro nuevo sobre teoría de conjuntos, materia en la que Richard la estaba iniciando. Como era habitual, la escena tenía lugar sentados a la mesa de éste, delante de la ventana, su lugar de trabajo de todas las noches, y a ella le hacía mucha ilusión poderse sentar allí. Susanne, que no solía perder ocasión para asomarse de cuando en cuando a controlarlos, había salido, aunque eso importaba poco, pues ellos se quedaban igualmente con las manos entrelazadas cuando ella entraba y, por lo demás, se entregaban a las matemáticas. Además, Katharine Hieck sí estaba en casa.

Otto irrumpió como al asalto, abriendo la puerta de golpe, como hacía siempre. Ilse dio un pequeño grito, Richard levantó la cabeza del libro:

–¿Ya estás de vuelta? ¿Ya ha terminado tu jornada?

–Me encontraba mal –mintió Otto.

–¿Resaca una vez más?

Otto farfulló algo incomprensible y se puso a rebuscar por la habitación. Al final preguntó:

–¿Está Karl?

–Que yo sepa, se ha debido de ir hace bastante.

–¿Susanne también se ha ido? –La voz de Otto se volvió más ronca.

–Hace un buen rato, hijito, ¿qué quieres de ellos?

–¿Y Karl ya ha estado... allí?

–¿Allí dónde?

–Allí..., donde..., donde nuestra madre. –Los ojos de Otto reflejaban terror.

–¿Qué iba a hacer en el cuarto de nuestra madre? Pero ¿qué buscas? –preguntó Richard con fastidio.

–Otto, a ti te pasa algo... –dijo Ilse.

–Sí, que está hecho un golfo –dijo Richard en tono más cariñoso.

Otto tiraba de los cajones como poseído, abría el armario.

–¿Qué es lo que buscas tan desenfrenado?

–Nada..., una llave..., ¿ha entrado Karl en el cuarto?

–¿No pensarás que se la ha llevado Karl? ¿Para qué va a querer él una llave tuya?

–Sí..., puede ser..., a lo mejor...

Cubriéndose la cara con las manos, se dejó caer en una silla.

–¿Tan mal te encuentras, Otto?

–No..., déjame.

Richard se impacientó.

–Otto, nosotros tenemos que trabajar aquí.

–No me puedes echar del cuarto siempre..., fuera está lloviendo..., yo también tengo mis derechos.

Ilse, conciliadora, le dijo:

–Si esa llave es tan importante para ti, a lo mejor puedes ir a casa de Karl a preguntarle.

–Ya veo que aquí no queréis nada conmigo –dijo Otto, y se marchó.

–Últimamente está como loco –comentó Richard preocupado.

No cabía duda de que el comportamiento de Otto era un fastidio y, en el fondo, su hermano deseaba que se fuera al diablo; de hecho, lo había mandado unas cuantas veces; de algún modo, tenía que ver con Ilse, con la peculiar femineidad poco femenina de Ilse; detrás de todo ello acechaba la peligrosa fuerza que posee el mundo para escapar de lo calculable; el diablo sabría... En cualquier caso, todo era muy poco transparente. Casi fue un alivio que el pequeño se marchara. Richard repitió:

–Está loco, pero también es un fastidio.

–Richard –dijo Ilse.

Richard la besó, pero su cabeza estaba en otra parte. Le besó el cabello. Y en eso se quedó. Otto le preocupaba.

Al subir al observatorio esa noche, a Richard lo asaltó de nuevo la plurívoca inseguridad del ser. Evidentemente, lo que sucede dentro de la cabeza se puede prever, es luminoso y digno de ser perseguido, y lo que sucede de cabeza para abajo es oscuro y nocturno en su naturaleza imprevisible. Comprensión de lo imprevisible a través de lo previsible, tan sólo se trata de eso, y cuando no se logra, no queda más que una radical división entre las dos partes. ¿Cómo iba a ser posible actuar bien con la línea divisoria pasando justo por el medio? Luego se puso a pensar en el extraño discurso que había pronunciado Weitprecht sobre el corazón, con el que se peca y que después recibe el castigo; se imaginó el corazón en un paralelogramo de fuerzas como la resultante entre lo alto y lo bajo, pero, a pesar de ser una concepción medio plausible, tampoco le sirvió de mucho. Mejor separar las fuerzas. De un tajo rápido y limpio.

La lluvia había amainado. La gruesa cortina de nubes se había rasgado y en diagonal a través del borde más claro de las nubes se filtraba luz de la luna. En la carretera húmeda se reconocía la huella acanalada de los neumáticos de un coche. Richard se echó el impermeable al brazo. Pensó en el invierno que tenían por delante, en el mundo vuelto sobre sí mismo, en el paisaje nevado que atravesaría bajo la luz de las estrellas invernales. Pensó en el proceso de envejecer, pensó en Weitprecht y en la muerte. Y, de pronto, le vino a la memoria su padre: su padre también hablaba de la muerte, también tenía en mente la muerte cuando amaba la noche. Risa solitaria de la muerte. Sin embargo, la sonrisa de Ilse brillaba clara y luminosa; flores blancas en el agua nocturna.

En el observatorio no había mucho que hacer. Pasó a ver al doctor Loßka, que sonreía entre tics nerviosos y no paraba de fumar un cigarrillo tras otro. Se iba de vacaciones la semana siguiente y contemplaba el tiempo atmosférico como una ofensa que el cosmos le hacía personalmente a él. Diez veces repitió:

—Y eso que septiembre es, de acuerdo con las estadísticas de años, el mes más estable.

—Las propias leyes naturales son estadísticas —dijo Richard, pensando en la imprevisibilidad del mundo, pensando en lo

irrefutablemente correcto del hecho intelectual, en la máxima objetividad de las matemáticas. Volvió a ser presa del miedo.

El desasosiego no le abandonó. Llegó a casa temprano. Delante del edificio, el desasosiego se intensificó en la forma habitual, convirtiéndose en angustia ante lo inesperado. Pero lo inesperado consistió en que Otto ya estaba metido en la cama y dormía profundamente. Hacía muchísimo tiempo que no pasaba.

Las ventanas estaban abiertas. Se veían los contornos de los tejados de enfrente; por encima de ellos, las estrellas, una y otra vez eclipsadas por las nubes pasajeras. Richard se sentó en la silla que tenían junto a la puerta y contempló a Otto, que respiraba acompasadamente, con los puños apretados, delgado y bronceado. Desde lejos le llegó por un instante la imagen de Ilse, pero ella llevaba la chaqueta blanca del día que fueron a visitar el observatorio y luego volvieron a la ciudad de noche; también aquel día llovía.

Richard se quedó sentado un buen rato. Luego también se fue a la cama.

Lo despertó del primer sueño un grito de Otto. Dio un respingo y vio, con la luz de la luna, que éste rebuscaba y juntaba su ropa y se vestía.

—¿Qué pasa, Otto, estás enfermo?

—Ha estado aquí —jadeó Otto.

—¿Quién?

—He oído cerrarse la puerta del pasillo.

—¿Quién? Dímelo, Otto..., ¿quién crees que puede haberla cerrado?

—¿Quién..., quién? —Otto ya se había puesto los zapatos—. Pues Karl, quién iba a ser —se escuchaba su regañar de dientes.

También Richard había salido de la cama.

—Tú estás loco... ¿Qué tienes hoy, todo el rato obsesionado con Karl?

—Yo sé lo que sé...

Otto ya estaba en la puerta.

Richard lo agarró de la chaqueta:

—Estás soñando, Otto, despierta.

Pero Otto se soltó bruscamente.

–Lo he oído..., lo he oído..., déjame..., tengo que pillarlo... –Y echó a correr; Richard, desvestido como estaba, fue detrás. En el pasillo, Otto le cerró la puerta de la vivienda en las narices. Cuando salió al rellano, Richard ya sólo llegó a oír cómo Otto sacaba su bicicleta y salía a la calle dando un portazo.

Patoso y con los pies descalzos, recorrió el recibidor a oscuras para volver al cuarto de estar. En su ofuscación, se le olvidó dar la luz. Pero el cuarto de estar ya estaba iluminado, y se le acercó su madre. Richard no supo explicarse cómo era posible que su madre estuviera allí de repente, en camisón y todo, y se sorprendió tanto que cuanto acertó a decir fue:

–¿Ya estás vestida?

–¿Qué ha pasado?

–Otto...

–¿Ha vuelto a llegar muy tarde? Se habrá pasado las horas en el café.

–No, no... –Richard señalaba la puerta–, se ha ido...

Si Katharine Hieck no lo había entendido todavía, entonces por fin lo hizo. Despertaron a Susanne, y, con la preocupación tan opaca en la que estaban sumidos y la angustia de que tal opacidad pudiera dar un giro hacia la cruda evidencia en cualquier momento, estuvieron a punto de enzarzarse en una discusión con ella cuando, aún ebria de sueño, lo que respondió ante la noticia de la huida de Otto fue:

–Está poseído por el mal.

–¡Entiéndelo de una vez, se ha ido de casa!

Y Katharine Hieck la sacudió para despertarla. Susanne, todavía somnolienta, estiró los pies por fuera del canapé y se levantó pesadamente, observando a su madre con gesto sarcástico, no fuera a ser que supiera más de lo que estaba contando. Pero Katharine Hieck volvía y volvía sobre la idea originaria de que estaría en el café, y como tenían que hacer algo y, en cierto modo, existía cierta posibilidad concreta de que así fuera, Richard –quien entretanto se había vestido– fue corriendo al café, donde tenía su sede el Marathon. Otto no estaba, Richard fue corriendo a la policía. Allí se

encogieron de hombros: antes de que amaneciera tampoco se podía hacer nada. Era normal. Regresó a casa con las mujeres. Pasaron la noche esperando.

A la mañana siguiente, el guarda encargado de la esclusa del estanque halló el cadáver de Otto, que el agua había arrastrado hasta la presa. Y al pie del bosquecillo del campo de fútbol, su bicicleta medio sumergida en el agua. A juzgar por la huella de la rodada, se había lanzado al estanque a toda velocidad.

6

Por la mañana llegó la noticia. La trajo un agente de la policía. Richard no estaba, había ido a ver a Karl por si quizá les ayudara a averiguar algo, aunque había ido sin ninguna esperanza, más bien porque no soportaba estar en casa.

Sí, habían realizado intentos de reanimación, la señora Hieck podía estar segura de que habían hecho todo cuando estaba en su mano. Ahora –al agente le costó verbalizarlo– estaba en la morgue. Qué lástima. Tan joven. Una desgracia.

Las dos mujeres escucharon la noticia. Trataron de comprender y no fueron capaces. Katharine Hieck estrechó la mano que le tendieron y dijo:

–Muchas gracias.

El policía preguntó si podía hacer algo más por ellas, y si podrían acompañarlo... pues era necesario, por desgracia. Katharine Hieck repitió el «muchas gracias», se dio media vuelta y entró en el cuarto donde la cama de Otto estaba igual que éste la había dejado. Sin decir una palabra, se puso a hacerla.

El agente y Susanne permanecieron mudos uno frente al otro. Entonces, Susanne juntó las manos a la altura de la cara, se dio media vuelta y corrió a su cuarto, donde cayó de rodillas sobre el reclinatorio y, con los dedos entrelazados y la cabeza apuntando hacia lo alto, empezó a rezar sin freno, balbuceando y dando voces cada vez más desmesuradas:

–¡El Señor se apiade de su pobre alma!

A través de las puertas abiertas se oían sus chillidos hasta el recibidor, donde el agente seguía parado sin saber qué hacer. Se alegró sobremanera cuando apareció Richard.

Richard llegó sin resuello; ya se había enterado de lo sucedido, pues la noticia había corrido. Lo que ahora le comunicaba el agente no era más que su triste constatación.

—Ahora mismo voy con usted —dijo Richard, y entró a ver a su madre. Katharine había hecho la cama, recorría la habitación con la mirada y las cosas de Otto que encontraba tiradas por ahí las colocaba con mimo dentro del armario. Del bolsillo de un pantalón cayó un candado, ella lo recogió y lo guardó dentro de un cajón, junto con los útiles de pintura de Otto.

—Madre —dijo Richard.

La madre no interrumpió su actividad, y, mientras cepillaba una chaqueta, añadió como de pasada, a modo de explicación:

—Otto ha muerto.

Richard le puso las manos sobre los hombros.

—Madre.

Y fue entonces cuando, por fin, se rompió aquel bloqueo hiperactivo, se rompió para tornarse ese aullido animal que se adueña del ser humano cuando la muerte le ha arrancado un pedazo de carne. Pues la dignidad y la sublimidad de la muerte brota directamente de lo animal; visceral y vehemente es lo animal en el lamento humano de la madre, y, como estaban abrazados, lo encarnaba el pedazo de animal que ella había parido antaño y ahora apretaba contra sí, y lo encarnaba el seno de la madre que antaño lo había arrojado al mundo y sobre cuya cabeza se inclinaba él para darle un beso en el pelo rubio con los labios descompuestos de dolor.

—Iré a verlo ahora —dijo Richard—, tú ven al cuarto de Susanne mientras.

Susanne seguía de rodillas y no había modo de sacarla de sus jaculatorias. Y, aunque en esos momentos había cosas más importantes, Richard se asombró de que en el mundo y en el sistema de Susanne todo obedeciera a alguna ley. No obstante, agarró a la orante del brazo con bastante brusquedad.

–¿Te quieres ocupar de nuestra madre de una vez?

Susanne volvió hacia ellos un rostro bañado en lágrimas, como en éxtasis.

–Madre, reza conmigo.

Tal vez no estuviera bien por parte de Richard, pero el comportamiento de Susanne en aquel momento le pareció tan mal como ponerse él a resolver problemas de matemáticas, le pareció que aquella persona estaba enfrascada en sus asuntos profesionales, así que, estuviera bien o mal o fuera el puro fruto de aquella tensión terrible y de que no habían dormido, le gritó:

–Tus glorias privadas las puedes resolver luego, hazle un café bien fuerte a tu madre, que si no se va a desmayar..., ninguna de las dos habéis dormido ni desayunado, y a ti también te sentará bien.

Tenía razón. Katharine sollozaba ahora como una niña inconsolable, lloraba por el hijo que había perdido y lloraba por su propia existencia, que había sido un fracaso y ya se desmoronaba antes de haber empezado siquiera a ser una vida de verdad. Y se le ocurrió pensar que Otto estaba condenado a morir por el mero hecho de ser un pedazo de esa vida fracasada suya.

Richard acompañó al agente al cuartel de la policía y a la morgue.

Allí yacía Otto, en una sala desnuda y grisácea donde olía al mismo tiempo a higiene y a descomposición, a cal viva y un poco a cloaca. En el centro había tres mesas con pie de piedra y tablero de mármol pulido, como tres altares. Encima de una había un cuerpo bronceado desnudo, el bajo vientre cubierto por un estrecho paño. Los altares números dos y tres estaban vacíos. En una pared goteaba un grifo.

Por los dos ventanales, en lo alto de la pared, entraba luz del sol y daba sobre el cuerpo de Otto. Sí, era Otto, se podía certificar sin lugar a equívoco. Como no había estado mucho rato en el agua, apenas estaba alterado, y aunque el vientre se le hubiera hinchado un poco, se le seguían marcando las costillas, como antaño al Otto vivo; sólo que ahora no se movían. Otto se había convertido en un objeto, inmóvil; así era: no respiraba. Todavía sin colocar en la posición oficial de los cadáveres, la cabeza estaba algo ladeada, y

sus ojos entreabiertos, en blanco, parecían mirar en diagonal hacia arriba. La mirada ciega de la muerte que todos ellos tenían ya en vida. Otto, en ésta, había dejado de ser.

Ésta era una muerte real, no una muerte ilusoria, era así de verdad, igual que la vida de Otto había sido una vida de verdad. ¿Podría llamarse Otto a eso que quedaba allí sin vida? No obstante, la visión de aquella muerte hizo que en Richard comenzara a vivir otra cosa. Lo mismo que se había anunciado antaño al ver delante a su padre muerto. Se acordó de que, siendo todavía un niño, no había podido evitar sentir miedo ante aquel cuerpo al que se le había ido el alma; en parte también porque, tal y como le habían enseñado, se supone que a todos los muertos hay que pedirles perdón por el mal que se les ha hecho; y se acordó de cómo de aquel miedo –reforzándolo, aunque también tapándolo– le había surgido la pregunta de si él tendría parte de culpa en la implacabilidad de aquella muerte incomprensible, parte de culpa por mostrarse indiferente, por no querer saber, parte de culpa por aferrarse cerrilmente a su propia soledad, cosa que estaba mal, y ya antaño la voz que estaba viva en su interior lo había declarado libre de culpa. Y también ahora, preguntándose si acaso no habría sido un mal hermano por no comprender al pequeño, si no habría podido impedir la desgracia con sólo mostrarse más atento, también ahora se alzaba la voz de la vida, mucho más fuerte que en su infancia, y le decía: incluso suponiendo que no te hubieras portado bien con él, incluso suponiendo que, por atender a tus propias metas, no fueras la ayuda que él reclamaba de ti, incluso entonces estarías libre de toda culpa, sí. Porque contra la muerte no hay fuerza humana que pueda hacer nada, y tú no puedes morir la muerte del otro antes de poner en claro la tuya propia. Así le hablaba a Richard la voz de la vida que despertaba en su interior, decía cosas muy sensatas y normales, pero no habría resultado convincente de verdad si no hubiera resonado en ella, al mismo tiempo, el eco de algo más lejano y más grande, algo esencial que, aun estando lejos, sonaba muy cerca y recordaba a la voz del moribundo Weitprecht, aportando un ápice de sabiduría y un ápice de astucia.

Sin embargo, cuando luego Richard se acercó y, en cierto modo por convención, tomó la rígida mano del difunto para despedirse e intercambiar perdones, las lágrimas brotaron desde las profundidades más animales de su ser. No le dio ninguna vergüenza, sino que las dejó manar libremente. Y, si fue su existencia animal lo que en ese momento se convirtió en grito, lo que recibió el permiso para ser grito, mudo y liberador, lo que ahí se acalló de golpe fue aquel deseo de mantener la cabeza pensante separada del tronco animal; aquel deseo no sólo desapareció, sino que dejó de existir por completo y supuso una liberación, pues aunque no se supiera bien qué era eso que ya no existía, sin duda era la liberación de una pesadilla:

pues en ese grito de lo animal, así como en el miedo, cuyo grito estremecedor está impregnado de animalidad, se había abierto camino la consciencia de una cosa que lo animal encarna y que, al mismo tiempo, eclipsa al miedo; una forma de consciencia que no formaba parte de ningún sistema, por lo que no era demostrable, que estaba completamente aislada, pero era consciencia y era vida de todas formas, y la alimentaban en igual medida lo animal y el conocimiento. Y, por más que pudiera pensarse que tal consciencia sólo guardaba relación con Otto, que se trataba sólo de la persona de Otto tal y como había existido –y como quizá siguiera existiendo–, esa consciencia que se había dilucidado y reconocido ahora, en realidad iba mucho más allá de Otto y mucho más allá de la muerte de Otto, abarcaba la totalidad del mundo y, aun siendo completamente indemostrable, aun estando aislada por completo, era unívoca y estaba definida y llena de luz, y era libre de toda multivocidad, libre de lo flameante de la oscuridad. Sin duda, aquella visión tan clara no duró mucho, desapareció enseguida –es posible que no durase ni un solo segundo–, pero, con independencia del tiempo, con independencia de la duración, al igual que toda verdad quedaba grabada de modo imborrable; no era un sueño, sino una consciencia ya arraigada para siempre acerca de ese universo sin espacio que toda alma constituye. Era conocimiento, oh, no podía llamarse de otra manera: conocimiento, puesto que era fruto del enriquecimiento del mundo y de estar abierto al mundo, que es la

única forma de que el mundo se vea enriquecido; y también era conocimiento del sonido más solitario que existe, conocimiento que no remitía a nada más que a sí mismo, aislado en el sonido de la muerte como la muerte misma, de la que tomaba su punto de partida; conocimiento que lo abarca todo igual que la muerte, que está escindido de toda vida y al mismo tiempo es la meta de toda vida, la abarca en su totalidad:

pues constituye la prueba evidente en sí misma aquella que parte de la muerte, y ya no se trata de este o de aquel conocimiento lógico, es más: ya ni siquiera se trata de la consciencia del ser de este o de aquel difunto, se llame Otto o comoquiera, sino que se trata del conocimiento –gran conocimiento, sencillo conocimiento– de la existencia en sí misma, independiente de todo contenido individual, unido a toda vida; conocimiento que lo abarca todo en su sencillez y en la soledad del sentimiento, evidencia última de lo lógico, que no es sino partiendo de aquí como encuentra justificación. Y al ver a su hermano muerto y a merced de las lágrimas, Richard adquirió esa consciencia, supo que ese conocimiento era el amor, y que el amor no es sino conocimiento.

Oh, vida, nube de tormenta de la vida, rumorosa, pasajera, sagrada.

También la ciencia es sagrada, también ella es portadora de lo sagrado de la vida. «No deje la ciencia», había dicho la voz quebradiza de Weitprecht: es la unión de la vida y la muerte lo que forma la totalidad del ser, y la totalidad del conocimiento descansa sobre la muerte. No tiene nada de patético, pensó Richard, y, en el fondo, tampoco es demasiado religioso. Y lo cierto es que no le pareció muy patética la manera en que Otto yacía sobre la mesa; Otto era mucho más dado al patetismo en vida.

Richard resolvió las formalidades pertinentes y, sin miedo, se dirigió a casa de Ilse. No era sólo la muerte de Otto lo que legitimaba la visita.

–Otto ha muerto –le dijo directamente, al abrirla ella la puerta con gesto de sorpresa.

Y con la naturalidad de los grandes acontecimientos y los momentos decisivos, Ilse hizo caso omiso de la cara de estupor de

su madre, que había ido detrás de ella, y dijo sin más:

–Tengo que acompañar a Richard Hieck.

Fueron caminando uno junto al otro. A veces, sus dedos se tocaban. El perdón fluía en ambos sentidos, de ella a él y de él a ella. Richard contemplaba el rostro de niña seria y la delicada arruga de concentración de Ilse, y amaba aquel rostro. Intentó pensar en Susanne y no la halló en sus pensamientos. El tiempo estaba mejorando rápidamente. Cuando miraba hacia lo alto de la hilera de casas, las ventanas centelleaban al sol .

QUINTA PARTE

Una vez más había roto el silencio el grito del animal, justo en el momento en que el ataúd de Otto desaparecía en la tierra. El momento en que Katharine Hieck rompió en sollozos mirando al cielo, porque le arrancaban el último pedazo de juventud de la carne. Y las invocaciones de Susanne resonaron por todo el cementerio.

Un día casi sin nubes se abovedaba sobre la tierra abierta. Sobrio, el cementerio estaba en medio de la llanura, rodeado de fábricas que cada vez se le pegaban más al cuerpo. Se veía a lo lejos la avenida que llevaba hasta el observatorio, y quien conociera el lugar también identificaría la mancha blanca de las instalaciones de la piscina entre los árboles. Detrás, al fondo, sobre la colina, se distinguían con claridad las cúpulas y los muros rojos del observatorio, enmarcado por las zonas oscuras del bosquecillo de abetos donde aquí y allá brillaba el verde más claro de algún árbol de hoja caduca. Por encima de las montañas flotaban en calma algunas blancas nubecitas otoñales. Todo lo demás era azul: un azul nítido como sólo lo tiene el otoño.

Emilie había acudido al entierro. Su presencia suponía una gran ayuda, ayuda por así decirlo externa, obviamente: al entrar Emilie en la casa, la señora Katharine Hieck por poco se había caído de la silla de ver lo delgada que se había quedado su hija, y el milagro de semejante proceso de adelgazamiento había constituido desde aquel momento un inagotable tema de conversación entre Katharine y Susanne, gracias al cual pudieron olvidar una pequeña parte de su desgracia y una pequeña parte de su dolor y una pequeña parte de su nerviosismo. Ahora permanecía junto a la corpulenta Susanne, de pie ante la tumba, la hermana extraña, tan delgada y con su traje de luto nuevo; extraña y delgada, pero hermana a pesar de todo. Y también estaba Ilse, que no iba de luto, sino sólo con su abrigo azul

marino, no muy lejos de ellos, también ella menuda y delgada, más hermana que nunca; era bueno que hubiera venido Emilie.

Como en tiempos, Emilie compartió el cuarto con Susanne, y le entusiasmó el lecho nupcial que ésta tenía allí creado. Y Katharine Hieck fue a sentarse con ellas, como una niña entre sus dos hijas adultas, y se recreaba en la belleza de Emilie, en quien veía su propio reflejo, y no paraba de repetir:

–Qué pena que no hayamos podido darle la noticia a Rudolf.

Si también Rudolf hubiera acudido, aquello habría sido una auténtica fiesta familiar. A Emilie, desde luego, le hicieron prometer que al menos pasaría con ellos todas las Navidades.

–No creo que pueda aguantar mucho tiempo aquí, la verdad –amenazaba Emilie, lanzando una mirada a las imágenes de santos.

–Bueno, hija, pero unos días –decía Katharine.

Susanne, corpulenta y tranquila, añadió:

–Ya se acostumbrará.

–Yo ya no me hago ilusiones –dijo Katharine.

Entró Richard.

–Muy simpática, esta noviecita tuya –lo felicitó Emilie.

–¿Novia? –se asombró Richard–. ¡Qué cosas tienes!

Eso sí, el elogio de su hermana le hizo bien. Susanne estaba destronada, definitivamente. Y su cuarto ya no flotaba suspendido en el infinito, sino que se había convertido en un cuarto corriente de una casa corriente en la Kramerstraße. Además, también el recuerdo de Erna Magnus parecía haberse desvanecido. Era como si Otto se hubiera llevado consigo todas aquellas cosas, dándole a cambio otra distinta: era como si se hubiese producido un desplazamiento y al mismo tiempo una iluminación de lo infinito.

–¿Cómo va a pensar Richard en casarse? –se acaloró Katharine–. Si todavía no tiene trabajo.

No, en casarse no pensaba, pero le parecía estar viendo la carita estrecha de Ilse, y no emergiendo del seno de la noche, con los ojos cerrados, sino llenos de luz y en un paisaje transparente, de cristal; así veía la claridad gris de las estrellas de sus ojos.

–¿Y el puesto en el observatorio qué? En seis meses me pueden hacer fijo.

La vida siguió. Y Emilie se quedó más tiempo. Se acostumbró, tal y como había dicho Susanne.

Kapperbrunn volvió de sus vacaciones. Bronceado, pero no más delgado, más bien lo contrario. Había sufrido una nueva derrota en su guerra contra la barriga.

–A empezar otra vez con la servidumbre... –suspiró.

–Doctor Kapperbrunn, no es ninguna servidumbre –dijo Richard–, yo creo que tenemos una suerte inmensa.

Kapperbrunn abrió los ojos de asombro:

–¡Vaya! ¡Qué madurez la suya! Pues he de reconocer que yo aún me siento demasiado joven para esta rutina diaria.

–Quiero decir que tenemos la oportunidad de hacer un trabajo que nos gusta... mientras que otros...

–¡Por Dios bendito, un trabajo que nos gusta...! Es un trabajo artesano como cualquier otro... Más le vale no sobreestimarlos, o aún se convertirá usted en un chiflado como nuestro pobre y anciano Weitprecht.

–¿Ha ido a verlo?

–Por supuesto..., y lo que le espera es desolador... En el fondo tiene lo que se ha buscado.

–Se ha pasado la vida matándose a trabajar, pero... –Richard guardó silencio.

–Y su mujer... ¡Dios de los cielos! Una mujer como ésa... Y cuando pienso que yo también acabaré obligado a casarme con la hija de algún catedrático... Ay, Hieck, ya se lo digo yo, más vale dejar este gremio y hacerse guía de montaña... ¿Ha escalado usted alguna vez? Así, lo que se dice escalar por una pared de roca y eso...

–No.

–Entonces no sabe lo que es la vida.

–Sí que lo sé, o al menos espero saberlo –replicó Hieck, que no tenía muchos argumentos en contra de aquel escepticismo mundano.

–No me venga otra vez con su tema del conocimiento... El conocimiento no es nada, el conocimiento es un soberano asco..., y al mundo le importa muy poco el conocimiento, al menos al mundo de nuestros días... Usted no es una persona moderna, Hieck.

–Puede ser –respondió Richard Hieck–, pero por lo que respecta al conocimiento, creo que habrá pasado lo mismo en todas las épocas.

–¡Qué bien le va lo de dedicarse a las estrellas, Hieck! –dijo Kapperbrunn, con aquel talento suyo para captar la enjundia de algo y, gracias a eso mismo, para saber valorar la superficie de las cosas de la manera correcta–. Ha nacido usted para la contemplación de las estrellas, y chiflados así ha habido siempre, ahí tiene toda la razón: está usted donde tiene que estar.

–Sí –dijo Hieck, pensando en el paisaje de cristal del conocimiento.

–¿Cómo lo decía el viejo Kant, que le gusta a usted tanto...? «El cielo estrellado por encima de mí y la ley moral en mi interior» [6](#) – Kapperbrunn rio–. Es algo así, ¿no?

–Sí –dijo Hieck–, así es.

«La ley moral en mi interior»: de algún modo, eso tenía que ver con el corazón, con el corazón del que había hablado Weitprecht; solitario sonido del corazón en la oscuridad de la noche, solitario conocimiento del amor, ley moral, válida sin necesidad de demostración.

–No es así ni mucho menos –afirmó Kapperbrunn–, pues lo poco que vale todo lo que creíamos de las leyes cósmicas ya lo estamos viviendo hoy mismo, y de las leyes morales mejor no hablar siquiera.

–Hay valores estadísticos de aproximación –dijo Hieck, si bien además pensó: en la soledad del corazón todo es absoluto, ahí no hay ningún valor de aproximación, ahí vale la ley sin más.

–Bueno, bueno –se conformó Kapperbrunn–. A propósito de leyes morales, ¿cómo le ha ido con su harén veraniego? ¿Qué me cuenta de sus dos féminas?

–Han trabajado mucho –trató de salir por la tangente Richard–, y me alegro mucho de que aún pudiéramos darle esa alegría a Weitprecht.

–Es una pena lo de la Magnus –comentó Kapperbrunn, pensativo–, pero mire, que no la veía yo quedándose en el mundo de la ciencia, esa chica tiene demasiada vida.

–No –confirmó Richard–, no se quedará.

–Cuando Weitprecht lo deje –cambió de tema Kapperbrunn–, habrá movimiento en el banquillo, así que estaremos bien atentos para que también le toque algo a usted..., algo urdiremos, sí... – Como siempre, se ofreció a ayudar.

–Gracias, doctor Kapperbrunn –dijo Richard–, es muy amable por su parte pensar en eso.

–En fin, Hieck, ya veremos... Pero casi dígamele usted mismo: ¿no es un horror esto, esta jerarquía, este escalafón, este acechar como los buitres para conseguir saltar al peldaño libre...? Si es que es asqueroso... ¡Y usted hablando de conocimiento!

–Por Dios... –dijo Hieck.

La vida seguirá. Y estaremos ocupados con la teoría de grupos y con la teoría de conjuntos y con toda suerte de cálculos astronómicos. Y si la fortuna lo quiere, llegaremos un buen trecho más lejos en los fundamentos de la teoría del conocimiento y la lógica matemática. ¿No habría de valer con eso?

Desde la oscuridad de la que hemos nacido, avanzaremos hacia una oscuridad nueva; negro es el fondo sobre el que brillan las estrellas, y las estrellas se deslizarán hacia la superficie de un agua oscura para emerger con la grandeza y la sublimidad de la muerte. ¿No habría de valer con eso?

Y sobre la difusa inseguridad del origen y de la meta se habrá arrojado un poco más de luz con el sonido de la soledad y del corazón. Meta fuera de la vida, pero vida a pesar de todo. ¡Oh, amor!

¿No habría de valer con eso?

Ahí fuera bulle la vida, lejana, inasible, monstruosa, inagotable..., pero también bulle cuando nos atraviesa el corazón, igual de inasible, igual de monstruosa, igual de inagotable. Igual de terrible.

¿No habría de valer con eso?

Richard recorrió las calles. Las hojas de los parques mostraban la fresca marchita, un poco rígida, del otoño. Habían cortado la hierba y los parterres de césped estaban surcados por estrechas franjas de color marrón. El tiempo otoñal había alcanzado la

estabilidad que recogen las estadísticas. El doctor Loßka pasará unas buenas vacaciones.

- ¹ En todo el territorio de lengua alemana, los títulos académicos entran a formar parte del nombre (y hasta entrado el s. xx se hacían extensivos a la esposa). «Ordentlich öffentlicher Professor» es equivalente a «funcionario público del cuerpo de catedráticos». [N. de la T.]
- ² Este «Le beso la mano, *madame*» es un tango muy popular de Ralf Erwin, más conocido por la película homónima, de 1929, protagonizada por Marlene Dietrich. [N. de la T.]
- ³ Literalmente, «maestro de la Germania», es un título del Estado alemán que existe desde la Edad Media para quienes destacaban por sus méritos en materia de educación. [N. de la T.]
- ⁴ Sin tratarse de una cita literal, aquí Broch remite de forma inequívoca a «La canción de medianoche de Zaratustra» de Nietzsche («Zarathustras Mitternachtstlied», de 1885), texto que también encontramos en la 3.^a Sinfonía de Mahler (1902) y que refleja una visión del mundo muy próxima a la del personaje. Para el lector de su tiempo y contexto cultural, estas referencias, al igual que los guiños a la poesía romántica y a su repertorio de tópicos, son evidentes, y no menos la fina ironía con que las integra el autor.

El poema reza: «¡Oh, criatura humana! Presta atención. / ¿Qué te habla desde la profunda medianoche? / Yo dormía, dormía, / de un profundo sueño he despertado: / el mundo es profundo / y pensado está como algo más profundo que el día. / Profundo es su dolor, / su placer: más profundo que la pena del corazón. / Habla el dolor: ¡No te prolongues más! / Pero todo placer desea la eternidad, / desea una eternidad profunda, profunda». [N. de la T.]

- ⁵ El término que aparece en el original, y en más pasajes de la novela, es «unheimlich», que se vincula de inmediato con el ensayo de Freud *Das Unheimliche* (de 1919). No se ha optado por el término español que consolida la traducción publicada de L. López-Ballesteros, «lo siniestro», porque las connotaciones con lo terrorífico son demasiado fuertes, pero también demasiado parciales. [N. de la T.]
- ⁶ Es la Conclusión del capítulo 34 de la *Crítica de la razón práctica*, que sigue: «Tengo delante ambas cosas y las vinculo de forma inmediata con la consciencia de mi existencia». [N. de la T.]